"LA CULTURA ARGENTINA"

CAPITAN F. B. HEAD

Las Pampas y los Andes

NOTAS DE VIAJE

Traducción y Prólogo de
CARLOS A. ALDAO



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
VACCARO, Avenida de Mayo 638, — Buenos Aires
1920

LAS PAMPAS Y LOS ANDES

FRANCISCO BOND HEAD

Nació en Hermitage, cerca de Rochester (Inglaterra) en 1793, y muy joven se alistó en el Cuerpo de Ingeniería; en 1825, siendo capitán, aceptó la dirección de la Compañía Minera del Río de la Plata, vino a Buenos Aires, cruzó varias veces las Pampas y las provincias de San Luis y Mendoza, pasó a Chile, de donde volvió en 1826 para reembarcarse con destino a Inglaterra. Con Andrews, Miers, Hall, Miller, Haigh, los hermanos Robertson y Proctor, forma parte de los que podrían llamarse clásicos ingleses que escribieron de la Argentina en la primera mitad del siglo XIX.

Sus notas de viaje a través de *Las Pampas y los Andes* aparecieron en Londres, en 1826; en relación con esta obra publicó, en 1827, sus *Informes referentes al fracaso de la Compañía Minera del Río de la Plata.*

Más tarde dió a luz la *Vida de Brice* (1830), *Los emigrantes* (1846), *Inglaterra desarmada* (1852), *Puñado de plagas francesas* (1852), *Viaje a Irlanda* (1854), *El caballo y el jinete* (1861), y otros escritos sobre temas de interés europeo.

"LA CULTURA ARGENTINA"

CAPITAN F. B. HEAD

Las Pampas y los Andes

NOTAS DE VIAJE

Traducción y Prólogo de
CARLOS A. ALDAO



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
VACCARO, Avenida de Mayo 638, — Buenos Aires
1920

PROLOGO DEL TRADUCTOR

La siguiente es traducción del libro publicado en Londres, en 1826, con el título *Rough notes/taken during/some rapid journeys/across/the Pampas/and among/the Andes/by Captain F. B. Head.*

El escritor inglés Francisco Bond Head nació en Hermitage, cerca de Rochester, en 1793, y muy joven se alistó en el Cuerpo de Ingenieros. En 1825, siendo capitán, aceptó la dirección de la Compañía Minera del Río de la Plata, vino a Buenos Aires, cruzó varias veces las Pampas y las provincias de San Luis y Mendoza, pasó a Chile, de donde volvió en 1826 para reembarcarse con destino a Inglaterra. Con Andrews, Miers, Hall, Miller, Haigh y los hermanos Robertson, Head forma parte de los que podrían llamarse clásicos ingleses que escribieron de este país en la primera mitad del siglo XIX. Todos ellos se ocuparon, más o menos directamente, del entusiasmo despertado en Inglaterra por las minas de la América del Sur, que motivó la inmigración de muchos hombres y cuantiosos capitales británicos, con resultados económicamente desastrosos (el capital invertido se estimó en más de £ 2.000.000), pero que no abatieron el espíritu comercial y de empresa que tanto ha influído en el progreso argentino. En relación con la obra traducida, publicó en 1827, *Informes referentes al fracaso de la Compañía Minera del Río de la Plata.*

En 1830, ascendido a Mayor, publicó en la "Biblioteca de las Familias" una *Vida de Bruce*, viajero africano; luego *Murmullos de las fuentes de Nassau*, sátira entretenida de las ciudades de aguas en Alemania. En 1836 fué nombrado gobernador del Canadá, en tiempos que la colonia estaba muy agitada, y pretendió, por una especie de golpe de estado, prorrogar la existencia de las Cámaras canadienses, no obstante la expiración del mandato, lo que provocó una revolución que fué sofocada con dolor, y renunció en 1838.

Vuelto a Inglaterra, escribió una memoria justificativa de su conducta, y logró el propósito, pues fué nombrado *baronet*. Además de las obras citadas, escribió: *Los emigrantes* (1846), resu-

men de sus vistas sobre las colonias, *Inglaterra desarmada* (1852), *Puñado de plagas francesas* (1852, 2 t.), picante sátira de las costumbres parisienses, *Viaje a Irlanda* (1854), *Ensayos descriptivos* (1857), en la *Quarterly Review; El caballo y el jinete* (1861). Estas obras notables por el vigor de observación y verba humorística le valieron una pensión anual de £ 100, otorgada por el gobierno inglés.

Sin embargo, la obra más interesante para nosotros, es aquella con que inició su carrera literaria. Joven, de organismo robusto, buen jinete, galopó por las vastas soledades de las Pampas y franqueó los Andes, anotando al correr de la pluma sus impresiones sobre el aspecto del país, sus habitantes y costumbres. Su tendencia nativa a la libertad e independencia le hizo simpatizar y connaturalizarse con la vida gauchesca y comprender la del indio, de modo que sus descripciones tienen mayor interés hoy para nosotros que el que tuvieron probablemente para los lectores británicos cuando se publicaron por primera vez. Para las nuevas generaciones argentinas, se esfuman y borran en la lejanía las escenas descriptas por el autor, con minuciosidad de detalles nunca abordados por escritores nacionales, sencillamente porque formaban parte del ambiente. Eran cosas naturales y corrientes, sabidas por todos, de manera que no llamaban la atención del observador nacional.

Pero ahora que el aumento de población y el progreso guiado por nobles ideales, han borrado o van borrando lentamente los resabios de la melancólica época colonial — fondo negro y tenebroso, surcado por el relámpago brillantísimo de la Revolución —, alegra el espíritu poder discernir los contornos y gradaciones del proceso de transición comprendido en la edad media de la historia argentina.

Todo lo que se ignora no existe; pero no satisface ser presa de fuerzas naturales desconocidas sin conocer el medio de aprovecharlas o contrarrestarlas. El estadista, el filósofo, el historiador, el escritor y quien busque nada más que lectura amena, encontrará ventaja y placer en las páginas siguientes, porque sugieren ideas útiles, reduciendo el campo de la ignorancia que nos impide comprender o explicar muchos fenómenos sociales y políticos. Cuando se trata de practicar el cálculo de las probabilidades, por ejemplo, con un globo que encierre un número cualquiera de bolillas, es claro que se acercará más a la verdad matemática cuanto sean más perfectos los medios mecánicos que se utilicen. Si conociéramos con perfección detalles físicos como la colocación relativa de las bolillas, su peso, el grado de pulimento, la fuerza impulsiva, etc., es evidente que ya no se trataría de probabilidad sino de certeza.

Y a la certeza nos acercamos al leer detalles aparentemente nimios y aplicarlos a la comprensión de la estructura de nuestra nación. Las civilizaciones precolombianas de la América intertropical atrajeron primero la atención codiciosa de los conquistadores, siendo preferidos en tal sentido México y Perú, donde principalmente se diseñó una organización social bajo el régimen de la esclavitud, si no legal, real, compuesta de pocos amos y muchos siervos. Se refiere en la biografía de Mariano Moreno, escrita por su hermano Manuel, que cuando aquél estudiaba en Charcas, sentía sublevarse dentro del pecho, sus sentimientos humanitarios, al ver que cualquiera tenía el derecho de llamar al primer indio que pasase por la calle, hacerlo limpiar la casa, cocinar y luego despedirlo, sin pagarle o siquiera darle de comer por su trabajo.

Ese detalle, natural en el Alto Perú, impresionaba a Moreno, porque era oriundo de otra región, desierta y abandonada, en donde la libertad es producto genuino y espontáneo del suelo y tiene mucho más sabor del terruño porque estuvimos bien lejos de recibir la levadura civilizadora que operó en los Estados Unidos. La libertad fué engendrada en este país por el desierto, la barbarie, la ignorancia, el desamparo del hombre librado a sus propias fuerzas frente a frente de la naturaleza salvaje. Esta es la razón por qué Arenales, español nativo pero que llegó niño al suelo americano, se americanizó hasta ser brillante general en los ejércitos de la patria, mientras Goyeneche y Tristán, criollos, fueron azotes de sus paisanos en la altiplanicie central.

Absolutamente nada debemos a la metrópoli europea; toda la tarea cumplida y la que nos queda por llenar—, aunque no nos demos cuenta o no queramos darnos cuenta—, es desechar toda sensiblería convencional y fingida para elegir nuestras amistades internacionales y arrancar de cuajo herencias nocivas y retardatarias. No se explica de otra manera que los Estados Unidos, cuyos primeros establecimientos europeos fueron más de un siglo posteriores a los nuestros, se independizasen cuarenta años antes y nos adelanten cien años en población y progreso.

La descripción animada de lo visto por el autor en sus jornadas a caballo en regiones que, con ser vastas, solamente son una parcela del inmenso patrimonio nacional, incita naturalmente a volver al pasado. Más felices que él, que nunca, según dice, encontró la línea intermedia entre el tranco y el galope del valiente caballo criollo, podemos encontrar la solución de continuidad entre lo que describe y la civilización actual del país.

"¿Qué es lo que fué? lo mismo que será; y nada hay nuevo debajo del sol". En efecto, recién me percato de haber caminado más de la mitad de la vida y, por tanto, presenciado transforma-

ciones en este suelo que muchísimos de las generaciones vivientes no han podido observar de manera directa. Si bien se piensa, es curioso el cambio de la noción de tiempo entre el niño que espera el cumpleaños para recibir el regalo paterno, o siente que el año escolar es un siglo, y el hombre de edad madura que mira el tiempo en retrospecto encontrando que cincuenta años son lo mismo que cinco minutos. He tenido patente esta sensación en días perezosos pasados en tren recorriendo el Decan, en la India, cuando el sol abrasador imprime un sello de quietud a toda la naturaleza y la envuelve en un océano de luz, sin otro movimiento visible que el vaho trémulo de la tierra, y, sin cerrarse los ojos, la mirada se apaga.

Acaso el calor y la soledad unidos a la atmósfera de leyenda y misterio que se cierne sobre aquella región, hacíanme concebir como actuales el continente Lemur, la Atlántida, la edad en que los lobos rojos dominaban la tierra, las edades geológicas en que el carayá era quizás megaterio, la mulita glytodón, el yacaré diplodoco y el homunculídeo patagónico de Ameghino se alojaba cómodamente en una vizcachera. El tiempo no parece entonces pozo obscuro y sin fondo sino un plano en que están escritos todos los acontecimientos. Luego apunta la sospecha de que se han inventado palabras positivas para significar simples negaciones cuando se llama infinito a la negación del espacio, eterno a la negación del tiempo y nada a la limitación de la inteligencia.

De modo semejante al leer en este libro la descripción de malones indios y de la vida en los fortines he sentido revivir sucesos cuya narración entretuvo mis veladas de niño. Paréceme que anoche me dormí escuchando por centésima vez el cuento que los salvajes llegaron hasta la Capilla de Guadalupe, cinco kilómetros de Santa Fe, y fueron batidos por mis paisanos mediante la incorporación a las filas cristianas de un hombre desnudo montado en caballo blanco, en quien algunos creyeron reconocer al mismo San Jerónimo, patrono de la ciudad; o que *el indio Pedrito* fué provisto de ropa para que se exhibiese en un baile donde el gobernador se presentó con los pantalones abotonados atrás.

He pasado por la *zanja de López*, medio borrada por el tiempo, a diez kilómetros de la plaza, defensa contra los indios, cavada desde el río Salado hasta la gran laguna Stubal, para cerrar el lado abierto de la angosta península en que se asienta la ciudad. Sabía lo que significaba *novedad de indios*, o anuncio de depredaciones, salteos, asesinatos cometidos por los salvajes en la reducida porción de la campaña poblada. Después de la batalla de Pavón, bajo los gobiernos de Cullen y Oroño, veía pasar con frecuencia por las calles de arena profunda y suelta al comandante

Nelson (después general), que iba o venía de la frontera de San Pedro, camino de Ascochingas, a treinta y cinco kilómetros de Santa Fé.

La servidumbre doméstica se componía en gran parte de chinas chaqueñas, y los salvajes venían a comerciar a la ciudad trayendo cueros de animales silvestres y plumas de avestruces. Se les llamaba *indios mansos*, sin perjuicio de que en la primera oportunidad propicia cometieran sus fechorías habituales. Como consecuencia de ese comercio he oído a damas muy respetables hablar guaycurú con el mismo dejo melancólico y lento de los aborígenes.

En 1867, he ido a la Aduana, gran edificio ya demolido: hacinamiento de ladrillos que afectaba la forma de cubo y ocupaba un cuarto de manzana, con la más extravagante variedad en distribución y tamaño de puertas y ventanas. Allí había sido casa de gobierno y se señalaba el cuarto donde estuvo preso el general Paz, pero a la sazón estaba ocupado por la imprenta del Estado, el cuartel y la cárcel y, transitoriamente, por la *chusma* de que el gran patio estaba lleno, compuesta de indiecitos desnudos y chinas tapadas con cueros de aguará. Eran trofeos humanos de la primera expedición seria para conquistar el Chaco de que fué jefe el comandante Nelson al frente de una Guardia Nacional urbana con su capitán Severo Viñas. Las prisioneras fueron repartidas en las casas de familia de donde frecuentemente se fugaban, buscando los bosques nativos, y era enorme mi admiración por los baqueanos que las encontraban en el campo, guiándose en la obscuridad por el grito de los teros, pues las fugitivas se ocultaban de día y marchaban de noche.

Como los pájaros, el indio tiene el amor instintivo de la libertad. Hallándome en Wáshington, en 1893, llegó el coronel Rohde, agregado militar a la Legación Argentina, acompañado con su familia y una nodriza pampa que, naturalmente, había navegado más de tres semanas de Buenos Aires a Nueva York, y luego recorrido cuatrocientos kilómetros de ferrocarril. Sin saber una sílaba de inglés un buen día la china desapareció y se denunció el hecho a la policía para que la buscase. La encontraron en el campo, ya lejos de la ciudad, sin tener, por supuesto, la mínima noción del sitio en que se hallaba, ni que caminando tres mil kilómetros al Oeste encontraríase con hermanos de raza.

El mismo año 1867, los indios del Sauce, hoy colonia San Jerónimo, a treinta y cinco kilómetros de la capital, encabezados por su cacique *el negro Denis* entraron en la ciudad en son de guerra y contribuyeron a derrocar al gobierno liberal que había sancionado la ley estableciendo el matrimonio civil, y propuesto

la expropiación del convento de San Lorenzo para fundar en él una escuela de agricultura.

Los primeros colonos suizos de Esperanza, araban el suelo, llevando el rifle en bandolera para rechazar los ataques de gauchos e indios, y la hostilidad de éstos contra los pobladores europeos duró muchos años con mayor o menor frecuencia e intensidad. ¡Entraban en los ranchos de los agricultores y no dejaban nada vivo; arrojaban al aire las criaturas para barajarlas en la punta del puñl.

Como rezago de esos salteos, de 1889 a 1897, vivió un facineroso llamado Lindor Mugas, procedente de familia de criminales, oriunda del Tío, provincia de Córdoba, que actuó en epoca en que la colonización llegaba a la frontera de Santa Fe. Su fama siniestra y naturaleza indomable eran tales, que adonde él iba lo acompañaba el terror, y se estableció una especie de complicidad de que participaban autoridades y pueblo. Pero la marea subió demasiado, y la policía lo tomó por la fuerza, y con el cuerpo acribillado de heridas, atravesado y atado al lomo de un caballo, una noche cruda de invierno, fué enviado a la cárcel de Córdoba, distante más de doscientos kilómetros. Su constitución férrea le permitió no solamente llegar con vida, sino sanar en la prisión y luego evadirse para continuar la serie de sus criminales hazañas. Un día se presentó en Buenos Aires, donde Iturraspe, el fundador de San Francisco, pidiendo protección y, al aconsejársele que adoptara vida ordenada y tranquila, contestó:

—No puedo, señor. Hay días que mis ojos ven sangre y necesito matar.

El fin de esta fiera es intensamente dramático. Armado de winchester, se presentó, al caer la tarde, al juez de paz de Quebracho Herrado, exigiendo guías para unos caballos robados que quería pasar a Santa Fe. El inmediatamente accedió, pero como el sello oficial para legalizarlas estaba en la oficina algo distante, invitó al bandido que lo acompañase para llenar aquella formalidad. Ambos subieron a un sulky y, como es costumbre en el campo, el juez llevaba consigo una escopeta Lefaucheux. En el camino, veían numerosas vizcachas saliendo de las cuevas, al ponerse el sol, cuando de súbito paró el carruaje, y el juez, entusiasmado, pidió a su compañero que tirase a un vizcachón que ofrecía un espléndido blanco, lamentándose que su escopeta no le sirviese por tener carga de munición muy fina. Siguió una escena rapidísima en que los segundos parecían siglos. Bajó el bandido y, mientras apuntaba a su presa, el acompañante, apretando los gatillos para que la escopeta no produjera ruido al montarla, y en momentos en

que Murga, como tocado por un presentimiento, se volvía rápidamente contra el juez, éste, a boca de jarro, le descargó los dos tiros en la cabeza dejándolo muerto en el sitio.

Santa Fe, ciudad pequeña, con campaña reducidísima, pobre, rodeada de agua y bárbaros, con vecinos que, en sus siestas interminables, revelaban costumbres ancestrales de los paraguayos que allí hicieron escala para luego fundar la segunda Buenos Aires, era ambiente propicio para mentalidades árabes, que dejaban deslizar dulcemente la vida. Abundaban los longevos, quizá porque los habitantes no tenían sacudimientos nerviosos ni conocían otras diversiones que novenas y funciones de iglesia, y, los domingos, riñas de gallos y carreras de caballos en andarivel. No era extraño encontrar hombres, más que de ciudad, de barrio, pues nunca hicieron otro camino que de su casa a las iglesias y conventos agrupados en las cercanías inmediatas a la plaza. Mencionaré dos casos típicos para demostrar la estrechez del horizonte en que se vivía. En 1870, cuando llegaba a Santa Fe el telégrafo nacional, un caballero respetable no permitió la colocación de un soporte de alambres conductores en el corralón contiguo a su casa para que no se supiese lo que adentro sucedía. Otro anciano, de buena familia, cuando en 1884 se inauguró el ferrocarril a Esperanza — acontecimiento transcendental esperado por todos con ansia —, fué invitado a dejarse llevar en carruaje hasta la estación, distante diez minutos de la casa donde había nacido y vivido, para que viesen sus ojos lo que era un tren, y dió esta respuesta:

—¡No, hijo, para qué voy a ver esas cosas que están pintadas en las cajas de fósforos!...

Y murió sin verlas.

¡A la luz de estos incidentes sencillos y familiares, muy posteriores al tiempo de que se ocupa el libro de Head, no puedo menos de considerar interesantísima la época de transición en que el espíritu nuevo se filtraba y, como los pejerreyes, remontaba el Paraná, no obstante el peso muerto y resistencia de las costumbres del pasado. Disminuido un tanto el analfabetismo casi absoluto de la época colonial, una hoja impresa o un libro pasaba de mano en mano de lectores ávidos, hasta destruirse o desencuadernarse y puede decirse que los románticos franceses, con Alejandro Dumas y Lamartine a la cabeza, revelaron que había lecturas más entretenidas que la "Flos Sanctorum".

En atmósfera tan rala, las finalidades de toda organización social se expresaban con palabras sonoras, no comprendidas por los mismos que las pronunciaban, cuya mejor excusa es la del indio "corazón ladino, lengua no ayuda". No obstante qu ela

Constitución provincial de 1819, estableció el mecanismo de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, y este último aplica las leyes a los particulares para lo que es indispensable conocerlas, en 1860 el Tribunal de Alzada o de apelaciones, se componía de tres jueces legos. Cuando se les presentaba un caso intrincado de derecho, el tribunal consultaba a un abogado de Buenos Aires y, conforme con el dictamen que éste expedía, era pronunciado el fallo definitivo. No había abogados sino tal cual leguleyo, y por ese tiempo, la Universidad de Córdoba devolvía graduados a Iriondo, Salvá, Basabilbaso, del Barco, Pujato, Puig, Comas, etc., etc., fundadores del foro santafesino y jueces de los tribunales integrados en su mayor parte con letrados cordobeses.

No es de extrañar, pues, que el tardío avenimiento de profesionales, su falta de estímulo y lo reducido del escenario en que actuaban, contribuyesen poco a corregir el defecto que quizás hasta hoy caracteriza a nuestra república, a saber, la carencia de claridad y firmeza en el concepto jurídico. Por de contado que la ilustración era escasísima y casi monopolizada por clérigos y frailes, que, por leer breviarios y misales en latín, probablemente sin entenderlo, conquistaban respeto y fama entre el vulgo. En Santa Fe hubo un cura, Caneto, que indudablemente hacía versos flúidos, si es suya la décima esculpida en la entrada del cementerio local; pero su vaga fama de sabio corría de boca en boca de sus admiradores. He oido a gente que decía, con cara seria y bajando la voz, que Caneto empleó su vida entera escribiendo un libro *profundo* sobre el Infierno. No sé si por disposición testamentaria del mismo autor, o por haber encontrado Amenabar o Gelabert, sus superiores eclesiásticos, después del fallecimiento de Caneto, que el libro era herético, es lo cierto que se hizo un infierno con el mamotreto y se convirtió en cenizas.

Ni desaparecieron los clérigos y frailes descriptos por Head; mucho después de 1825, los había ignorantes, fanáticos, retrógrados, reacios a toda idea liberal, ayudados por el pavor religioso que trataban de infundir y por la teatralidad de su ministerio. No habían otros educacionistas y sometían sus alumnos a una disciplina de continuos rezos, pláticas, misas, sermones, ejercicios espirituales, confesiones, comuniones, etc., que, de hacer cómputo prolijo, no dudo que daría un promedio de tre horas diarias dedicadas al cielo.

Para demostrar lo alejada de la realidad de la vida que era esta educación, su gazmoñería y manera tétrica de considerar el mundo, citaré un ejemplo. Se traducía en clase el pasaje de "*La Eneida*", que describe la aparición de Venus, con pa

labras que no he refrescado, pero, en lo esencial, son las siguientes: *"nuda genu, vera patuit dea"*. El profesor decía: "con el *"pie desnudo, aparecióse la diosa verdadera"*, y como se le observase, con toda naturalidad, que *genu* significaba rodilla y no pie, el pobre hombre tragó saliva y, sonrojado, contestó: "¡En este caso es pie!..."

Los sacerdotes, como cualquier hijo de vecino, son hombres con todas las inclinaciones y pasiones naturales de la especie. Carecían de la libertad que les ha otorgado recientemente la ley civil, y tocante a la manera de zanjar dificultades y considerar el celibato eclesiástico, puedo añadir algunos datos a los anotados por Head. En 1884, durante una excursión por el Alto Uruguay, tuve el placer de encontrarme con el profesor M. Alejo Peyret, y, juntos fuimos a visitar al cura de Uruguayana, anciano francés autor de una excelente *Historia de Misiones*, escrita, según se dice, con ayuda de apuntes y documentos coleccionados por el botánico Bompland. Muy respetado por el vecindario, vivía con su familia en una esquina a la derecha de la iglesia parroquial en la *"Praca da Rendicao"*, y el día que lo visitamos casaba a una de sus nietas.

Algunos años después, en Lima, iba en un tranvía de asientos transversales; en el banco de adelante, y al lado opuesto del que yo ocupaba, se sentaban dos jesuítas, el uno joven y vigoroso, anciano el otro, flaco, pequeño, agobiado, de tez apergaminada y rugosa y con los ojos bajos. Se detuvo el carro para que subiese una pareja compuesta de un pastor protestante y su cónyuge bastante donosa. El jesuita joven, impávido, sin alterar un solo músculo del rostro, debió advertir a su compañero lo que pasaba, pues aquel viejecito instantáneamente se transfiguró. Con rapidez de ardilla volvía la cabeza a distintos lados, y cuando sus ojos encontraron la dulce zulamita, su cara tomó la expresión indefinible fijada por el cincel de Houdon en la célebre estatua de Voltaire.

Si he insistido en recuerdos personales concordantes con la exposición del autor refiriéndose particularmente a Santa Fe, es porque en esa ciudad corrieron mi niñez y primera juventud; allí despertó mi mente, y es natural conserve memoria fresca de los hechos que más la impresionaron. Pero, tanto el estado embrionario como el potencial del país, pintado por Head, se pueden encontrar y los he encontrado en todas nuestras provincias y territorios, con gradaciones más o menos, acusadas de progreso, lo mismo que en todos los países intertropicales de América. En Buenos Aires, faro de nuestra América, también encontró fuerte oposición legislativa la construcción del ferrocarril del Oeste, y posteriormente, vecinos de fuste se opusie-

ron a la circulación de tranvías por las calles, cuando se trataba de establecerlos; hasta se adujeron argumentos técnicos, alegando no haber espacio en las esquinas para desarrollar curvas en las vías. Asimismo se recuerda la exclamación de Sarmiento en la legislatura provincial cuando sus colegas se le rieron en las barbas, al oirle decir con entusiasmo que aspiraba a ver el país endeudado en cien millones de pesos: "Señor taquígrafo, haga constar esas risas para que en el futuro se sepa con qué clase de gentes he tenido que habérmelas".

Finalmente llamaré la atención sobre el final admirable del libro traducido. No obstante el natural desencanto del autor por el fracaso y ruina de los negocios que lo determinaron a venir al Río de la Plata, no se ofuscó su criterio. La agudeza, minuciosidad y exactitud de sus observaciones, la serenidad y elevación de sus ideas y las deducciones lógicas de lo visto con mirada sana y benévola, lo llevaron a pronósticos tan exactos de nuestro porvenir, que bastaría traducir en pretérito el futuro del original inglés para que la *Conclusión* del libro fuese un resumen histórico de la vida nacional.

Y más que todos los estudios sobre la época colonial y su estado social primitivo, sirve para patentizarlo la reflexión sugerida al autor por el espectáculo de ciudades y campañas. Para un hombre de civilización superior e intelectualidad vigorosa, cuán triste sería la escena del país recorrido, cuáles los guiñapos de civilización encontrados en su vasta extensión como resultado de tres siglos de colonización española, que concibió la posibilidad de que los indios pampas unidos a los araucanos expulsasen del suelo a todos los españoles y criollos.

Es, pues, un libro sano, que disipa en la mente toda idea sombría sobre el porvenir nacional, revela la evolución progresiva de nuestra vida, explica la lentitud aparente de nuestro adelanto y afirma la fe en la democracia argentina.

CARLOS A. ALDAO.

INTRODUCCION

El repentino levantamiento y caída, la inesperada aparición y desaparición de tantas Compañías Mineras, es tema que debe ocupar necesariamente unas pocas líneas en la historia futura de nuestro país; y cuando se olviden tanto el regocijo de los gananciosos como el disgusto de los perdidosos, el historiador que con calma narre la vida momentánea de estas Compañías, solamente averiguará las causas generales de su formación y las causas generales de su fracaso.

Nadie puede negar que se cometió un error comercial; y debe igualmente admitirse que este error no se limitó a pocos individuos o a alguna asociación de individuos, sino que, cual enfermedad contagiosa, se difundió en todas las clases sociales; y que en las nóminas de accionistas de estas especulaciones se encontraban los nombres de gentes de primer rango, carácter y educación, del país.

La experiencia, al fin, se ha adquirido a costa de pérdidas muy grandes, y, mediante ello, sabemos hoy que, tanto la formación de las Compañías como su fracaso, han provenido de una causa única, a saber: nuestra ignorancia del país que iba a ser teatro de la especulación. Pero, aunque esto deba confesarse, sin embargo, recuérdese también que el error fué acompañado por todas las nobles características distintivas de nuestro pueblo.

De conocer las modalidades de los diferentes países, se hubiera estimado imprudente enviar maquinaria tan costosa, pagar salarios tan subidos a todos los individuos relacionados con la especulación, invitar a los nativos a participar de las ganancias, confiar capital a individuos aislados, etc. Además, si el cimiento hubiera sido bueno, el edificio fué noble-

mente proyectado y era innegablemente obra e invención de un país preñado de energía, empresa, liberalidad, confianza insospechable y capitales.

Sin lamentar pérdidas, ahora irreparables, es únicamente necesario tener presente que la *causa* que las produjo aun existe, y todavía ignoramos los países en que nuestro dinero está enterrado. Varios individuos, a cuyo cargo estuvieron diversas Compañías, tuvieron sin duda oportunidades de hacer observaciones importantes, y de ellas pueden sacarse probablemente valiosos datos.

Yo tuve la dirección personal de una Compañía; pero, debido a circunstancias especiales, será conveniente manifestar que, si se exceptúa para mis informes, tuve poco tiempo u oportunidad de hacer anotación alguna que no se relacionase con la descripción trivial de un relato personal.

Hallábame en Edimburgo, en el cuerpo de Ingenieros, cuando se me propuso hacerme cargo de una Compañía, cuyo objeto era beneficiar minas de oro y plata en las provincias del Río de la Plata; y, en consecuencia, con aviso de muy pocos días, zarpé de Falmouth y llegué a Buenos Aires una semana después que los mineros de Cornwall habían desembarcado allí.

Acompañado por dos respetabilísimos capitanes de minas de Cornwall, un ensayador francés que había sido educado por el célebre Vauquelin, un agrimensor y tres mineros, fuí por las grandes llanuras de las Pampas, a las minas de oro de San Luis y después a las de plata de Uspallata, más allá de Mendoza, a mil millas de Buenos Aires.

Luego dejé mi gente en Mendoza y regresé a caballo a Buenos Aires, salvando la distancia en ocho días. Allí inesperadamente recibí cartas que hacían necesaria mi presencia inmediata en Chile, y en consecuencia, volví a cruzar las Pampas y, juntándome con mis compañeros de Mendoza, traspusimos los Andes hasta Santiago, y de allí, sin dilación alguna, anduvimos juntos, en diversos rumbos, mil doscientas millas, para inspeccionar minas de oro y plata; y la noche que terminé mi informe sobre la última mina, salimos para

volver a cruzar la cordillera, y dejando a mis acompañantes en las llanuras, cabalgué solo hasta Buenos Aires y, luego de llegar, despedí una parte de los mineros y con el resto regresé a Inglaterra.

El único fin de mis viajes fué inspeccionar ciertas minas. Bajamos al fondo de todas y con ayuda de los individuos que me acompañaban, hice, lo mejor que pude, un informe circunstanciado de cada una. Como los mineros permanecieran ociosos y sin empleo en Buenos Aires, era muy de desear que yo anduviese de lugar en lugar tan rápidamente como pudiera, y más de seis mil millas, puedo en verdad decir, galopé contra el tiempo.

La fatiga de tan largas jornadas, expuesto al sol quemante del estío, fué grandísima, especialmente en Chile, porque, visitando las minas andinas, estábamos sujetos a tan súbitos cambios de temperatura, que, en ocasiones, nos oprimía el sol matinal, mientras por la noche teníamos que dormir sobre ciento veinte pies de nieve; casi todo el tiempo dormimos al aire libre, en el suelo, alimentándonos principalmente de carne y agua.

Los infomes que reuní y el resultado de las comunicaciones que oficialmente tuve con ministros, gobernadores y otros individuos, concernientes a minas, no me siento inclinado a publicar; pues, como las minas que visité casi todas pertenecen a particulares y están en venta, se tendría por violación de las atenciones que con frecuencia recibí, decir sin necesidad las dimensiones, contenido o ensayo de sus filones, aunque el clima y rasgos generales del país, sean, naturalmente, de propiedad pública.

En mis viajes no llevé un diario regular porque el país que visitaba era una llanura sin fin, o montañas desiertas; pero en ocasiones escribía notas desaliñadas describiendo cualquier cosa que me interesase o divirtiera.

Estas notas se escribieron en gran variedad de circunstancias, a veces cansado, otras descansado, a veces con una botella de vino por delante, y otras con un chifle lleno de

agua sucia salobre, y unas pocas fueron redactadas a bordo del paquete.

Las tracé solamente para distraer el ánimo embargado por una responsabilidad a que no estaba acostumbrado y, por tanto, están necesariamente en aquel estado incoherente, inconexo, que las hace, bien me percato, poco a propósito para afrontar la mirada crítica del público; además, como ha sido mi desdicha ver el fracaso de una Compañía inglesa—presenciar la pérdida que ha sufrido—y, por momentos, en Buenos Aires y Montevideo, estar en sitios donde hemos perdido lo que ningún dinero puede pagar; como estoy persuadido que estos fracasos han provenido de nuestra ignorancia del país, he resuelto entregar al público los pocos apuntes que poseo, y aunque bien sé que su índole es demasiado trivial para proyectar mucha luz sobre el tema, no obstante, acaso ayuden a hacer "visible la obscuridad", y confío en que el estado rudo, áspero en que aparecen, al menos pruebe que no me propongo otra cosa.

PERFIL DESCRIPTIVO DE LAS PAMPAS, ETC., ETC.

La cordillera de los Andes corre de norte a sur por toda Sud América y, en consecuencia, es casi paralela a las costas respectivas del Atlántico y del Pacífico, dividiendo el país intermedio en dos porciones desiguales, cada una limitada por un océano y la cordillera.

A primera vista se esperaría que estos países gemelos, separados sólo por una cadena de montañas, tuviese gran semejanza entre sí; pero la variedad es atributo del Omnipotente, y la Naturaleza ha concedido a estas dos regiones diferencia muy notable de clima y formación geológica.

Desde la cumbre de los Andes ella provee a ambos países de agua; por el derretimiento gradual de la nieve, los dos son regados en exacta proporción de sus necesidades; y la vegetación, en vez de agostarse con el sol ardiente del verano, de esta manera se alimenta y conserva por el mismo calor que amenazaba destruirla.

Sin embargo, el agua que corre por Chile al Pacífico está confinada en todo su trayecto y se abre paso por un país tan montañoso como las altiplanicies de Escocia o Suiza. El agua que baja la vertiente oriental de la cordillera serpea por una vasta llanura de novecientas millas de ancho; y en la cumbre de los Andes es singular observar, a derecha e izquierda, la nive de una tormenta, parte destinada a precipitarse al Pacífico, mientras otra va a confundirse con las olas lejanas del Atlántico.

Las Pampas, al oriente de la cordillera, tienen novecientas millas de ancho, y la parte que recorrí, aunque en igual latitud, está dividida en dos regiones de clima y producción diferentes. Dejando Buenos Aires, la primera de estas regio-

nes está cubierta en ciento ochenta millas con trébol y cardos; la segunda región, de unas cuatrocientas millas, produce pajas y espartillo; y la tercera región, que llega al pie de la cordillera, es un monte de árboles bajos y arbustos. La segunda y tercera región tienen casi el mismo aspecto todo el año, pues árboles y arbustos son de hoja perenne, y la inmensa llanura pastosa solamente cambia de color verde a obscuro; pero la primera región varía, con las cuatro estaciones del año, de manera muy extraordinaria. En invierno las hojas de cardo son muy grandes y exuberantes y toda la superficie del campo tiene el tosco aspecto de una plantación de nabo. El trébol en esta estación es sumamente rico y fuerte; y la vista del ganado paciendo en completa libertad es lindísima. En primavera el trébol ha desaparecido, las hojas de cardo se han extendido por el suelo y el campo todavía parece una cosecha de nabos. Antes de un mes el cambio es de lo más extraordinario; toda la región se convierte en exuberante bosque de cardos enormes que se lanzan de repente a diez u once pies de altura y están en plena florescencia. El camino o senda está encerrado en ambos lados; la vista completamente impedida; no se ve un animal, y los tallos de cardo se juntan tanto y son tan fuertes, que, aparte de las espinas de que están armados, forman una barrera impenetrable. El rápido desarrollo de estas plantas es del todo sorprendente; y aunque sería infortunio desusado en la historia militar, sin embargo es realmente posible que un ejército invasor, sin conocimiento del país, sea aprisionado por estos cardales antes de darle tiempo para escapar. No pasa el verano sin que la escena sufra otro cambio rápido; los cardos de repente pierden su savia y verdor, sus cabezas desfallecen, las hojas se encogen y marchitan, los tallos se ponen negros y muertos y zumban al frotarse entre sí con la brisa, hasta que la violencia del pampero los nivela a ras del suelo, donde rápidamente se descomponen y desaparecen, el trébol puja y el campo recobra su verdor.

Aunque pocos individuos estén desparramados junto al camino que atraviesa estas vastas llanuras, o vivan jun-

tos en agrupaciones pequeñas, no obstante, el estado general del país es el mismo desde el primer año de la creación. El país entero lleva el noble cuño del Creador Omnipotente, y es imposible que cualquiera lo recorra a caballo sin sentimientos agradabilísimos de acariciar; pues aunque en todo el país "los cielos declaran la gloria de Dios y el firmamento enseña su obra manual", sin embargo la suferficie de los países populosos da generalmente el insípido producto de la labor humana; es error fácil considerar que, quien ha labrado el suelo y plantado la semilla, es autor de la cosecha, y, por consiguiente, acostumbrados a ver la producción confusa que, en países poblados y cultivados, es efecto de abandonar el suelo a sí mismo, se sorprenden al principio en las Pampas observando la regularidad y belleza del mundo vegetal cuando se le abandona a las sabias disposiciones de la Naturaleza.

La vasta región pastosa de las Pampas en cuatrocientas cincuenta millas no tiene un solo yuyo, y la región boscosa es igualmente extraordinaria. Los árboles no se aglomeran, sino que se nota orden tan bello en sus crecimientos que se puede galopar entre ellos en cualquier dirección. Los árboles nuevos se levantan, otros florecen en pleno vigor, y algún tiempo se busca en vano los que, en el vasto sistema de la sucesión, necesariamente en una u otra parte deben de caer. Al fin se encuentran, pero su destino no permite desfigurar la alegría general del espectáculo y parecen disfrutar de lo que puede llamarse literalmnte una vejez verde. Las extremidades de sus ramas se quiebran, cuando mueren, y cuando no queda más que el tronco hueco, todavía se cubre con vástagos y hojas, y al fin, gradualmente, desaparece de la vista con el renuevo que, nacido al abrigo de sus ramas, se levanta rápidamente y oculta su decaímiento. Algunos lugares se encuentran quemados por accidentes, y el negro sitio desolado, cubierto de troncos carbonizados, se asemeja a escena del mundo humano de peste o de guerra. Pero apenas se extingue el fuego, cuando los árboles vecinos parecen

todos entremezclar sus ramas y nuevos arbustos se ven alzándose del suelo, mientras los troncos sin savia están evidentemente convirtiéndose en polvo.

Todos los ríos conservan su curso y el país entero está tan bellamente dispuesto que, si se estableciesen de repente ciudades y millones de habitantes, con apropiados intervalos y situaciones, la gente no tendría más que llevar los ganados a pacer y, sin ninguna preparación previa, arar cualquier extensión de tierra conforme a sus necesidades.

El clima de las Pampas está sujeto a grandes diferencias de temperatura en invierno y verano aunque los cambios graduales son muy regulares. El invierno no es tan frío como nuestro noviembre, y el suelo, al salir el sol, está siempre cubierto de una helada blanca, pero la escarcha rara vez tiene más espesor que un décimo de pulgada. En verano el sol es sumamente ardiente (1), y su fuerza es sentida por todo bicho viviente. Los caballos y ganados salvajes evidentemente se agotan con el sol, y la siesta parece reposo natural y necesario para todos. Ningún momento del mediodía es para trabajar, y como las mañanas son frescas son más a propósito para el trabajo, y el primero para descansar.

La diferencia entre la atmósfera de Mendoza, San Luis y Buenos Aises, casi en la misma latitud, es muy extraordinaria; en las dos primeras, o en las regiones de bosque y pasto, el aire es sumamente seco; no hay rocío de noche; en el tiempo más caluroso hay poquísima transpiración aparente, y los animales muertos yacen en la llanura secos dentro del cuero, de modo que, en ocasiones, me costaba distinguir si estaban vivos o muertos. Pero en la provicia de Buenos Aires, o región de los cardales y treboladres, la vegetación denuncia a las claras la humedad del

---

(1) Dos veces he atravesado a caballo la Morea que está próximamente en la misma latitud (norte), del camino a través de las Pampas y creo que el clima de éstas es más caliente que el de Morea, Sicilia, Malta y Gibraltar, en verano, y más frío en invierno.

clima. Durmiendo afuera por la noche he encontrado mi poncho casi completamente mojado con el rocío, y mis botas tan húmedas que apenas podía calzármelas. Los animales muertos en la llanura estaban en estado de rápida putrefacción. Cuando llegué a Buenos Aires las paredes de las casas eran tan húmedas que era triste entrar en ellas; y el azúcar, como todas las sales delicuescentes, se encuentran casi disueltas. Esta humedad, sin embargo, no parece malsana. Los gauchos y también los viajeros duermen en el suelo, y los habitantes de Buenos Aires viven en casas húmedas sin quejarse de reumatismo o sufrir de frío; y ciertamente tienen aspecto de ser acaso más robustos y sanos que los que viven en regiones secas. Sin embargo, toda la Pampa puede decirse que goza de tan linda y saludable atmósfera como las partes más salubres de Grecia e Italia, sin conocerse la malaria.

La única irregularidad del clima es el pampero que, producido por el aire frío cordillerano, se precipita por estas vastas llanuras con velocidad y violencia que casi no se pueden soportar. Pero esta rápida circulación atmosféca tiene efectos muy benéficos, y el tiempo que sigue a estas tempestades siempre es particularmente sano y agradable.

El sur de las Pampas es habitado por indios sin morada fija, que cambian de lugar cuando el pasto es comido por el ganado. El norte de las Pampas y las demás provincias del Río de la Plata, son habitadas por pocos individuos errantes y pocos grupitos de gentes que viven juntos solamente porque nacieron juntos. Su historia es realmente curiosísima.

Tan pronto como, por la caída de los españoles, se estableció la independencia y fueron libres, la atención de muchos individuos de las provincias del Plata se dirigió a constituir un Gobierno que mantuviese la libertad conquistada, promoviese la población y embelleciese gradualmente la superficie del país más interesante y bello, con artes, manufacturas y ciencias que hasta entonces se les

habían negado; pero la situación general del país presentaba dificultades muy serias.

Aunque inmensas regiones de suelo rico estaban incultas y baldías, sin embargo, algo se había hecho. Pequeñas ciudades y establecimientos (al principio elegidos con fines mineros) distantes entre sí, cien y setecientas millas, estaban escasamente esparcidos en esta vasta extensión del país; y así, se había delineado un mapa en esqueleto de civilización, que, naturalmente, sostenía los mezquinos intereses de todos los individuos.

Pero, aunque alguna fundación se efectuó así, se perdió el plan de construcción español. Se destruyó por la guerra, y todo lo que se sabía acerca de él fué que era con propósitos inaplicables al gran sistema político que ahora debía adoptarse.

Pronto se percibió que las provincias del Río de la Plata no tenían puerto; que la ciudad de Buenos Aires estaba mal ubicada; y como la política estrecha de España había prohibido plantar olivos y viñas, los lugares mejor adaptados para la producción natural del suelo habían sido descuidados, mientras la minería y otros propósitos relacionados con el sistema español habían levantado ciudades en las ubicaciones más remotas e impracticables y los hombres se encontraban viviendo juntos en grupos, sin saber por qué, en circunstancias que desalentaban todo esfuerzo y con dificultades que parecían afrontarse sin esperanza.

Su situación era, y todavía es, muy lamentable. El clima cómodo suministra las necesidades de la vida. Lejos de toda comunicación practicable con el mundo civilizado, eran incapaces de participar de los progresos de la época o desechar los errores y desventajas de una mala educación política. No tienen los medios morales para mejorar el país o de ser mejorados por él; y oprimidos por estas y otras desventajas caen naturalmente en hábitos de indolencia e inactividad. La ciudad, o más bien la aldea aislada, en que viven, es generalmente asiento del Gobierno provincial, y muy a menudo ofrece un triste cuadro político.

Gente que, aunque hoy libre, fué educada bajo la negra tiranía del Gobierno español, con las estrechas preocupaciones que, también en países populosos, existe entre los habitantes de comunidades pequeñas, y con poca o ninguna educación, fué convocada para elegir gobernador, y establecer una junta, regularizar los asuntos de su provincia y enviar diputados a la lejana asamblea nacional de Buenos Aires. La consecuencia (como he presenciado) es lo que, naturalmente, se podía esperar. La elección del gobernador es rara vez unánime y, apenas se ha instalado, cuando se le derroca, de modo que, para quien esté acostumbrado a Gobiernos de escala superior, parece pueril y ridículo.

En más de una provincia el gobernador es excesivamente tiránico; en otras, el gobernador y la junta parecen actuar para los intereses de su provincia; pero los fondos son tan escasos y los celos internos que tienen que afrontar tan grandes, que encuentran continuas dificultades; y respecto a proceder teniendo en vista el interés nacional, es cosa imposible. ¿Cómo puede esperarse que gente de muy reducida renta y en sociedades aisladas muy pequeñas, olvide sus propios intereses por el bienestar general del país? Realmente es contra la naturaleza, pues lo que políticamente se llama su país, es tan inmenso, que ha de convertirse necesariamente en asiento futuro de muchas comunidades diferentes de hombres, y si estas comunidades, por ilustradas que lleguen a ser, jamás vencerán aquel sentimiento que los encariña con sus hogares, o la preocupación centrífuga con que miran a sus vecinos, ¿cómo puede esperarse que un Gobierno débil y pocos habitantes hagan lo que la civilización no ha sido capaz todavía de realizar; o que el infante político no deje ver aquellas fragilidades que su virilidad será incapaz de vencer? Y el hecho es que cada provincia mira a su vecina con recelo, y cuando he viajado por el país, he encontrado invariablemente que *mala gente* es la denominación general que aplican a los de la provincia vecina, y que, lo mismo que los habitantes de las ciudades, están todos celosos del poder e influencia de la ciudad de Buenos Aires; y cuando se explica que la polí-

tica de Buenos Aires es quebrar el poder de los frailes y clérigos, y que éstos tienen todavía grandísima influencia en las más de las provincias distantes, y que los intereses marítimos de Buenos Aires difieren necesariamente a menudo con los de las provincias interiores, se percibía cuán forzosamente este recelo es probable que se manifieste.

La condición del gaucho es naturalmente independiente de las turbulencias políticas que monopolizan la atención de los habitantes de las ciudades. La población o número de estos gauchos es muy pequeño y están separados entre sí por grandes distancias; están desparramados aquí y allá sobre el haz del país. Mucha gente desciende de las mejores familias españolas; tienen buenas maneras y, a menudo, sentimientos nobilísimos: la vida que hacen es muy interesante; generalmente habitan el rancho donde nacieron y en que antes de ellos vivieron sus padres y abuelos, aunque parezca al extranjero que tenga poco de los halagos del *dulce domum*. Los ranchos se construían en la misma forma sencilla; pues aunque el lujo tiene diez mil planos y alzados para la morada frágil del más frágil morador, sin embargo la choza en todas partes es igual y, por tanto, no hay diferencia entre la del gaucho sudamericano y la del *highlander* escocés, excepto en que la primera es de barro y se cubre con largas pajas amarillas, mientras la otra es de piedra techada con brezos. Los materiales de ambas son producto inmediato del suelo, y las dos se confunden tanto con el color del país que a menudo es difícil distinguirlas; y como la velocidad con que se galopa en Sud América es grande, y el campo llano, casi no se descubre el rancho hasta llegar a la puerta. El corral está a cincuenta o cien yardas del rancho y es un círculo con diámetro de treinta yardas, hecho de palo a pique. Hay generalmente encima de los postes numerosos buitres o cuervos perezosos (1), y las inmediaciones

(1) Los cuervos son muy mansos y es raro verlos sino en los ranchos; pero, en ocasiones, me han seguido muchas leguas manteniéndose delante de mi y con sus negros ojos redondos mirándome de intento la cara que me imagino atraía su atención por estar quemada por el sol, y con frecuencia pensé que se sentían un tanto inclinados

del rancho y corral están cubiertas con huesos y osamentas de caballos, astas de novillos, lana, etc., que les dan el olor y aspecto de perrera mal cuidada en Inglaterra.

El rancho generalmente se compone de una sola habitación, para toda la familia, muchachos, hombres, mujeres y chicuelos, todos mezclados. La cocina es un cobertizo apartado unas pocas yardas; hay siempre agujeros tanto en las paredes como en el techo del rancho que uno considera al principio como señales singulares de indolencia en la gente. En verano la morada está tan llena de pulgas y vinchucas, que toda la familia duerme afuera frente a su habitación; y cuando el viajero llega de noche, y, después de desensillar su caballo, camina entre esa comunidad dormida, puede colocar el recado para dormir junto al compañero que más agrade a su fantasía: el admirador de la inocencia puede acostarse al lado de un niño dormido; el melancólico dormitar cerca de una negra vieja; y el que admira las bellezas más lindas de la creación, puede muy modestamente poner la cabeza sobre el recado a pocas pulgadas del ídolo adorado. Sin embargo, nada hay que ayude a la elección, a no ser los pies y tobillos descalzos del entero grupo de dormidos, pues sus cabezas y cuerpos están cubiertos y disfrazados por el cuero y poncho que los tapa.

En invierno la gente duerme dentro del rancho y el espectáculo es muy original. Tan pronto como la cena del pasajero está lista, se trae adentro el gran asador de hierro en que se ha preparado la carne, y se clava en el suelo: el gaucho luego brinda al huésped un cráneo de caballo y él y varios de la familia, en asientos semejantes, rodean el asador del que sacan con sus largos cuchillos bocados muy grandes. (1).

---

a gustarla literalmente. Tienen el hábito constante de atacar a los caballos y mulas con lomos lastimados; y he observado muchas veces a estas aves aleteando a seis pulgadas arriba del lomo. Es curioso comparar el aspecto de los dos animales. El cuervo, con la cabeza encorvada hacia abajo, y la mirada seriamente fija en la matadura: la mula con el lomo encogido y las orejas echadas hacia atrás, meneando la cola, temiendo comer y al parecer no sabiendo si ojear o cocear.

(1) Al principio de vivir con los gauchos, no podía concebir cómo era posible que se manejasen para comer tan ligero carne que yo encontraba tan descomunalmente correosa; pero un gaucho viejo me dijo que era porque yo no sabía elegir el pedazo bueno e inmediatamente

El rancho se alumbra con luz muy débil emitida por sebo vacuno, y se calienta con carbón de leña; en las paredes del rancho cuelgan de huesos clavados dos o tres frenos o espuelas, y varios lazos y boleadoras; en el suelo hay muchos montones obscuros que nunca se distinguen con claridad; al sentarme sobre éstos, cuando estaba fatigado, con frecuencia he oído el agudo chillido de un chicuelo debajo de mí, y a veces he sido dulcemente interrogado por una joven, ¿qué quería? y otras veces ha saltado un perro enorme. Estaba una vez calentándome las manos en el fogón, sentado en un cráneo de caballo, mirando el techo negro, entregado a mis fantaseos, e imaginándome estar completamente solo, cuando sentí alguna cosa que me tocaba, y vi dos negritos desnudos repantigándose junto al fogón en actitud de dos sapos; se habían arrastrado de abajo de algún poncho, y después encontré que otras muchas personas, así como gallinas cluecas, estaban también en el rancho. Durmiendo en los ranchos, el gallo frecuentemente ha saltado sobre mi espalda para cantar por la mañana; sin embargo, luego que apunta el día todo el mundo se levanta.

La vida gauchesca es interesantísima y se parece a aquella bella descripción que hace Horacio del progreso del aguilucho:

Olim juventas et patrius vigor,
Nido laborum propulit inscium,
Vernique jam nimbis remotis
Insolitos docuere nisus
Venti paventem; mox in ovilia
Demisit hostem vividus impetus,
Nunc in reluctantes dracones
Egit amor dapis, atque pugnae.

Nacida en tosco rancho, la criatura gaucha recibe poco cuidado, pero se le deja columpiar en una hamaca de cuero colgada del techo. El primer año de su vida gatea desnuda, y he visto más de una vez madre que entrega al niño de esta

---

me cortó un gran pedazo completamente tierno. Después siempre rogaba a los gauchos que me ayudasen y generalmente sonreían por haberles descubierto el secreto.

edad un cuchillo filoso, de un pie de largo, para que se entretenga. Tan luego como camina, sus diversiones infantiles son las que lo preparan para las ocupaciones de su vida futura: con lazo de hilo acarreto trata de atrapar pajaritos, o perros cuando entran o salen del rancho. Cuando cumple cuatro años monta a caballo e inmediatamente es útil para ayudar a traer el ganado al corral. El modo de cabalgar de estos niños es completamente extraordinario; si un caballo trata de escapar de la tropilla que conducían al corral, he visto frecuentemente al chicuelo perseguirlo, alcanzarlo y hacerlo volver, zurrándolo todo el camino; en vano el animal intenta escurrirse y escapar, pues el chico lo sigue y se mantiene siempre cerca; y es caso curioso, a menudo observado, que el caballo montado siempre alcanza al suelto.

Sus diversiones y ocupaciones pronto se hacen más viriles, sin cuidarse de las vizcacheras que minan las llanuras, y son muy peligrosas, corre avestruces, gamas, leones y tigres; los agarra con las boleadoras, y con el lazo diariamente ayuda a enlazar ganado chúcaro y arrastrarlo hasta el rancho para carnear o herrar. Doma potrillos del modo que he de describir y en estas ocupaciones es frecuente que ande afuera del rancho muchos días, cambiando caballo cuando se le cansa el montado, y durmiendo en el suelo. Como el alimento constante es carne y agua, su constitución es tan fuerte que lo habilita para soportar una gran fatiga; y difícilmente se cree las distancias que recorrerá y el número de horas que permanecerá a caballo. Aprecia enteramente la libertad sin resricciones de tal vida; y sin conocer sujeción de ninguna clase, su mente a menudo se llena con sentimientos de libertad, tan nobles como sencillos, aunque naturalmente participan de los hábitos salvajes de su vida. Vano es intentar explicarle los lujos y bendiciones de una vida más civilizada; sus ideas son, que el esfuerzo más noble del hombre es levantarse del suelo y cabalgar en vez de caminar—que no hay adornos o variedad de alimentación que compense la falta de caballo—y el rastro del pie humano en el suelo es en su mente símbolo de falta de civilización.

El gaucho ha sido acusado por muchos de indolencia; quienes visitan su rancho le encuentran en la puerta de brazos cruzados y poncho recogido sobre el hombro izquierdo, a guisa de capa española; su rancho está agujereado y evidentemente sería más cómodo si empleara unas cuantas horas de trabajo; en un lindo clima carece de frutas y legumbres; rodeado de ganados, a menudo está sin leche; vive sin pan, y no tiene más alimento que carne y agua, y, por consiguiente, quienes contrastan su vida con la del paisano inglés le acusan de indolente y se sorprenderán de su resistencia para soportar vida de tanta fatiga. Es cierto que el gaucho no tiene lujos, pero el gran rasgo de su carácter es su falta de necesidades: constantemente acostumbrado a vivir al aire libre y dormir en el suelo, no considera que agujero más o menos en el rancho lo prive de comodidad. No es que no guste del sabor de la leche, pero prefiere pasarse sin ella a la tarea cotidiana de ir a buscarla. Es cierto que podría hacer queso y venderlo por dinero, pero si ha conseguido un recado y buenas espuelas, no considera que el dinero tenga mucho valor: en efecto, se contenta con su suerte; y cuando se reflexiona que, en la serie creciente de lujos humanos, no hay punto que produzca contentamiento, no se puede menos de sentir que acaso hay tanta filosofía como ignorancia en la determinación del gaucho de vivir sin necesidades; y la vida que hace es ciertamente más noble que si trabajara como esclavo de la mañana a la noche a fin de obtener otro alimento para su cuerpo u otros adornos para vestirse. Es cierto que sirve poco a la gran causa de la civilización, que es deber de todo ser racional fomentar; pero un individuo humilde que vive solitario en la llanura sin fin, no puede introducir en las vastas regiones deshabitadas que lo rodean, artes o ciencias; puede, por tanto, sin censura, permitírsele dejarlas como las encontró, y como deben permanecer, hasta que la población, que creará necesidades, invente los medios de satisfacerlas.

El carácter del gaucho es con frecuencia muy estimable; es siempre hospitalario, en su rancho el viajero siempre encontrará amistosa bienvenida, y a menudo será recibido con

una dignidad natural de maneras muy notable y que casi no se espera encontrar en ranchos de aspecto tan mísero. Cuando yo entraba en el rancho, el gaucho se levantaba invariablemente para ofrecerme su asiento que yo no aceptaba, con muchos cumplimientos y saludos hasta que hubiese aceptado su ofrecimiento, que consiste en un cráneo de caballo. Es curioso verlos invariablemente sacándose el sombrero al entrar en un cuarto sin ventanas, con puerta de cuero vacuno y techo escasísimo.

Los hábitos de las mujeres son muy curiosos; literalmente no tienen nada que hacer; las grandes llanuras que las rodean no dan motivo para caminar, rara vez montan a caballo, y *sus* vidas son ciertamente muy indolentes e inactivas. Sin embargo, todas tienen familia aunque no sean casadas; y una vez que pregunté a una joven ocupada en amamantar una lindísima criatura, quién era el padre, contestó: ¿Quién sabe?

La religión profesada en toda la América del Sur es la católica romana, pero muy diferente en los diversos lugares. Durante el dominio español, los frailes y clérigos ejercieron en todas partes grandísima influencia; y las dimensiones de los templos en Buenos Aires, Luján, Mendoza, etc., demuestran el poder y riqueza que poseían, y la voraz ambición que los gobernaba. Triste cuadro es ver ranchos pequeños y miserables alrededor de una iglesia cuya soberbia altura es del todo inaplicable a la humildad cristiana; y no se puede prescindir de compararla con la tranquila iglesia de aldea inglesa, cuyo interior y exterior tienden más bien a humillar los sentimientos de los arrogantes y orgullosos, mientras para el paisano tiene el alegre aspecto del propio hogar. Cuando se considera que los templos sudamericanos fueron principalmente erigidos para la conversión a la fe católica de los indios, es melancólico pensar que los sacerdotes debieron haber intentado, mediante la pompa de sus templos y la mojiganga de sus cirios y cuadros e imágenes, haber hecho lo que, por la razón, la humildad, la bondad, habría ciertamente sido mejor realizado. Pero su propósito secreto fué extorsionar dinero;

y como siempre es más fácil atraer a la multitud por malas que por buenas pasiones, levantaron templos tan atrayentes como fuese posible, y los hombres se congregaban para ver y admirar en vez de oir y reflexionar.

El poder de los clérigos y frailes ha cambiado muchísimo a partir de la Revolución. En Buenos Aires se han suprimido la mayor parte de los conventos, y el deseo general de casi todos los partidos es suprimir los restantes. En ocasiones se ve un fraile viejo mendicante, con hábito gris y cubierto de suciedad; pero como camina por la calle, mirando al suelo, sus carrillos enflaquecidos y ojos hundidos demuestran que su poder está sojuzgado y que su influencia ha desaparecido. Los templos han perdido la plata labrada, los candelabros son amarillos, los cuadros malos, y las imágenes vestidas con tela ordinaria de algodón inglés. En los grandes días, las damas porteñas, ataviadas con sus mejores vestidos, se ven en camino a las iglesias, seguidas de un negrito, con librea amarilla o verde, que lleva en sus brazos una alfombrita, siempre de los colores más vivos, en que la dama se arrodilla, con el negrito detrás; pero, en general, los templos están desiertos y a nadie se ve en ellos fuera de una o dos viejas decrépitas cuchicheando en el confesonario. La consecuencia triste de todo esto es que en Buenos Aires hay poquísima religión. En Mendoza hay mucha gente que desea echar abajo a los sacerdotes; todavía, sin embargo, tienen evidentemente un poder considerable. Una vez por año, hombres y mujeres se congregan para vivir nueve días en una especie de cuartel que, como gran favor, se me permitió visitar. Está lleno de celditas, y hombres y mujeres, diferentes veces, son encerrados literalmente en estos agujeros para ayunar y azotarse. Pregunté formalmente a algunos si este castigo se infligía *bona fide*, y me aseguraron que la mayor parte se azotaban hasta sacarse sangre.

Un día yo estaba conversando seriamente con una persona en el hotel de Mendoza, cuando llegó un fraile de aspecto miserable con una imagen pequeña rodeada de flores; mi amigo fué obligado a besar esta imagen y el fraile luego la

presentó a todos los individuos del hotel; dueño, sirvientes, y aun la negra cocinera, todos la besaron y luego pagaron, naturalmente, por el honor.

Los sacerdotes de Mendoza llevan una vida disoluta; la mayor parte tienen familia, y varios viven públicamente con sus hijos. Su principal diversión, sin embargo, por extraño que parezca, es la riña de gallos todos los jueves y domingos. Paseaba a caballo un domingo cuando por primera vez descubrí el reñidero, y desmonté para verlo. Estaba lleno de sacerdotes, cada uno con su gallo de riña bajo el brazo; y era sorprendente ver cuán seria y, sin embargo, largamente concertaban las apuestas. Me demoré allí más de una hora; durante este tiempo los gallos estuvieron con frecuencia a punto de pelear, pero la apuesta no se formalizaba. Además de sacerdotes había muchos chicuelos sucios, y una linda muchacha. Mientras formulaban sus apuestas los chicos empezaron a jugar y el juez al instante ordenó que desalojaran el reñidero todos los que no tuvieran gallos; en seguida la pobre niña y todos los muchachitos salieron inmediatamente.

Pronto me cansó el espectáculo; pero antes de dejarlo no pude menos de pensar cuán extraña escena era, y cuán chocante justamente sería para la gente de Inglaterra, ver numerosos clérigos haciendo pelear gallos en domingo.

En San Juan, los sacerdotes tienen más poder que en Mendoza, y lo demostraron el otro día, tomando preso al gobernador, en la cama, y quemando, por mano del verdugo en la plaza, la Carta de Mayo que, como estímulo al establecimiento de ingleses en esta provincia, otorgó últimamente a los extranjeros la tolerancia religiosa. En las demás provincias tienen mayor o menor poder, conforme a sus habilidades y generalmente de acuerdo con la mayor o menor comunicación con Buenos Aires.

La religión del gaucho es necesariamente más sencilla que en la ciudad, y su estado lo coloca fuera del alcance del sacerdote. En casi todos los ranchos hay una imagencita o cuadro, y los gauchos a veces tienen una crucesita colgada del pescuezo. Para que sus hijos sean bautizados los llevan a

caballo a la iglesia más cercana, y creo que los muertos se ponen generalmente cruzados sobre el lomo del caballo y son sepultados en tierra consagrada: aunque el correo y postillón que fueron asesinados, a cuyo servicio fúnebre asistí, se enterraron en las ruinas de un rancho viejo en medio de la llanura santafesina. Cuando se contrae matrimonio, el joven gaucho lleva la novia en ancas, y en el transcurso de pocos días, generalmente, pueden conseguir iglesia.

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Está lejos de ser residencia agradable para los habituados a las comodidades inglesas. El agua es sumamente impura, escasa y, por consiguiente, cara. La ciudad es mal pavimentada y sucia y las casas son las moradas más incómodas en que haya nunca entrado: paredes, por el clima, húmedas, mohosas y descoloridas; pisos malos de ladrillo, en general rotos, y frecuentemente con agujeros; techos sin cielo raso, y a las familias no se les ocurre calentarse de otro modo que agrupándose en torno de un brasero colocado puertas afuera hasta que el ácido carbónico se desprenda.

Algunas familias principales porteñas amueblan sus cuartos de manera muy costosa pero incómoda; colocan sobre el piso de ladrillo un chillón tripe de Bruselas, cuelgan de los tirantes una araña de cristal, y ponen contra la pared húmeda, blanqueada, numerosas sillas norteamericanas de estilo chabacano. Tienen un piano inglés y algunos jarrones de mármol, pero no tienen idea alguna para arreglar los muebles en forma cómoda; las damas se sientan de espalda contra la pared sin ningún objeto aparente; cuando un extraño las visita tienen la costumbre descortés de no levantarse del asiento. No tuve tiempo de frecuentar la sociedad de Buenos Aires, y las habitaciones parecían tan incómodas, que, a decir verdad, me sentí poco inclinado a hacerlo. La sociedad de Buenos Aires se compone de comerciantes ingleses y franceses y uno o dos alemanes. Los comerciantes extranjeros son, generalmente, agentes de casas europeas; y como las costumbres de los hispanoamericanos, el alimento y las horas de comer son diferentes de las inglesas o francesas, no parece haber mucha comunicación entre ellos.

En Buenos Aires rara vez hombres y mujeres pasean

juntos; en el teatro están completamente separados; y no es alegre el ver todas las damas sentadas en los palcos mientras los hombres están en la platea—esclavos, simples marineros, soldados y comerciantes, todos miembros de la misma república.

La ciudad es provista por los gauchos, de modo que muestra gran falta de atención a las disposiciones que generalmente se encuentran en comunidades civilizadas. Leche, huevos, fruta, legumbres y carnes, se traen a la ciudad por individuos a galope (1) y se consiguen solamente cuando se les ocurre traerlos. Los víveres se traen juntos sin el arreglo conveniente, con resultado que (exceptuando la carne), son más caros que en Londres, y a veces no se pueden obtener de ningún modo. Sucedió que salí de Buenos Aires precisamente cuando pasó la época de higos, y aunque fuese pleno verano, no se pudo conseguir fruta: la gente de la ciudad parecía muy satisfecha con esta razón y no podía persuadirla de que alguien debiera arreglar una sucesión constante de frutas y no dejarla librada enteramente al gaucho. Pero la misma falta de arreglo existe en todos los casos. Si uno ha sido llevado para comer, en carruaje, y, por la noche, se aventura a preguntar por qué no ha vuelto, la respuesta es que está lloviendo y quienes alquilan carruajes no los dejan salir cuando llueve.

Durante mi breve estada en Buenos Aires vivía en una casa de las afueras, situada frente al cementerio inglés y muy cerca del matadero. Este lugar era de cuatro o cinco acres, y completamente desplayado; en un extremo había un gran corral de palo a pique, dividido en muchos bretes cada uno, con

---

(1) Uno de los cuadros más sorprendentes en o cerca de Buenos Aires es el gaucho joven que trae la leche. La leche va en seis o siete botijuelos colgando a los lados del recado. Rara vez hay lugar para las piernas del muchacho y generalmente pone los pies para atrás y se sienta como sapo. Se encuentran estos muchachos en grupos de cuatro o cinco y su modo de galopar, con gorro colorado, y poncho morado volando por detrás, ofrece un aspecto singular. Las carnicerías son carros toldados no muy agradables. La carne, cortada de manera horrible, zangolotea; y siempre he visto un gran pedazo atado con un tiento en la trasera del carro, arrastrando por el suelo, con un perro que trata de agarrarlo.

su tranquera correspondiente. Los bretes estaban siempre llenos de ganado para la matanza. Varias veces tuve ocasión de cabalgar por estas playas y era curioso ver sus diferentes aspectos. Si pasaba de día o de tarde, no se veía ser humano; el ganado con el barro al garrón y sin nada que comer, estaba parado al sol, en ocasiones mugiéndose o más bien bramándose. Todo el suelo estaba cubierto de grandes gaviotas blancas, algunas picoteando, famélicas, los manchones de sangre que rodeaban, mientras otras se paraban en las puntas de los dedos y aleteaban a guisa de aperitivo. Cada manchón indicaba el sitio donde algún novillo había muerto; era todo lo que restaba de su historia, y los lechones y gaviotas lo consumían rápidamente. Por la mañana temprano no se veía sangre; numerosos caballos con lazos atados al recado estaban parados en grupos, al parecer dormidos; los matarifes se sentaban o acostaban en el suelo junto a los postes del corral, y fumaban cigarros; mientras, el ganado, sin metáfora, esperaba que sonase la última hora de su existencia; pues así que tocaba el reloj de la Recoleta, todos los hombres saltaban a caballo, las tranqueras de todos los bretes se abrían, y en muy pocos segundos, se producía una escena de confusión aparente, imposible de describir. Cada uno tenía un novillo chúcaro en la punta del lazo; algunos de estos animales huían de los caballos y otros atropellaban; muchos bramaban, algunos eran desjarretados y corrían con los muñones; otros eran degollados y desollados, mientras en ocasiones alguno cortaba el lazo. A menudo el caballo rodaba y caía sobre el jinete y el novillo intentaba recobrar su libertad, hasta que jinetes en toda la furia lo pialaban y volteaban de manera que, al parecer, podía quebrar todos los huesos del cuerpo. Estuve más de una vez en medio de esta escena salvaje y algunas veces, realmente, me ví obligado a salvar, galopando, mi vida, sin saber con exactitud adónde ir, pues con frecuencia me encontraba entre Scylla y Caribdis.

Un día, volvía a casa después de presenciar esta escena, cuando vi un hombre de pie que eligió un cerdo muy grande entre una piara y lo enlazó del pescuezo; lo tiraba con todas

sus fuerzas, pero el animal no tenía ninguna idea de rendirse: al instante se acercó un chicuelo a caballo, y tomando muy tranquilamente la punta del lazo que el hombre tenía en la mano, levantó el cojinillo de cuero de oveja, prendió la presilla del lazo en la argolla que tiene el recado para esto, e inmediatamente partió al galope; nunca se vió animal empacado tan completamente vencido. Con la cola para abajo colgando por detrás, y las cuatro patas arañando el suelo, como dientes de rastrillo, seguía al muchacho claramente contra su voluntad; y la vista era tan extraña que eché a galopar en seguimiento del cerdo para verle la cara. Permaneció tan obstinado como siempre, hasta que el lazo lo ahogó, y entonces se desmayó y cayó de costado. El muchacho lo arrastró en este estado al galope más de tres cuartos de milla por un terreno áspero y duro, y al fin se detuvo de repente y, saltando del caballo, empezó a aflojar el lazo: "Está muerto", dije al muchacho, realmente apesadumbrado por la suerte del cerdo. "Está vivo", exclamó el chico, saltando a caballo y se alejó al galope. Observé al cerdo algún tiempo y veía sus narices sangrando, cuando, con gran sorpresa mía, comenzó a patalear con los remos traseros, luego abrió la boca y por fin los ojos; y después que hubo mirado alrededor, un poco, como Clarence después de su sueño, se levantó, y con gran cachaza caminó para unirse a una piara de diez o doce de su mismo tamaño que se hallaban a veinte yardas. Lentamente lo seguí, y cuando llegué a la piara vi que todos tenían narices sanguinolentas.

La casa que tenía en las afueras estaba no solamente frente al cementerio inglés sino en el camino de la Recoleta, gran necrópolis de la ciudad; media docena de entierros pasaban diariamente ante mi ventana, y en pocos días que estuve en Buenos Aires casi no fuí a la ciudad a caballo sin topar con alguno.

Aunque las maneras, costumbres, diversiones y modas de las distintas naciones cambian constantemente y son generalmente distintas en los distintos climas, no obstante, se podía esperar que el acto de depositar en su estrecho lecho un cadá-

ver humano, en todos los países y lugares fuese idéntico; pero, aunque la muerte sea igual, los funerales son muy diferentes. En el viejo mundo, cuán a menudo la tontería, vanidad y vejación de espíritu en que se ha vivido acompañan el hombre al sepulcro; y con cuánta frecuencia los buenos sentimientos de los vivos son dominados por la pompa vana y la ostentación que escarnece el funeral de los muertos. En Sud América el cuadro es bien diferente, y el modo de enterrar la gente en Buenos Aires parecía más extraño a mis ojos que cualquier otra costumbre de aquel lugar. En los últimos años algunos de los personajes principales han sido sepultados en ataúdes, pero, en general, van a buscar el muerto en un carro fúnebre con ataúd fijo dentro del cual se pone el cadáver, e inmediatamente el conductor echa a galopar y lo deja en el vestíbulo de la Recoleta. Hay un cochecito fúnebre para niños, que realmente pensé fuera un carro de saltimbancos; era un armazón liviano y abierto, rodeado de barandilla; sobre ruedas pintadas de blanco, con cortinas de seda celeste, y tirado al galope por un muchachito vestido de colorado, y con enorme plumacho blanco en el sombrero. Un día, volviendo a casa en mi caballo, me alcanzó este carrito (sin cortinas, etc.), que transportaba el cadáver de un negrito casi desnudo. Galopé al costado a cierta distancia; el muchacho, con el rápido movimiento del vehículo, bailaba unas veces sobre la espalda y otras sobre el rostro; en ocasiones, un brazo o pierna salía por la barandilla, y dos o tres veces realmente creí que el muchacho iba a caer del carruaje. Los cadáveres de los ricos generalmente eran acompañados por sus amigos; pero los carruajes con cuatro personas adentro es raro que vayan tan ligero como la carroza.

Fuí un día a la Recoleta, y en momentos que yo llegaba el carrito fúnebre se detuvo en la puerta. El sepulturero recibió una boleta del conductor, la leyó y metióla en el bolsillo; el conductor luego subió al carro y, sacando el cadáver de una criatura de ocho meses lo entregó al hombre, que lo llevaba balanceando del brazo, al cementerio amurallado en cuadro, y lo seguí. Fué a un sitio, a diez yardas de un rincón, y

luego, sin poner el pie en la pala ni levantar la tierra, rasguñó el terreno no tan hondo como un surco de arado. Mientras hacía esto, la pobre criatura yacía de espaldas en el suelo, ante nosotros, con un ojo abierto y otro cerrado, la cara sin lavar, y atada la cintura con un pedacito de tela sucia: el hombre, mientras hablaba conmigo, metió al niño en el surco, empujó con la pala los brazos al costado del cadáver y, echándole tan poca tierra encima, que se veía parte de la tela, se alejó y lo dejó. Tomé la pala e iba a enterrar yo mismo al pobre niño, cuando recordé que, como extranjero, posiblemente se tendría por ofensa, y , por tanto, me encaminé a la entrada. Encontré al mismo hombre con un ayudante llevando una angarilla con el cuerpo de un hombre muy viejo, seguido por el hijo, de unos cuarenta años; todos los del grupo riñeron y disputaron algunos minutos después de haber llevado el cadáver al borde de la fosa. Esta fosa era de siete pies de ancho y se había cavado desde un muro al otro del cementerio; los cadáveres se enterraban de a cuatro, apilados, y había un tabique movible de madera que adelantaba un paso cada vez que se completaba un número de cuatro cadáveres. Un cuerpo estaba ya sepultado; el hijo saltó abajo, y mientras estaba así parado sobre un cadáver y apoyándose en tres, los dos sepultureros le entregaron a su padre, vestido con una mortaja blanca ordinaria. La sepultura era tan estrecha que el hombre tuvo gran dificultad para acomodar el cuerpo, pero, tan pronto como lo consiguió, habló al cadáver del anciano padre y lo besó con gran sentimiento: la situación de padre e hijo, aunque muy rara, parecía en aquel momento perfectamente natural. Al esforzarse por salir de la fosa, el hombre estuvo a punto de tropezar con una mujer de la pila de cadáveres que tenía detrás; y así que salió, los dos sepultureros con las palas empezaron a echar tierra sobre el rostro y vestidura blanca del anciano hasta cubrirlo con una capa muy delgada de tierra: entonces los dos hombres saltaron al fondo con pesados pisones de madera, y realmente apisonaron el cuerpo de modo tal que, de estar el hombre vivo, habría muerto; y luego todos salimos del cementerio.

MODO DE VIAJAR

Hay dos maneras de cruzar las Pampas, en carruaje o a caballo. Los carruajes no tienen elásticos de madera o hierro, pero están muy ingeniosamente provistos de sopandas de cuero que los hacen bastante cómodos. Hay dos clases de carruajes, un vehículo largo de cuatro ruedas, como un furgón (sin portezuela atrás) tirado por cuatro o seis caballos, y con capacidad de ocho personas; y otro más chico, de dos ruedas, cerca de la mitad de largo, generalmente tirado por tres caballos.

Cuando crucé por primera vez las Pampas compré para mi gente un gran carruaje, y también un enorme carro techado de dos ruedas, que transportaba dos mil quinientas libras de herramientas para minas, etc. Contraté un capataz y él me tomó una cantidad de peones que iban a recibir treinta o cuarenta duros por cabeza para conducir los vehículos hasta Mendoza.

La víspera de partir, el capataz me pidió dinero para comprar cueros y luego se cortaron en largas tiras, anchas de tres cuartos de pulgada, y la lanza, como también casi toda la caja del carruaje, se ligaron fuertemente con cuero mojado que, una vez seco, se encogió, formando una atadura casi como de hierro. Los rayos, y, con mucha sorpresa nuestra, las pinas o circunsferencia, de las ruedas, se ataron de modo semejante para que, efectivamente, rodaran sobre cuero. Todos declaramos que se cortarían antes de salir del pavimento de Buenos Aires, pero aguantó perfectamente bien setecientas cincuenta millas, y fué cortado entonces solamente por algunas filosas rocas de granito que nos vimos obligado a pasar.

Respecto a provisiones se nos dijo (bastante cierto) poco

se puede conseguir en las Pampas a no ser carne y agua; y una cantidad de víveres, con aguardiente de cerezas, etc., etc., se juntó con mis compañeros, algunos de los que, me figuro, imaginaban que iba a llevarlos no al Dorado, sino "a aquel país no descubierto del que ningún viajero retorna"; sin embargo, cuando estuvimos listos para partir, uno de ellos encontró que, panes y pescados, cantina, etc., se habían dejado (no importa si a designio o por casualidad) y entonces todos alegremente consintieron en afrontar la dificultad, único modo realmente de viajar sin fastidio en cualquier país. Nos proveímos de un poco de aguardiente y te, pero estábamos tan desprovistos de otros lujos que el primer día no tuvimos en qué beber te sino en cáscaras de huevo.

Como se había informado al Gobierno de Buenos Aires que los indios habían invadido el país que teníamos que recorrer, el ministro tuvo la bondad de darme una orden para un comandante que se hallaba en el camino con sus tropas, a fin de que me auxiliara si yo lo requería; y, además, compramos una docena de mosquetes, algunas pistolas y sables, que se tiraron sobrer la tolda del carro.

Como es costumbre adelantar a los peones media paga, y hombres que han recibido dinero adelantado tienen, en todo país, numerosos amigos sedientos, es muy difícil reunir todos los conductores. Los nuestros eran de todos colores, negro, blanco y colorado; y conjunto tan extravagante nunca se formó. Teníamos seis caballos en el carruaje, cada uno montado por un peón, y yo, con otro, íbamos a caballo.

Recorrer más de novecientas millas por las Pampas es esfuerzo realmente muy sorprendente. El país, como antes se ha dicho, es chato sin más camino que huellones que cambian constantemente. Los ranchos llamados postas, se hallan a diferentes distancias, pero, término medio, cada veinte millas; y cuando se viaja con carruajes, es necesario mandar un hombre adelante para pedir a los gauchos que recojan caballos.

El modo que los peones manejan es del todo extraordinario. El país, en completo estado natural, es cortado por

arroyos, riachuelos, pantanos, etc., que es absolutamente necesario pasar. En ocasiones el carruaje, por extraño que parezca, va por una laguna que, naturalmente, no es honda. Las orillas de los arroyos suelen ser muy empinadas, y observé constantemente que pasábamos por lugares que, en Europa, cualquier militar, creo, sin hesitación, informaría ser infranqueables.

La manera de ensillar caballos es admirablemente adaptada a las circunstancias. Tiran a la cincha, en vez de pechera, y teniendo un solo tiro, en terreno áspero pueden aprovechar todos los lugares firmes; donde el terreno solamente aguanta una vez, cada peón toma su senda y las patas de los caballos van libres y desembarazadas.

Para atar o desatar, los peones solamente enganchan o desenganchan el lazo del recado; y esto es tan sencillo y fácil que, cuando el carruaje paraba, constantemente observábamos que antes que ninguno de nosotros bajase, los peones habían desenganchado, y estaban fuera de vista para agarrar caballos de refresco en el corral.

Al galope, si se le ha caído cualquier cosa al peón, desengancha, retrocede al galope y vuelve a alcanzar el carruaje sin que éste se detenga. A menudo pensaba qué admirable sería en la práctica este modo de andar para las tareas especiales de aquella rama noble de nuestro ejército, la artillería montada.

La velocidad de los caballos en viaje (si hay bastantes) es del todo sorprendente. Nuestro carro, aunque cargado con dos mil quinientas libras de herramientas, se conservaba a la par del carruaje a galope corto. Muy a menudo, cuando los dos vehículos iban a este paso, algunos peones, siempre muy atrevidos, gritaban: "¡ah, mi patrón!", y luego, todos daban alaridos y galopaban con el carruaje detrás de mí; y muy frecuentemente no podía desviármeles.

Pero, por extraña que parezca la narración de esta manera de andar, cualquiera que vea llegar los caballos descubrirá el secreto. En Inglaterra nunca se ven caballos en tal estado; espuelas, talones y piernas de los peones están literal-

mente bañados en sangre y de los costados mana más bien que gotea la sangre.

Después de esta descripción, para justificarme, debo decir que es imposible evitarlo. Los caballos no trotan y es imposible trazar línea entre el tranco y el galope, o, de paso solamente por el país, alterar el sistema de cabalgar, que en todas las Pampas es cruel.

Los peones son eximios jinetes y varias veces los he visto al galope soltar las riendas sobre el pescuezo del caballo, sacar del bolsillo una tabaquera con picadura, y, con un pedazo de papel o chala, armar cigarrillos y luego encender el yesquero y el cigarro.

Las postas están separadas de doce a treinta y seis millas y, en un caso, cincuenta y cuatro; y como sería imposible llevar un carruaje, estas distancias de un galope, se envían mudas de caballos con el coche y a veces se cambian cinco veces en una etapa.

Apenas es posible concebir vista más extravagante que nuestro carruaje y carro toldado (1), galopando por la llanura sin camino y precedido o seguido por una tropilla de treinta a sesenta caballos salvajes, sueltos y a todo galope, arreados por un gaucho y su hijo y a veces por un par de muchachos. El cuadro parece corresponder al peligro que positivamente existe de cruzar regiones deshabitadas, tan frecuentemente invadidas por los indios.

Cabalgando por las Pampas generalmente se acostumbra tomar un sirviente, y la gente con frecuencia espera para ir con algún carruaje: o, sino, si están en condiciones, cabalgan con el correo que llega a Mendoza en doce o trece días. En caso que los viajeros deseen llevar cama o dos maletitas se

---

(1) Un día estaba observándolos, en vez de mirar adelante, cuando mi caballo rodó en una vizcachera y me apretó el brazo. Estaba tan machucado que casi me desmayé; pero, antes de poder montar de nuevo, el carruaje casi se perdía de vista y cuando el cielo me parecía todavía verde por el dolor que sufría, me vi obligado a seguir para reunírmeles y creo que tuve que andar siete millas a todo galope antes de alcanzar el carruaje para entregarles mi caballo.

ponen sobre el lomo de un caballo que se arrea por delante o va atado con cabestro al recado del postillón.

La manera más independiente de viajar es sin equipaje ni sirviente. En este caso el viajero sale de Buenos Aires o Mendoza con un postillón que se cambia en cada posta. Tiene que ensillar sus caballos y dormir de noche en el suelo sobre el recado; y como no puede llevar provisiones, debe confiar completamente en los escasos recursos del país, y alimentarse con poco más de carne y agua.

Es, naturalmente, una vida dura, pero tan deliciosamente independiente, y si uno se encuentra en buen estado para cabalgar es manera tan rápida de viajar, que dos veces la preferí y siempre la preferiría; pero no recomiendo a nadie intentarlo si no se siente bien y con salud.

Cuando crucé primero las Pampas iba con un carruaje, y aunque acostumbrado a cabalgar toda mi vida, no podía seguir a los peones y después de galopar cinco o seis horas, me veía obligado a entrar en el carruaje; pero después de andar montado tres o cuatro meses, y alimentándome de carne y agua, me encontré en un estado que sólo puedo describir diciendo que sentía que ningún esfuerzo me mataría. Aunque siempre llegaba completamente cansado de no poder hablar, pocas horas de sueño en el recado me reponían tanto, que, por una semana, podía diariamente andar a caballo desde antes de salir el sol hasta dos o tres horas después de ponerse, y cansar efectivamente diez o doce caballos por día. Esto explicaría las distancias inmensas que se dice cabalgan los sudamericanos, y afirmo que pueden hacerse solamente con carne y agua.

Al principio el galope constante abomba la cabeza y, con frecuencia, he estado tan aturdido al desmontar, que apenas me tenía en pie; pero el organismo se acostumbra por grados y luego se convierte en la vida más deliciosa posible que se pueda disfrutar. Es deliciosa por su variedad y por la manera natural de reflexionar que fomenta; pues, en el gris matinal, cuando el aire está todavía helado y tónico, cuando los ganados parecen salvajes y ame-

drentados, y cuando la Naturaleza entera tiene aspecto de juventud e inocencia, uno se permite aquellos sentimientos y meditaciones que, con razón o sin ella, es tan agradable acariciar; pero el calor diurno y la fatiga corporal, gradualmente traen a la mente la razón; antes de ponerse el sol muchas opiniones se modifican y, como en la tarde de la vida, se ven atrás con melancolía los devaneos apacibles de la mañana.

Cabalgando por las Pampas con una constante sucesión de gauchos, solía observar que los muchachos y los viejos andan más rápidos que los jóvenes. Los muchachos carecen de discernimiento, pero son tan livianos y atrevidos, que se deslizan por el campo muy ligeros. El gaucho anciano canoso es un buen jinete con gran juicio, y aunque su paso no es tan rápido como el del muchacho, sin embargo, por ser constante y uniforme, llega a la meta casi en igual tiempo. Cabalgando con un mocetón encontraba su paso inevitablemente influenciado por sus pasiones, y el tema sobre que sucedía conversáramos; y cuando llegábamos a la posta, constantemente hallaba que, de un modo u otro, se había perdido tiempo.

En las Pampas es absolutamente necesario armarse, pues hay muchos salteadores, especialmente en la desolada provincia de Santa Fe.

El objetivo de esta gente, por supuesto, es el dinero y, en consecuencia, siempre iba tan mal vestido y bien armado que, aunque una vez pasé por medio de ellos sin más acompañante que el muchacho postillón, no me creyeron digno de un asalto. Siempre llevaba un par de pistolas en el cinto y una escopeta de dos tiros en la mano, todas de pistón. Tenía por regla no estar un instante sin armas y amartillar los dos cañones de la escopeta siempre que encontraba un gaucho.

Respecto a indios, una persona montada no puede tomar precaución alguna, sino debe tirar el guante y correr el albur que, si se calcula, es bueno.

Si topa con ellos, puede ser torturado y matado, pero

es muy improbable encontrarlos en el camino; sin embargo, son tan astutos, y cabalgan tan ligero, el país es tan desierto, que es imposible obtener ninguna información sobre ellos; además de esto, la gente está tan alarmada y hay tan escasas noticias constantes concernientes a ellos, que es inútil atender a ninguna, y creo que es tan seguro ir al lugar donde se oye que están como retroceder.

El peligro mayor de viajar por las Pampas, son las constantes rodadas de caballo en las vizcacheras. Calculé que mi caballo, término medio, rodaba conmigo al galope una vez cada tres millas; y aunque por la blandura del suelo nunca me herí gravemente, sin embargo, antes de partir no se puede prescindir de sentir cuán desesperada situación sería quebrarse un miembro o dislocarse una coyuntura a tantos cientos de millas de cualquier clase de asistencia.

LA CIUDAD DE SAN LUIS

Quinto día (desde Buenos Aires). Llegamos una hora después de puesto el sol; posta fortificada; disputándonos la cocina en la obscuridad; cocinera remolona; el correo nos da su comida; chozas de gente con aspecto salvaje; tres muchachas y mujeres casi desnudas (1); su raro aspecto cuando cocinaban nuestras gallinas. Nuestra choza; viejo tullido; la figura de Mariquita; chicuelo mestizo; otras tres o cuatro personas. Techo soportado en el centro por un horcón; agujeros del techo y paredes; paredes de barro rajadas y rotas; botija sobre trípode de madera en un rincón; piso, la tierra; ocho peones hambrientos a la luz de la luna, parados, cuchillo en mano, junto a un carnero que iban a carnear y mirando su presa como tigres implacables.

Por la mañana, Morales y los peones parados juntos al fogón; la llama haciendo la escena detrás de ellos negra y obscura; horizonte como mar, excepto aquí y allá el lomo de una vaca que se ve; carro y coche casi perceptibles.

En la choza todos nuestros compañeros ocupados del equipaje; iluminados por una vela torcida y delgada; escena de urgir al maestro de posta para conseguir caballos y a Mariquita para obtener leche; el patrón despertando al negrito.

Duodécimo día. Dejamos la posta con tres mudas de

---

(1) "Son tan salvajes como el burro", dijo un cornwalés, sonriendo: y luego muy gravemente agregó: "y observo una cosa, señor, y es que cuanto más lejos vamos tenemos cosas más salvajes".

caballos para llegar a San Luis, distante treinta y seis millas; pregunté el camino a uno de los gauchos que tiraba el carruaje; desmontó y trazólo con el dedo en el camino; a unas tres leguas íbamos a doblar en un caballo muerto que veríamos. Luego galopé delante con un acompañante, sabiendo que no veríamos ninguna habitación hasta llegar a San Luis; teníamos tres horas y media de luz. A medio camino empezamos a pensar que habíamos perdido la senda; sin embargo, seguros de equivocarnos si nos deteníamos a discutir; en consecuencia, galopamos adelante. Nuestros caballos se cansaron y el sol estaba cerca del ocaso sin que aparecieran casas; pero, cuando el borde inferior tocaba el horizonte, descubrimos un rancho adonde nos acercamos y nos informó una muchachita que nos hallábamos acerca de San Luis. Llegamos a la posta al obscurecer, y ansiosamente averiguamos al grupo salvaje si había fonda en la ciudad. "No hay, señor, no hay." Entonces preguntamos si había camas. "No hay, señor, no hay". "¿Hay café?" "No hay, señor"; exactamente en el mismo tono de voz. Cuando miramos alrededor no encontramos más que paredes peladas y pulgas. Sucedió aquel día que teníamos monturas inglesas y, por tanto, comenzamos a averiguar de nuevo si había camas. La mujer nos dijo que nos facilitaría la suya, y en pocos momentos trajo colchón, y todo envuelto lo extendió en el suelo; sin embargo, cuando miré la frazada, y, sobre todo, las sábanas, le rogué de la manera más seria que me diese algo un poco más limpio. "Son limpias", dijo la mujer levantando la sábana y señalando un pedacito que parecía más blanco que el resto. Era inútil insistir sobre el punto, y así salí del rancho dejando la punta de la sábana en mano de la mujer y declarando completamente imposible dormir allí.

Fuí a la puerta del maestro de posta y díjele que había estado un día entero a caballo, sin comer; que tenía

apetito y le pedí me hiciera saber lo que se podía conseguir: "Lo que quiera, señor, tenemos todo".

Bien sabía yo el significado de "todo", y él me explicó, en consecuencia, que tenía "carne de vaca. y gallinas". Pedí una gallina y luego fuí a mi cuarto. La vista de la cama me hizo vacilar y después de mirarla un tiempo con toda inclinación a persuadirme que era utilizable, pero en vano; resolví ir donde el gobernador, entregar mis cartas y ver lo que haría con él.

Busqué un guía que me llevase en la obscuridad a casa del gobernador. Después de caminar alguna distancia, el hombre dijo: "Aquí está." "¿Cómo, es ésta?", dije, señalando una puerta en que estaban algunos negritos desnudos. No, era la casa siguiente.

El gobernador no estaba, pero encontré la esposa sentada en la cama, rodeada de damas; se me ofreció asiento, pero me di prisa para visitar al coronel; no estaba en casa, dijo una joven que me pidió tomara asiento. Fuí al cuartel; a un ordenanza se le ordenó acompañarme hasta la posta para pedir al maestro que me tratase con especial consideración. La ciudad a la luz de la luna; no se ven casas sino huertas cercadas con tapiales. Fuí a ver mi comida; encontré la muchacha cocinera sentada entre el humo con los peones. Vi una olla negra de hierro puesta al fuego y supuse que dentro estaba mi gallina. Pregunté si era así. "No, señor, aquí está", dijo la muchacha, sacándose una frazada vieja que la cubría los hombros desnudos y mostrándome la gallina que tenía en la falda. Iba a quejarme y temo que a renegar, pero me entró tanto humo en los ojos y boca, que no pude ver ni hablar. Al fin pedí huevos. "No hay, señor." "¡Justo cielo!" — dije — ¿en la capital de San Luis no hay un solo huevo?" "Sí — dijo ella, — pero es demasiado tarde, me daría algunos mañana." Me preguntó si me gustaba el queso. "¡Oh sí!", contesté ávidamente. Dióme un queso enorme e insistió en que lo tomara entero, pero no tenía pan.

Me había lastimado el brazo derecho cayendo del caballo; no obstante, llevé el queso a mi cuarto y luego no sabía dónde ponerlo. El suelo sucio; la cama peor, y nada más había; así, teniéndolo en el brazo baldado, estuve algunos segundos filosofando sobre el estado de la provincia de San Luis.

....

VIAJE A LAS MINAS DE ORO Y LAVADEROS DE LA CAROLINA

Salí de San Luis al romper el día para las minas y lavaderos de La Carolina, situados en la sierra al norte de la ciudad.

Arreábamos por delante una tropilla de caballos y a mediodía nos detuvimos para mudar.

Los caballos se llevaron al borde de un precipicio completamente a pique, que cae a un torrente, y formamos semicírculo alrededor de ellos, mientras los peones empezaron a enlazarlos, con lo que estaban muy asustados. Los caballos estaban tan amontonados y asustados que yo esperaba que todos caerían al principio; por fin, la parte posterior de uno cayó al vacío y se colgó del modo más extraordinario de las manos, con el hocico tocando el suelo, lo más alejado posible para mantener el equilibrio. Así que lo vimos en esta situación, dejamos escapar a los demás y en un momento el peón lo enlazó de la cola, con precisión sorprendente, quedando el lazo como baticola. Luego todos tiramos y levantamos el caballo y conseguimos sacarlo; todo el tiempo permaneció quieto y al parecer perfectamente consciente de que la mínima lucha le hubiera sido fatal. Montamos en caballos de refresco, y aunque la senda montañosa era tan escabrosa y escarpada, que en ocasiones veíamonos obligados a saltar uno o dos pies de un nivel a otro, trepábamos con el arreo de los caballos, a razón de nueve o diez millas por hora.

Por la tarde llegamos a un arroyuelo que nos guió al rancho miserable de La Carolina, cerca de la mina.

Un hombre nos ofreció la ramada para dormir, que

nos apresuramos a aceptar, y entramos a varios ranchos y conversamos con pobres gentes que habían oído de ingleses ricos y creían que habíamos llegado para darles todo lo que se les antojase.

A la noche comimos algo y dormimos en el suelo de la ramada. Habíamos notado un perro muy bravo atado en el patio, que constantemente trataba de agarrarnos. A media noche, cuando la luna brillaba sobre nosotros por unos agujeros del techo, el perro entró, y, después de olfatear a todos fué a dormir entre nosotros.

Todo el siguiente día lo empleamos en las minas y lavaderos, y por la tarde entré en un jardincito y busqué oro en el suelo. Realmente pude encontrar muy pequeñas partículas y era singular dar con tal producto en jardines de gente pobrísima.

De regreso visité muchos ranchos para recibir las arenillas de oro que había prometido comprar. Ocurrió que no tenía más que una cantidad de monedas de cuatro duros y aunque circulaban en toda Sud América, encontré, con gran sorpresa mía, que nadie las aceptaba. En vano les aseguraba su valor, pero esta pobre gente (acostumbrada a trocar oro por plata) sacudía los dedos ante mi rostro, y con voces distintas exclamaba: "no vale nada", y, entre montañas tan salvajes, la verdad moral de su afirmación penetró muy fuertemente en mi cerebro.

Les ofrecía una moneda de cuatro duros, por lo que pedían solamente dos o tres, pero no querían tomarla; y a duras apenas juntamos plata bastante para remunerar al dueño de casa por el alojamiento y comida que nos había proporcionado.

Nuestros caballos traídos de San Luis se juntaron y metieron en el corral la noche antes de dejar la ciudad y, por tanto, nada comieron esa noche.

El día siguiente, como he dicho, anduvimos sesenta millas, y como fué demasiado tarde para soltarlos, se los tuvo encerrados toda esa noche en el patio.

Al otro día, mientras inspeccionamos las minas, se sol-

taron cuatro o cinco horas para pastar entre piedras y rocas, donde parecía no hubiera que comer, y se les volvió al patio donde permanecieron ayunando toda la noche. La mañana siguiente, antes de romper el día, los montamos e hicimos sesenta millas de regreso a San Luis, y como algunos de la partida llegaron muy tarde, me inclino a creer que el maestro de posta los tuvo en el corral la noche entera y por la mañana se llevaron al campo.

Las pobres criaturas, deben, naturalmente, haber sufrido mucho, pero yo no sabía que en Carolina no tendrían nada que comer; y cuando estuvimos allí, creo no fué misericordioso para ellos no hacerlos descansar; pero la verdad es que los negocios que tenía entre manos eran de tanta importancia que realmente no tuve tiempo de pensar en ello.

MENDOZA

La ciudad de Mendoza está al pie de los Andes, y el país circunvecino es regado por canales derivados del río Mendoza. Este río bordea el lado oeste de la ciudad y desprende al este una acequía de seis pies de ancho con el agua necesaria para mover un gran molino. Esta acequia provee de agua a la ciudad y, al mismo tiempo, adorna y refresca la Alameda o paseo público. Riega las calles que descienden al río y también puede llevarse a aquellas que están en ángulo recto.

Mendoza es ciudad pequeña y aseada. Todas las calles son trazadas en ángulo recto; hay una plaza cuadrada en uno de cuyos lados se levanta un gran templo, y varias otras iglesias y conventos están esparcidos por la ciudad. Las casas son de un piso, todas las principales con zaguán y puerta cochera que da al patio cuadrado por habitaciones.

Las casas son de barro con techos del mismo material; las paredes blanqueadas les dan aspecto limpio, pero el interior, aunque blanqueado, parece granero inglés. Naturalmente, las paredes son muy endebles; a veces se viene abajo un gran pedazo, y son de tal resistencia, que en pocos minutos, una persona con pala o pico abriría brecha en cualquier pared de la ciudad. Varias de las principales casas tienen vidrios en las ventanas, pero la mayor parte carece de ellos. Casi todas las casas son tienditas y las mercaderías que muestran son principalmente algodones ingleses.

Los habitantes son de aspecto muy tranquilo y respetable. El anciano gobernador tiene maneras y aspecto de caballero; y varias hijas lindas. Los hombres se visten con

chaquetas azules o blancas, sin camisas. Las mujeres solamente se ven de día sentadas en las ventana en completa deshabillé, pero a la tarde van a la Alameda vestidas con muy buen gusto en traje de gala con cola, completamente a la moda de Londres o París. La manera en que toda la gente se reune, demuestra mucho sentimiento de bondad y compañerismo, y seguramente nunca vi menos rivalidad aparente en ningún otro lugar.

La gente, sin embargo, es indolente en extremo. Poco después de las once los tenderos se preparan a dormir la siesta; empiezan a bostezar un poco, y, lentamente, vuelven a su sitio los artículos que, por la mañana, han desplegado en los mostradores. A las doce menos cuarto cierran las tiendas, las ventanas de toda la ciudad están cerradas o entornadas y no se ve a nadie hasta las cinco, y a veces, hasta las seis de la tarde.

Durante este tiempo, generalmente solía pasear por la ciudad para hacer observaciones. Era realmente singular pararse en una esquina y encontrar en todos los rumbos soledad tan completa en medio de una capital de provincia. El ruido producido al caminar era semejante al eco que se oye cuando uno se pasea solo por la nave de una iglesia o catedral, y la escena parecía de las desiertas calles de Pompeya.

Al pasar por algunas casas siempre oía ronquidos, y, pasada la siesta, con frecuencia me divertía mucho viendo el despertar de la gente, porque hay infinitamente más verdad y placer en mirar así las escenas de la vida privada que en hacer observaciones formales sobre el hombre vestido y preparado para su representación en público. La gente generalmente se acuesta en el suelo pelado o piso del cuarto, y el grupo es a menudo divertido.

Ví cierto día un viejo (de la gente principal) profundamente dormido y dichoso. Su anciana esposa estaba despierta y sentada en cómodo deshabillé, rascándose, mientras su hija, lindísima criatura de diez y siete años,

estaba también despierta, pero acostada de lado besando un gato.

Por la tarde la escena empezaba a revivir. Se abrían las tiendas; numerosas cargas de pasto se veían transitar por las calles, pues el caballo que las lleva va completamente oculto. Detrás de la carga un muchacho en ancas y, para subir y bajar, trepa por la cola del animal. Pocos gauchos a caballo, vendiendo fruta; y se ve a veces un mendigo jinete, sombrero en mano, cantando un salmo melancólico.

Tan pronto como el sol se pone, la Alameda se llena de gente, y el aspecto es muy singular e interesante. Los hombres se sientan en mesas fumando o tomando nieve: las damas se sientan en bancos de adobe a ambos lados del paseo.

Difícilmente se dará crédito a que, mientras la Alameda está llena de gente, mujeres de todas las edades, sin ropas de ninguna clase o especie, se bañaban en gran número en el arroyo que literalmente limita el paseo. Shakespeare nos dice que la "más cautelosa doncella es bastante pródiga si descubre sus encantos a la luna", pero las damas de Mendoza, no contentas con esto, los muestran al sol; y tarde y mañanas, realmente, se bañan sin traje alguno en el río Mendoza, cuya agua rara vez llega arriba de las rodillas, hombres y mujeres juntos; y, por cierto, de todas las escenas que he presenciado en mi vida, nunca vi otra tan indescriptible.

Sin embargo, y volviendo a la Alameda: el paseo a menudo se ilumina de modo muy sencillo con linternas de papel, en forma de estrellas, y alumbradas por una simple candela. Toca generalmente una banda de música, y en el extremo del paseo hay un templete de barro, elegantísimo en sus líneas y del que verdaderamente puede decirse: ***materiam superabat opus.***

Las pocas tardes que estuve en Mendoza siempre iba como extranjero completo a la Alameda para tomar nieves, que, después del calor diurno, eran deliciosas y refres-

cantes; y cuando llevaba a la boca cucharada tras cucharada, mirando arriba el contorno obscuro de la cordillera y escuchando el trueno que a veces podía oir repercutiendo en el fondo de las quebradas, y otras resonando en las cumbres de las montañas, solía siempre reconocer que, si se pudiese hacer nada más que una vida indolente, no hay sitio en la tierra donde el hombre pudiera ser más indolente y más independiente que en Mendoza, pues dormiría el día entero y tomaría nieve por la tarde, hasta que se le agotase al reloj de arena. Los víveres son baratos y la gente que los trae tranquila y atenta; el clima es cansador, y toda la población indolente. *¿Mais que voulez-vous?* Su situación los destina a la inactividad; están limitados por los Andes y las Pampas, y, con tan formidables e implacables barreras a su derredor, ¿qué tienen que ver con las historias, progresos o naciones del resto del mundo? Sus necesidades son pocas y la Naturaleza fácilmente las llena; el día es largo y, por consiguiente, así que almuerzan y han hecho unos pocos preparativos para la cena, hay tantísimo calor que van a dormir, y, ¿qué otra cosa mejor harían?

LAS PAMPAS

Volvía a la fonda a las diez de la noche y encontré dos caballos en el patio sin nada que comer, y un gaucho joven, que iba a acompañarme como postillón, durmiendo en el recado. La mañana siguiente, antes de despuntar el día, me levanté, ensillé mi caballo y, con recado para cama y algunas pistolas y dinero, empecé mi galope a Buenos Aires.

Para describir el país—delicioso sentimiento de independencia en la manera de viajar,—aire helado y suelo duro. Salió el sol, y poco después llegué a la primera posta. Tenía una carta para la esposa del marido que quedó en Mendoza; fuí a entregársela mientras el gaucho que iba a acompañarme arriaba los caballos al corral; encontré la mujer en cama. "Siéntese, señor", me dijo, señalando una silla vieja que estaba en la cabecera del lecho; me senté y le dije que la carta era de su marido; púsola bajo la almohada y luego me ofreció mate, pero no tenía tiempo para esperar, y partí.

En la tercera posta, desde Mendoza, el encargado, que podía exhibirse en Inglaterra como muestra curiosa de hombre cachaciento, a todo lo que yo decía respondía "sí", nada más que un anhelo, y parecía que nunca hubiese dicho otra palabra; yo había pasado dos veces por su casa y era siempre el mismo "si".

Galopé adelante sin parar sino para cambiar caballos hasta las cinco de la tarde; verdaderamente muy cansado, pero en llegando al rancho de la posta, vi caballos en el corral y resolví seguir. Partí con caballo de refresco y un mocetón gaucho que me acompañaba, quien iba cantando y galopaba como el viento; se entró el sol y se hizo tan

obscuro que, más de una hora, esperaba por momentos que el muchacho se alejase, pues el camino era áspero y montuoso. A las siete y media, después de cabalgar ciento cincuenta y tres millas, llegué a la posta; encontré el rancho ocupado por algunos llegados en carruaje; completamente cansado; nada de comer, pedí pan, no tenían; en realidad apenas podía hablar; llevé el recado bajo la ramada; dos niños dormían y una muchacha negra; me acosté en el suelo e inmediatamente me dormí; a las dos o tres horas me despertó la mujer de la pista, que traía un poco de sopa con carne; la engullí y volví a dormirme; una hora antes de venir el día me despertó el gaucho que iba a seguir conmigo. "Vamos, señor", dijo con voz chillona, e impaciente me levanté; tomé algunos mates, monté a caballo y cuando galopé me sentí complacido de que el sol que me había dejado la tarde antes treinta millas más cerca de Mendoza me encontrase entregado a mi tarea. En la primera posta esperé quince minutos los caballos; la etapa más larga entre Mendoza y Buenos Aires es de cincuenta y una millas; la mujer solamente me quiso dar un caballo de repuesto que arreamos por delante. Galopé mi caballo hasta donde aguantó, y luego subí al de repuesto, dejando atrás al postillón. En una hora más este caballo estaba concluído; espoleándolo podía mantenerlo a galope corto; al fin se cayó y el pie se me enganchó en el estribo, la larga espuela se enredó también en la lana del cojinillo; vi, por la palpitación del costado y narices del caballo, que estaba demasiado cansado para seguir. Monté y lo hice galopar hasta que cayó sobre mi otra pierna y tuve ambas lastimadas; alcancé un muchacho que arreaba algunos caballos; tomé uno y el mío se incorporó a la tropilla, hasta llegar a la posta. Maestro de posta muy bondadoso, y ordenó a un gaucho que me diera un buen caballo, pues mis piernas lastimadas me dolían muchísimo; partí con un muchacho, pero nuestros caballos se cansaron antes de llegar a San Luis; obligados a caminar parte de la distancia y

luego a fuerza de talón y espuela, entramos a San Luis en momentos de ponerse el sol.

En San Luis me aconsejaron no seguir, pues el correo y postillón (de Buenos Aires) con sus caballos y un perro acababan de ser encontrados en el camino degollados; me dijeron que me uniese al correo que saldría para Buenos Aires. Conforme con esto, la mañana siguiente salí con el correo y tres peones de escolta, todos armados con pistolas y mosquetes viejos. El correo, hombrecito de cincuenta años, había andado a caballo toda su vida, tenía cara de manzana seca; llevaba la pistola empuñada; me dijo ser padre del correo que acababan de asesinar; que era su hijo único; que acababa recién de conseguir que lo nombrasen; que tenía diez y nueve años, y que fué su primer viaje conduciendo el correo; que no tenía pistolas, ni siquiera cuchillo; que era bárbaro matarlo; que debía haber muerto como un cordero, etc., etc.. Repetía esta historia en todas las postas y la gente era tan aficionada a averiguarla y él tan inclinado a relatarla, que perdímos muchos minutos en cada posta. Quería narrarla a todos; en una posta se la dijo a un gran tipo ordinario y mestizo que estaba sentado en una piedra mientras una muchachita le peinaba las motas. "¿En dos?", dijo la peinadora. "Sí", gruñó el padre medio dormido y meneando la cabeza, escuchando el cuento del correo. Por tanto, anduvimos todo el día y sólo recorrimos ciento dos millas. La mañana siguiente salí antes del sol, tomé un postillón, y, viajando solo, anduve mucho más ligero; pero, los caballos todavía flojos, y, en todo el día, pude recorrer solamente ciento diez millas.

Dos días más cabalgué de la mañana a la noche, durmiendo en el suelo con nada más que carne para comer; por fin llegué a la parte de Santa Fe, donde el correo había sido asesinado. El maestro de posta rehusó facilitarme caballos a menos que encontrase un guardián, pues decía que los postillones no podían ir solos; insistía en que esperase el correo y, por tanto, perdí medio día, pues no llegó hasta la noche. Por la mañana, al venir el día, me levanté; vi al

pobre viejo correo echado en el recado, con un cigarro en la boca y por mucho tiempo acostado de espaldas rezando y santiguándose. Partí con el maestro de posta, un gaucho agregado y el postillón, todos armados; poquísima conversación. Cuando nos aproximábamos al sitio parecía que todos esperasen que los salteadores estuvieran allí; después de marchar algunas leguas, dejamos el camino y galopamos cortando campo hacia una tapera negra. Era uno de los ranchos incendiados por los indios, y la familia entera había sido asesinada. Cuando llegamos miré en derredor, y no se veía otro rancho o habitación; no había ganados y luego que algunas gamas que estuvieron pocos momentos a la vista hubieron huído, quedamos enteramente solos, ni se veía ningún pájaro o animal. Llegamos galopando al rancho; era construído de adobe y barro; el techo había sido quemado; un caballete caído a media altura, el otro parecía a punto de caer; una pared estaba desmoronada y todos nos acercamos a este lado del rancho. Cerca teníamos un pozo hondo en que los salteadores habían arrojado los cuerpos, primero el correo y postillón, luego el perro y después los caballos. Las reses muertas de los caballos yacían por delante; estaban casi comidas por águilas y chacales. El perro no había sido tocado; era muy grande, y con el calor del tiempo se había hinchado extraordinariamente; estaba degollado, y en mi vida vi tanta expresión en cara de animal muerto; enseñaba los dientes y no se podía menos de imaginar que expresaba los sentimientos de ira y fidelidad con que, sin duda había peleado hasta el fin. Adentro del rancho estaban los cuerpos degollados del correo y del postillón (1), apenas cubiertos por algunos adobes sueltos de la pared. Algunos pedazos del poncho del correo yacían desparramados y también varios sobres de cartas que los asesinos habían abierto. En el centro del rancho se veían cenizas blancas del fogón que habían encendido; en un ángulo un duraznero solitario en

(1) Habían sido extraídos del pozo por unos gauchos.

flor; su contraste con la escena que teníamos por delante era muy marcado. El anciano correo dijo algo al maestro de posta, que inmediatamente trepó la pared derruída y echó abajo algunos adobes sueltos; se cayó; estalló en risa; todos dosmontamos y cubrimos los cadáveres con adobes. "Con que, señores — dijo el viejo, — haremos una oración para el difunto", nos descubrimos y nos paramos rodeando el túmulo; enfrente los caballos nos miraban; el viejo se llevó el pañuelo a los ojos, y su barba, larga de cuatro días, era enteramente blanca; se paró junto al cadáver de su hijo único y recitó una plegaria que fué repetida por todos los gauchos. Me uní y santigüé con ellos, pues como el correo me miraba, yo ansiaba contribuir a aliviar el dolor del anciano, y correspondiendo a mis sentimientos que no es necesario describir.

Así que pasó la ceremonia (duró dos minutos), nos pusimos los sombreros. "Con que, señores — dijo el viejo; y después de una larga pausa,—vamos", con lo que todos se dividieron en grupos para encender cigarros. Apenas encendí el mío, cuando el viejo se me acercó para encender el suyo. El cuerpo de su hijo estaba a nuestros pies, pero puso la cara cerca de la mía y mientras él chupaba y humaba, con la seriedad de semblante solamente conocida por los que están acostumbrados a encender cigarros, no pude menos que pensar qué rara escena tenía por delante. Sin embargo, montamos a caballo; di un último adiós al duraznero y todos galopamos a través del seco pasto obscuro para reganar el camino y los pocos minutos que habíamos perdido en el rancho.

....

A distancia vi un muchacho galopando por un campo de cardo y trébol, y como revoleaba los libes, supuse que andaba voleando avestruces, y, por tanto, me le acerqué.

Era un negrito de catorce años, pequeño y bien formado, pero casi sin nada más que los restos de un poncho morado. Le hice varias preguntas; dónde esperaba encontrar avestruces, etc., etc., y no me contestó, pero continua-

ba revoleando las boleadoras y mirando en torno. Estaba formulándole algunas otras preguntas insignificantes, cuando me interrumpió secamente preguntándome si quería vender mis espuelas; y antes de tener tiempo de contestar, se vió un avestruz y se apartó de mí como una flecha. Precisamente en aquel momento yo estaba entre vizcacheras; cayó mi caballo, y antes que las hubiese pasado el muchacho estaba en el horizonte, y por el disgusto con que me había dejado, no me sentí inclinado a seguirle.

... ...

La vizcacha se encuentra en todas las Pampas. Como los conejos, vive en cuevas agrupadas, lo que hace muy peligroso galopar por estas llanuras. El modo en que los caballos se recobran cuando cede el suelo sobre estas galerías subterráneas, es extraordinario. Al galopar en seguimiento de avestruces, mi caballo constantemente ha entrado a veces con una pata, otras con una mano; también ha tocado con el hocico en el suelo y todavía se recobraba; sin embargo, los gauchos a veces encuentran accidentes muy serios. A menudo he considerado, cómo los caballos salvajes podían galopar como lo hacen en lo obscuro, pero realmente creo que evitan los pozos por el olfato, pues, cabalgando por el campo, cuando se ha hecho tan obscuro que positivamente no podía ver las orejas del caballo, lo he sentido siempre, a galope, apartarse uno o dos pies a derecha o izquierda, como si hubiese pisado una serpiente, lo que hacía, según creo, para salvar algunos de estos agujeros. No obstante, los caballos ruedan con mucha frecuencia y, en verdad, en los pocos meses que recorrí las Pampas, tuve más golpes que en el resto de mi vida anterior, aunque siempre tuve costumbre de andar a caballo. Los gauchos en ocasiones se matan en las vizcacheras y a menudo se quiebran algún miembro.

En medio de las Pampas, una vez, encontré un gaucho parado contra el rancho y agarrándose la mano izquierda con aspecto de soportar un gran dolor. Me dijo que el caballo acababa de rodar con él en una vizcachera, y me rogó le mirase la mano. El gran músculo del pulgar estaba muy hin-

chado y cada vez que lo tocaba con mi índice, el pobre abría la boca y alzaba una pierna. Completamente confundido con un lado de su mano, pensé darla vuelta y mirar del otro lado y, después de hacer esto, se aclaró que se había desconyuntado el pulgar. Le pregunté si había médico cerca; el gaucho díjome que creía había uno en Córdoba, pero, como distaba quinientas millas, lo mismo podía haber apuntado a la luna. "¿No hay ninguna persona — díjele —, más cerca que entienda algo de curar?" "No hay, señor." Preguntéle qué pensaba hacer con el pulgar, contestó que se lo había lavado con salmuera, y me preguntó si eso era bueno. "Sí, sí, sí,", le dije, separándome desesperado, porque pensé era inútil indicarle que "ni todas las aguas del ancho y violento océano" le pondrían el dedo en su lugar; y aunque yo sabía que se debía estirar, sin embargo, uno es tan ignorante de estas operaciones, que no conocía en qué dirección hacerlo, por tanto, dejé al pobre sujeto mirándose el dedo en la misma actitud en que lo encontré. Pero, volvamos a las vizcachas.

Estos animales nunca se ven de día, pero así que el borde inferior del sol toca el horizonte salen por todas las cuevas, que están diseminadas por grupos, como pequeñas aldeas, en todas las Pampas. Las vizcachas, completamente desarrolladas, son casi del tamaño del tejón; pero con la cabeza parecida a la del conejo, menos en los grandes bigotes tupidos.

Por la tarde se sientan afuera de las cuevas y todas parecen filosofar. Son los animales de aspecto más serio que haya visto, y aun las vizcachitas son de cabeza gris, tienen bigotes y parecen pensativas y graves.

De día las cuevas están siempre guardadas por dos lechuzas que jamás abandonan su puesto. Cuando se pasa cerca, siempre miran al extraño y luego una a otra, moviendo sus cabezas anticuadas de manera ridícula, hasta que uno las atropella, y el miedo toma la mejor parte de sus dignas miradas, y se meten en la vizcachera.

... ...

LAS PAMPAS — PROVINCIA DE SANTA FE

Viajando de Buenos Aires a Mendoza, con un birloche de dos ruedas; entrada por atrás; dos asientos laterales; dos peones; Pizarro, que había ya recorrido mil doscientas millas, y Cruz, su amigo, que había andado tres días haciendo ciento veinte millas diarias. Fidelidad y atención de Pizarro; de noche, cuando entraba, su rostro negro, cansado; su lengua al parecer seca y todo su aspecto fatigado; sin embargo, el cuerpo era duro como hierro. Su primer cuidado por la noche, conseguirme algo de comer; mandar traer un carnero vivo. Hacía fuego y preparaba mi cena; tan pronto como yo había cenado me traía una vela a la portezuela del carruaje y me miraba como yo me desvestía para dormir; luego me daba las buenas noches; cenaba, y dormía en el recado junto a una rueda de carruaje. Así que me despertaba y antes de venir el día, ansioso de seguir, yo solía llamarlo "Pizarro". "Aquí está el agua, señor", decía en tono paciente y bajo; él sabía que me gustaba tener agua para lavarme por la mañana y solía conseguírmela a veces en una salsera, y otras literalmente en un mate del tamaño de una cáscara de huevo y, a despecho de su fatiga, siempre se levantaba antes que yo me despertase, y esperaba en la portezuela hasta que yo llamara.

Para describir la provincia de Santa Fe, su aspecto salvaje, desolado; ha sido tan constantemente saqueada por los indios, que no hay ganado en toda su extensión, y la gente tiene miedo de vivir allí. A derecha e izquierda del camino, y en distancia de treinta y cuarenta millas, en ocasiones se ven los restos de un ranchito quemado por los indios, y al pasar galopando el gaucho relata cuánta gente fué asesinada en cada uno; cuántas criaturas matadas; y si las mujeres fueron muertas o cautivas. Las antiguas postas están también

quemadas; se han levantado nuevas al lado de las taperas, pero lo tosco de su construcción indica lo inseguro de la posesión. Estos ranchos, solamente ocupados por hombres que, generalmente, son también ladrones; pero, en pocos casos, viven con sus familias. Cuando se piensa el horrible destino que ha tocado a tantas pobres familias de esta provincia, y que en cualquier momento pueden volver los indios, es realmente espantoso ver mujeres viviendo en tan horrible situación; imaginar que estén ciegas y desprovistas de experiencia; y apena ver numerosas e inocentes criaturas jugando en la puerta del rancho, donde pueden ser todas masacradas, inconscientes del destino que les toque, o de las pasiones humanas, sedientas de sangre y vengadoras.

Estábamos en el centro de este país horrible; siempre cabalgaba unas cuantas postas por la mañana, e iba con un gauchito de quince años, santafesino; su padre y madre habían sido asesinados por los indios; lo salvó un hombre que había huído a caballo llevándolo, pero entonces era criatura y nada recordaba. Pasamos por una tapera que decía haber pertenecido a su tía; dijo que hacía dos años estaba en esa choza con su tía y tres primos mocetones; que mientras todos conversaban, un muchacho venía al galope desde la otra posta y al pasar por la puerta gritó: "¡los indios! ¡los indios!"; que él corrió a la puerta y los vió venir en dirección al rancho, sin sombreros, desnudos, con largas lanzas, golpeándose la boca con las manos de la rienda, y dando alaridos que, según él, hacían temblar la tierra; decía que estaban dos caballos afuera de la puerta, enfrenados pero desensillados; que saltó sobre uno y se alejó al galope; que uno de los jóvenes saltó sobre el otro y le siguió como veinte yardas, pero que luego dijo algo acerca de la madre y regresó al rancho; que, junto con llegar allí, los indios rodearon el rancho, y que la última vez que vió a sus primos estaban en la puerta cuchillo en mano; que varios indios le siguieron más de una milla, pero que montaba un caballo "muy ligero, muy ligero", decía el muchacho; y mientras galopábamos, aflojaba las riendas y lanzándose adelante, sonreía, mostrándome la manera

cómo escapó, y luego poniendo su caballo al galope corto, continuó su historia.

Decía que, cuando los indios vieron que se les alejaba, se volvieron; que él se escapó, y cuando los indios dejaron la provincia, lo que sucedió dos días después, regresó al rancho. Lo encontró quemado y vió la lengua de su tía pegada en un poste del corral; el cadáver estaba dentro del rancho; un pie separado del tobillo y, al parecer, se había desangrado hasta morir. Los tres hijos estaban afuera de la puerta, desnudos, los cuerpos cubiertos de heridas y los brazos acuchillados hasta el hueso, con una serie de tajos distantes entre sí una pulgada, desde los hombros hasta la muñeca.

Luego el muchacho me dejó en la posta siguiente y subí al carruaje; el día se puso caluroso y la etapa era de veinticuatro millas. Después de galopar una hora, vi una gran humareda delante en el horizonte; y como los indios con frecuencia queman el campo cuando invaden, pregunté a Pizarro lo que era. Contestó: "¿Quién sabe, señor?"; sin embargo, seguimos galopando.

Hice poco caso del incidente y empecé a pensar en la horrible historia que me había referido el muchacho y en muchas semejantes que había oído; porque siempre trataba de conocer la historia de los ranchos incendiados, aunque siempre hallaba que los gauchos no le atribuían mayor importancia; y que a veces se olvidaba el suceso antes que el tiempo hubiese reducido a polvo las bamboleantes paredes de barro, monumentos de crueldades tan atroces.

Parece que los indios que, a despecho de su ferocidad, son hombres de raza muy valiente y hermosa, a veces invaden a los "cristianos", como los gauchos se llaman a sí mismos, con dos fines: robar ganado y por el placer de matar gente; y que también no harán caso del ganado por masacrar a sus enemigos.

Cuando invaden, generalmente marchan de noche y se ocultan en los baos durante el día; o, si lo hacen, se agachan escondiéndose casi en la barriga del caballo, que así parece sin jinete y suelto. Generalmente se aproximan a los ranchos por

la noche a todo galope, con su alarido habitual, golpeándose la boca con la mano; y este grito para intimidar al enemigo, continúa durante toda la horrible operación.

Lo primero que hacen es incendiar el techo del rancho, y casi demasiado horroroso es imaginar lo que deben ser las sensaciones de una familia cuando producida la alarma por los ladridos de los perros, que los gauchos tienen siempre en gran número, oyen primero el alarido salvaje que anuncia su destino, y un instante después encuentran que el techo arde sobre sus cabezas.

Así que la familia se precipita afuera, como naturalmente tiene que suceder, los hombres son lanceados por los indios con lanzas de diez y ocho pies de largo, y luego que caen los desnudan; pues los indios, que son muy aficionados a incautarse de la ropa de los cristianos, cuidan de no deteriorarla con sangre. Mientras unos atacan a los hombres, otros la emprenden con los niños y literalmente los ensartan en la lanza y los levantan para que mueran en el aire. Atacan también a las mujeres, y sería cuadro verdadero pero horroroso, describir su destino cuando se decide al brillo momentáneo que las llamas del techo proyectan sobre sus rostros.

Las feas y las viejas son inmediatamente sacrificadas; pero las jóvenes y bellas son ídolos que detienen aún la mano implacable del salvaje. Sepan o no andar las muchachas son subidas inmediatamente a caballo, y cuando concluye el saqueo apurado del rancho, se alejan de las ruinas humeantes y del hórrido espectáculo que las rodea.

A paso desconocido en Europa, galopan por los campos sin senda que tienen por delante, se alimentan con carne de yegua, durmiendo en el suelo, hasta llegar al territorio indio, donde tienen que adaptarse inmediatamente a la vida salvaje de sus captores.

Me informó un oficial francés muy inteligente, que ocupó un alto grado en el ejército peruano que, en son de paz,

había cruzado parte del territorio de estos indios pamperos, para atacar una tribu que se hallaba en guerra con ellos, y que había encontrado varias jóvenes cautivas.

Me decía que les había ofrecido conseguirles permiso de regresar a su pago y, además, ofrecídoles crecidas sumas de dinero si, entretanto, querían servir de lenguaraz; pero todas contestaban que ningún aliciente del mundo les haría abandonar jamás a sus maridos e hijos, y que estaban muy contentas con la vida que hacían.

Mientras me sentaba en el asiento lateral del carruaje, reflexionando sobre las crueldades cometidas en un país que, a pesar de su historia, era realmente salvaje y hermoso, y que poseía un aire de libertad sin restricciones que siempre infunde alegría, noté que el carruaje iba al paso, cosa que nunca me había sucedido en Sud América, y, un momento después, paró. "Vea, señor — dijo Pizarro, con semblante duro, cuando se dió vuelta para hablarme —, ¡qué tanta gente!", y apuntaba adelante con su mano derecha, y vi lo que antes me pareció humo, era polvareda, y vi confusamente multitud de jinetes en una especie de arreo militar salvaje; y en ambos flancos, a gran distancia, hombres aislados que, evidentemente, vigilaban para evitar sorpresas. Nuestros caballos estaban aplastados; toda la masa venía hacia nosotros, y, para empeorar el asunto, Pizarro me dijo que creía eran indios. "Señor — dijo con gran serenidad, y sin embargo, con mirada de desesperación —, ¿tiene armas de fuego?" Díjele que ni una sola sobrante, pues solamente tenía una escopeta de dos tiros y un par de pistolas. "Aquí un sable, Pizarro", dije sacando la empuñadura de un sable por la ventanilla. "¡Qué sable! — replicó con ira; y levantando el brazo derecho arriba de la cabeza perpendicularemnte, en una especie de desesperación, agregó —: "contra tanta gente", pero mientras su brazo se mantenía en la posición descripta, dijo: "¡Vamos!" con tono de valiente resolución, y dando media vuelta a la mano, espoleó su caballo cansado, que inmediatamente avanzó al paso. El pobre Cruz, el otro peón, parecía ver todo el asun-

to bajo una luz diferente; no decía palabra, pero cuando le eché una mirada, me percaté que su caballo, lejos de tirar el carruaje, de cuando en cuando, se hacía un poco atrás; pintura exacta de los sentimientos del jinete. No podía menos de admirar un momento la figura de Pizarro, cuando le veía a veces clavar las espuelas en el costado del caballo que nos arrastraba a mí, el carruaje y Cruz y su caballo; sin embargo, ahora empecé a pensar en mi situación.

Deseaba seriamente no haber venido nunca al país y pensaba cuán poco satisfactorio era ser torturado y matado por equivocación en querellas de otra gente; sin embargo, esto no sucedería. Miré la polvareda y, evidentemente, estaba mucho más cerca. En la desesperación saqué mi escopeta y pistolas cargadas, y, cuando las hube dispuesto, abrí una bolsita de lona que contenía todos los chismes de munición, pues escopeta y pistolas eran de pistón. Arreglé todo sobre el asiento que tenía por delante; polvorín, recortados, balas, cebas de cobre y tacos de estopa; pero el movimiento del carruaje los hacía bailar a todos juntos, y una o dos veces estuve a punto de echarlos bajo el asiento, pues era inútil resistir contra tanta gente; sin embargo, por otra parte, no había esperanzas de perdón, así, fuí llevado finalmente a hacer lo mejor de un malísimo negocio.

El carruaje con cuatro ventanillas, una por costado, tenía persianas corredizas que se movían lateralmente. Por consiguiente, las cerré, dejando una rendija de dos pulgadas y luego me senté algunos segundos mirando la multitud que se venía encima.

Cuando estuvieron muy cerca, pues hasta entonces apenas podía distinguirlos por el polvo, vi que no tenían lanzas, y, además, iban vestidos; pero, como no tenían uniforme, supuse que fueran montoneros, tan crueles como los indios; sin embargo, así que llegaron y algunos nos habían pasado, Pizarro se levantó y les habló. Era un cuerpo de setecientos gauchos, reclutados y enviados por los gobernadores de Córdoba y otras provincias a Buenos Aires para incorporarse al ejército contra los brasileros; y tenían escuchas a los flancos pa-

ra evitar sorpresas de los indios que habían invadido el país pocas semanas antes.

Realmente fué un alivio; me agradó todo lo que vi, el resto del día y muchos días después sentía disfrutar un arriendo nuevo de mi vida.

... ...

LAS PAMPAS

Dos días después, cabalgaba creca del carruaje que iba a galope; Pizarro y Cruz, con aspecto fatigado, y sucios, mientras el postillón de adelante, fresco y despreocupado, cantaba una canción española, cuando el caballo de Pizarro rodó y, aunque Cruz trató de levantarlo, el del postillón arrastró a Pizarro por el suelo lo menos veinte yardas.

Realmente pensé que había muerto; no obstante, declaró tranquilamente no estar herido y, sin decir palabra, cinchó el recado y galopó hasta la posta siguiente. Como allí montase un redomón que visiblemente casi no había sido ensillado antes, el animal corcoveó muy violentamente. Pizarro estaba evidentemente débil por el accidente, y cuando cayó, el caballo le dió con las dos patas en las espaldas.

Todavía declaró no tener nada, aunque parecía muy extenuado y casi no podía tenerse a caballo. Galopé hasta la otra posta y esperé allí el carruaje más de una hora. Al fin lo vi venir al paso, y cuando llegó Pizarro, dijo que no podía seguir. Por tanto, me vi obligado a tomar otro muchacho postillón, y mientras enlazaban los caballos, estuve asistiendo al pobre Pizarro. Sentí muchísimo verme obligado a alejarme, particularmente por demostrar él tan poca voluntad de dejarme. Dile algún dinero, media botella de aguardiente, que era todo lo que tenía; y a una mujer, pocos años menos que Pizarro y mestiza como él, le di dos duros para que le frotase las espaldas tres veces al día con aguardiente; púsele un poco de sal para que la mujer no lo bebiese en vez de frotar la espalda de Pizarro. Siendo esto lo único que podía hacer en su obsequio, monté a caballo y deseándole mejoría, a lo que contestó: "Señor, vaya con Dios", lo dejé.

Dispuse que el carruaje me siguiese y yo galopaba de pos-

ta en posta, ordenando tuviesen listos caballos para el coche, y llegué a San Luis a la una de la mañana. Iba completamente solo; sin ningún postillón; pero con una linda noche de luna y haber viajado ya dos veces por el país, me manejé para tomar el buen camino, y a las cinco volví a partir para Mendoza.

*

* *

En la provincia de Santa Fe, pocas postas son fortificadas para proteger los habitantes contra los indios.

El fortín es muy sencillo. Los ranchos están rodeados con zanja, a veces cercada del lado de adentro con un fila de tunas.

Generalmente he podido saltar la zanja a pie, pero ningún caballo del país intentará saltarla.

La mayor parte de estos fortines han sido frecuentemente asaltados por los indios; y miré con mucho interés uno que había sido defendido casi una hora por ocho gauchos contra trescientos indios. El ganado, las mujeres y familias con chicos estaban adentro como espectadores de la lucha que tanto les importaba, y me describían sus sensaciones con gran naturalidad y expresión.

Decían que los indios se acercaron a caballo hasta la zanja con alaridos terroríficos y que, no pudiéndola pasar, el cacique finalmente ordenó echar pie a tierra y bajar la tranquera. Dos habían desmontado, cuando el mosquete que tenían los gauchos, y que antes siempre había errado fuego, disparó y mató a uno de los indios. Entonces, todos se retiraron al galope; pero en pocos segundos el cacique los volvió a conducir con gritos terribles y carrera indescriptible. Se apoderaron de su camarada muerto y luego huyeron dejando dos o tres lanzas en el suelo.

Una de las largas lanzas estaba apoyada contra el rancho, y como los gauchos que habían defendido el fortín estaban cerca de ella, arrebozados en sus ponchos, dos o tres mu-

jeres amamantaban sus hijos, varios chicos jugaban a su derredor, y tres o cuatro lindas muchachas mirábanlos, pensé que la lanza era uno de los trofeos militares más espléndidos que hubiese contemplado en mi vida.

Nunca pude saber si algunos de estos fortines habían sido tomados por los indios que a pie nada pueden hacer, y cuyos caballos no pueden saltar; pero las zanjas son tan planas y angostas, que, matando pocos caballos y echándolos adentro, se podría en dos minutos entrar a caballo por cualquier parte.

A menudo preguntaba a los gauchos por qué no se defendían dentro del corral que, al principio, me parecía posición más fuerte que los fortines; pero decían que los indios suelen traer lazos con que echan abajo los postes del corral; que a veces encienden fuego junto a ellos y, además, que siendo sus lanzas de diez y ocho pies de largo, podían matar todos los animales en el corral.

*
* *

El temor que tienen al hombre los animales silvestres de América se ve muy especialmente en las Pampas. Con frecuencia me dirigía hacia los avestruces y gamas, agachándome al lado opuesto del pescuezo de mi caballo; pero siempre sucedía que, aunque dejarían aproximárseles cualquier caballo suelto, me huían aunque fueran jóvenes, no obstante verse muy poco de mi cuerpo; y cuando se les veía a todos disfrutar libertad tan completa, al principio no era agradable observar que la aparición de uno, dondequiera, era para ellos señal de que debían huir del enemigo. Sin embargo, es mediante el temor que "el hombre tiene dominio sobre las bestias del campo", y no hay animal en Sud América que no conozca esa sensación instintiva.

Como prueba singular de lo dicho, y de la diferencia entre las bestias salvajes de América y del viejo mundo, me

atrevo a narrar un incidente que alguien me aseguró sinceramente haberle sucedido.

Intentaba cazar patos silvestres y, para aproximárseles sin ser visto, se puso una punta del poncho sobre la cabeza, y gateando con manos y rodillas, el poncho no solamente cubríale el cuerpo, sino que arrastraba en el suelo por detrás. Cuando así avanzaba por un gran juncal, oyó de repente un sonido estrepitoso, entre alarido y rugido: sintió algo pesado que le golpeaba los pies, y parándose inmediatamente de un salto, vió con gran asombro un león macho parado sobre el poncho, y quizás el animal se asombró igualmente de encontrarse en presencia de un hombre tan vigoroso.

Me decía el hombre que no quiso hacer fuego porque tenía el fusil cargado con munición muy fina, y le hizo frente en el terreno y estuvo el león sobre el poncho durante muchos segundos; finalmente volvió la cabeza y caminando muy lentamente diez yardas, se detuvo e hizo frente otra vez. El hombre volvió a desafiarlo, con lo que el león reconoció tácitamente su supremacia y se alejó.

*
* *

Después de estar pocos minutos en el rancho de la posta, oí un supiro y mirando a un rincón, vi una vieja enferma acostada en el suelo. Descansaba su cabeza en un cráneo de caballo, junto a un gran agujero de la pared, y cuando me preguntó encarecidamente si tenía algo "por remedio", al momento le aconsejé mudar la cabeza a un rincón más abrigado. Estaba con fiebre y dolorida y pareció desagradable mi consejo; no entendía que tuviese qué ver con su enfermedad el agujero de la pared, y volvió a preguntarme si tenía algún "remedio".

Tenía en el bolsillo del chaleco un paquetito de papel sucio, con calomel y jalapa, que, muy contra mi voluntad, había prometido llevar conmigo, y con el que ya había cruzado dos veces las Pampas. No sabía con exactitud cuánto con-

tenía, pero tuve gran deseo de sacudir un poco de la droga en la boca de la vieja, pues pensé (como ella nunca había probado calomel) que operaría un milagro; sin embargo, estaba tan enferma que, después de reflexionar, no me creí autorizado para dárselo y, además, pensé que si moría yo sería el responsable; cuando retornase; así, parte por conciencia y parte por prudencia, la dejé.

Haré notar que esta vieja fué la única persona enferma que ví en Sud América. La vida moderada que hace, al parecer, la gente, dale goce de salud continua y la lista de dolencias que afligen al viejo mundo es del todo desconocida. La carne que constituye el alimento casi exclusivo es tan flaca y dura, que pocos se sienten tentados de comer más de lo necesario, y si un gaucho hambriento ha tragado demasiado de una vaca salvaje, la cura que la Naturaleza prescribe es sencillísima. Tiene solamente que privarse uno o dos días del apetito, a causa de la fiebre y vuelve a restablecerse.

He observado con frecuencia que el gaucho no tiene remedio alguno para las heridas, y ni siquiera las preserva de suciedad, pues su constitución corpórea es tan sana que la cura efectivamente se va haciendo cuando galopa por la llanura.

*
* *

Llegué a una posta y encontré caballos en el corral, pero los hombres habían salido. Una mujer me dijo que pronto estarían de vuelta, si quería esperar. Vi un muchachito de siete años y dije que lo tomaría de postillón. "Bien", dijo la mujer; el chico iba a decir algo, pero lo tomé del brazo y sacándole para el corral, agarré caballos con un lazo que estaba en el suelo.

Después que partimos y habíamos andado una legua, "oiga, señor — dijo el bribonzuelo de cara rosada—, yo no soy baqueano". Levanté el rebenque y lo asusté para que siguiese adelante, pero pronto nos alcanzó un hombre que había ga-

lopado desde la posta en nuestro seguimiento, a todo lo que daba el caballo. Dijo ser padre del chico, que había muchos salteadores en el campo; que no era seguro para el muchacho, y que él había venido para guiarme. Yo había cabalgado más de cien millas, estaba muy cansado, sin ganas de hablar, y el hombre galopaba duro delante de mí. "Vea, señor", dijo el chico, cabriolando a mi lado y señalando unos patos silvestres en una lagunita, a los que quería tirase con la pistola.

Su padre en ese momento iba cantando una especie de himno salvaje en español, y junto con la última nota que debía prolongar algunos segundos, el alegre chico, encontrando que yo no estaba para bromas, se acercó al padre y dió al caballo un chicotazo tan fuerte como pudo, con el largo rebenque colgado de las riendas, y luego riendo, disparó como po trillo, mientras el padre con la mayor gravedad prolongaba la última nota de la canción.

... ...

Llegué a un rancho para pasar la noche, donde había gallinas, y supliqué a la mujer que me cocinase una inmediatamente.

Así que hirvió el agua en una olla grande, la mujer agarró la gallina y la mató, dándole con la mano tres vueltas del pescuezo, para mi horror y asombro, e inmediatamente la metió en la olla con plumas y todo: y aunque yo había resuelto pasar por todo en viaje, no obstante, no podía conformarme con beber este caldo o *potage au naturel,* como el que creía me preparaban. Corrí hacia ella y, en malísimo español, protesté en alta voz contra su cocina; sin embargo, me explicó tranquilamente que había puesto allí la gallina para escaldarla y tan pronto como le solté el brazo, la sacó. Todas las plumas salieron, pero se pegaron a sus dedos tan fuertemente como antes a la gallina. Después de lavarse las manos, tomó el cuchillo y muy diestramente cortó las alas, las dos piernas, la pechuga y el lomo, que uno después de otro iba echando a una ollita con alguna grasa y agua, y tiró lejos el resto de la gallina.

LOS INDIOS DE LAS PAMPAS

Cuando se compara el tamaño relativo de América con el resto del globo, es excelente reflexionar sobre la historia de aquellos prójimos aborígenes del suelo; y después de ver la riqueza y belleza de país tan interesante, es doloroso considerar cuáles han sido, y todavía pueden ser, los sufrimientos de los indios. Cualquiera que sea su carácter físico o moral, si son más o menos débiles de cuerpo o mente que los habitantes del viejo mundo, también son criaturas humanas puestas allí por el Omnipotente; el país les pertenecía y, por tanto, tienen derecho a la consideración de todo hombre, con bastante religión para creer que Dios no ha hecho nada en vano, o cuya inteligencia sea bastante justa para respetar las personas y los derechos de sus semejantes.

Creo que no existe una buena descripción de los indios. Los españoles, cuando el descubrimiento del país, exterminaron gran proporción de esta raza desgraciada; los restantes se consideraron bestias de carga, y durante sus breves intervalos de descanso se dispuso que los sacerdotes les explicasen que el país de ellos pertenecía al Papa de Roma. Los indios, incapaces de comprender este derecho, y cayendo bajo el peso de las cargas que estaban destinados a soportar, morían en grandes cantidades. Por tanto fué conveniente declarar que eran imbéciles de cuerpo y mente; la declaración fué apoyada por la voz insaciable de la avaricia y sancionada por las artimañas de la intención y descuidada indolencia de quienes ningún interés tenían en el asunto: se dió por cosa averiguada que actualmente los historiadores han recogido.

Pero aun cuando la investigación había sido así arrullada para dormir, y sea hoy excusa plausible de nuestra ignorancia completa del asunto, no es menester que el estado del hom-

bre en América sea más interesante que las descripciones de sus minas, montañas, etc., etc.

Durante mis galopes por América, tuve poco tiempo u oportunidad de ver muchos indios; sin embargo, por lo que vi y oí acerca de ellos creo sinceramente que son los más lindos hombres que han existido en el ambiente que los rodea. En las minas los he visto usar herramientas que nuestros mineros se declaran impotentes para manejar, y llevar cargas que ningún hombre de Inglaterra soportaría; y apelo a los viajeros que han sido conducidos en la nieve a babuchas, si serían capaces de devolverles el cumplimiento y, si no, ¿qué hay más grotesco que la figura del hombre civilizado sobre las espaldas de un prójimo cuya fuerza física ha osado despreciar?

Los indios de que más oí fueron los que habitan las vastas y desconocidas llanuras Pampas, todos jinetes o, más bien, que pasan la vida a caballo. La vida que hacen es singularmente interesante. A despecho del clima ardiente en verano y helado en invierno, estos hombres valerosos que aun no han sido subyugados, andan completamente desnudos y ni siquiera tienen un abrigo en la cabeza.

Viven en tribus gobernadas por un cacique, pero no tienen residencia fija. Donde el pasto esté bueno se les encontrará, hasta que sea consumido por sus caballos, y luego se trasladan inmediatamente a sitio con mayor verdor. Carecen de pan, fruta y legumbres, y se alimentan enteramente con carne de yeguas que nunca montan; y el único lujo que se permiten, es lavarse el cabello con sangre de yegua.

La guerra es ocupación de su vida, que consideran como el empleo más noble y natural; y declaran que la actitud más soberbia de la figura humana es cuando, agachado en el caballo, el hombre atropella al enemigo. El arma principal es una lanza de diez y ocho pies de largo; la manejan con gran destreza y pueden imprimirle un movimiento vibratorio que a menudo ha hecho saltar la espada de la mano de sus adversarios europeos.

A causa de andar constantemente a caballo los indios

pueden apenas caminar. Esto quizá parezca raro, pero desde la infancia no tienen costumbre de hacerlo. Viviendo en llanuras ilimitadas, se concibe fácilmente que todas sus ocupaciones y diversiones necesariamente sean a caballo, y con cabalgar tantas horas las piernas se ponen débiles, lo que, naturalmente, produce desapego por un esfuerzo que cada día se hace más fatigoso; además, el paso con que se deslizan a caballo por la llanura es tan veloz, comparado con la lentitud de andar a pie, que el último parecería un esfuerzo melancólico.

Son de admirar mucho como nación militar y su sistema de pelear es más noble y perfecto en su índole que el de cualquier nación del mundo. Cuando se congregan, sea para atacar a sus enemigos o invadir tierra de cristianos con quienes están en guerra, recogen grandes manadas de caballos y yeguas, y luego con alarido salvaje de guerra salen a galope. Luego que se cansan los caballos montados, saltan en pelo a los de refresco, manteniéndose así hasta ver al enemigo. El país entero provee pasto para sus caballos, y donde se les antoje parar, no tienen más que carnear algunas yeguas. El suelo es la cama donde han dormido siempre desde la niñez y, por tanto, encuentran al enemigo con corazón contento y estómago repleto, únicas ventajas que, según ellos, el hombre debe desear.

Vida guerrera es ésta muy diferente de la marcha de un ejército de nuestros hombres bravos, pero cojeando, con los pies lastimados, arrastrándose bajo la lluvia por callejuelas barrosas, encorvándose con el peso de sus líos, mientras a retaguardia, mulas, y forraje, y albardas, y bagaje, y carros, y mujeres; novillos echados en el suelo que no pueden más, etc., etcétera, forman un cuadro de desesperación y confusión que debe acompañar siempre al ejército que marcha en vez de cabalgar, y come vacas (1) en vez de caballos. Cuán imposible sería para un ejército europeo competir con una fuerza tan

(1) En una larga marcha rara vez sucede que los novillos puedan ir con los hombres.

aérea. Lo mismo se intentaría manejar las golondrinas del campo, que hacer mal á estos guerreros desnudos.

Un gran cuerpo de indios cruzó dos veces mi camino, cuando iba a Mendoza y volví. Acababan de tener un encuentro con las tropas del Río de la Plata, que mataron a varios de ellos, y éstos estaban desnudos y muertos en la llanura no lejos del camino. Varios gauchos que habían combatido, me dijeron que los indios habían peleado muy valientemente, pero que todos los caballos estaban muy cansados, y que, de otro modo, nunca habrían podido darles alcance: los gauchos, que también cabalgan tan lindamente, todos declaran ser imposible seguir al indio, pues sus caballos son superiores a los de los cristianos, y también tienen tal modo de apurarlos con alaridos y un movimiento especial del cuerpo, que aun si cambiaran caballos los indios los batirían. Todos los gauchos parecían temer muchísimo las lanzas indias. Decían que algunos cargan sin freno y en pelo, y en algunos casos se cuelgan casi bajo la barriga del caballo, y dan alaridos para que los caballos tengan miedo de hacerles frente. Cuando los caballos de los indios se cansaron, fueron atacados por tropas frescas, y matados en gran número.

Para gente habituada a las pasiones frías de Inglaterra, sería imposible describir el odio salvaje, inveterado, furioso, que existe entre gauchos e indios. Los últimos invaden por el extático placer de asesinar cristianos, y en las luchas que tienen lugar entre ellos es desconocida la misericordia. Antes de darme exacta cuenta de estos sentimientos, iba galopando con un gaucho de lindísima apostura, que había peleado con los indios, se me ocurrió, muy sencillamente, preguntarle cuántos prisioneros habían tomado. El hombre contestó con un aspecto que nunca olvidaré; apretó los dientes, abrió los labios, y luego, haciendo un movimiento de serrucho con los dedos sobre la garganta desnuda, que duró medio minuto, inclinándose hacia mí, con sus espuelas que golpeaban el costado del caballo, me dijo con voz profunda y ahogada: "se matan todos". Pero no es otro destino que el indio firmemente espera, y desde la tierna juventud se prepara a soportar no

solamente la muerte, sino las torturas, si el azar de la guerra lo arroja vivo en manos de sus enemigos; y, sin embargo, cuántos hay que acusan al indio de aquella debilidad de ánimo que, en la guerra, se denomina cobardía. La causa principal de esta acusación es que los indios casi siempre huyen de las armas de fuego.

Cuando se descubrió América, los españoles fueron considerados divinidades por los indios y quizá nada hubo que contribuyese a darles este atributo, como las armas que poseían que, semejando al rayo y trueno del cielo, impartían la muerte entre ellos de modo que no podían evitar o comprender; y aunque los cristianos ya no sean considerados divinidades, sin embargo los indios están tan poco acostumbrados, o entendían tan poco las armas de fuego, que es natural suponer que el peligro de estas armas sea mayor en sus mentes que en la realidad.

Acostumbrados a la guerra entre ellos con lanza, es peligro también que no han aprendido a combatir; y es bien sabido que cuando quienes pueden aprender a afrontar el peligro y familiarizarse con su cara, si la máscara se cambia y aparece con facciones desusadas, lo vuelven a ver con terror. Pero aun suponiendo que los indios no tengan temor supersticioso a las armas de fuego, sino que consideran sencillamente sus efectos positivos, ¿no es natural que las teman? En Europa o en Inglaterra, ¿qué haría la gente con bastones contra quienes tengan armas de fuego? Exactamente, pues, lo que se les ha imputado a los indios desnudos: huir. ¿Y quién no huiría?

Pero la vida del indio debe satisfacer a toda persona sin preocupaciones, en que necesariamente está dotado de gran coraje. Su profesión es la guerra, su alimento sencillo, y su cuerpo en aquel estado de salud y vigor que le permite levantarse de la llanura en que ha dormido, y mirar orgullosamente sobre el pasto, los contornos de su figura trazados en la blanca helada, sin impedimento. ¿Qué podemos decir de esto nosotros, "hombres metidos en bocací"?

La vida de tal gente debe, ciertamente, ser muy intere-

sante, y siempre lamenté muchísimo no haber tenido tiempo para tirar la ropa y visitar alguna tribu, lo que, de tenerlo, habría hecho ciertamente, porque, con las debidas precauciones, había poco que temer; pues sería curioso ver a los jóvenes divirtiéndose en las llanuras en tal estado de naturaleza salvaje y oir los sentimientos y opiniones de los ancianos; y de buena gana habría tiritado en las noches frías y comido carne de yegua de día, si los hubiese visitado.

Por individuos que vivieron muchos años entre ellos he sabido que la religión de los indios pampas es muy complicada. Creen en buenos y malos espíritus, y les rezan a todos. Si algún amigo muere antes de alcanzar el término natural de la vida (lo que es muy raro), consideran que algún enemigo ha influído con el espíritu del mal para matarlo, y se congregan para determinar quién sea este enemigo. Luego proclaman venganza contra él. Estas disputas tienen consecuencias muy fatales y producen el efecto de indisponer a las tribus entre sí, e impedir la unión que los haría mucho más temidos por los cristianos.

Creen en un estado futuro, al que conciben serán llevados después de la muerte. Esperan que entonces estarán constantemente borrachos y andarán siempre cazando; y cuando los indios galopan de noche por la llanura apuntarán sus lanzas a las constelaciones celestes que, dicen, son las figuras de sus antepasados, que en el firmamento montan caballos más veloces que el viento y andan voleando avestruces.

Entierran los muertos, pero en la tumba matan varios de sus caballos mejores, pues creen que su amigo de otra manera no tendrá en qué montar. Sus matrimonios son muy sencillos. Para casarse la pareja, así que el sol se pone, se la hace acostar en el suelo con las cabezas al oeste. Luego se les tapa con un cuero de caballo y tan pronto como el sol sale a sus pies, se declaran casados (1).

No quieren vender cueros por dinero, declarándolo inser-

---

(1) Creo que esto sería matrimonio legal también en Escocia.

vible, pero lo truecan por cuchillos, espuelas, yerba mate, azúcar, etc. Rehusan comprar al peso, que no entienden; así señalan sobre un cuero la extensión que se ha de cubrir con azúcar o cualquiera otra cosa por el estilo que desean permutar por sus bienes. Después de ajustar trato, generalmente dedican otro día a Baco, y cuando están casi frescos, montan a caballo, y con riendas sueltas y espuelas nuevas, se bambolean y arrancan al galope hacia sus salvajes llanuras.

Sin describir nada más de sus costumbres, que solamente repito por referencias, he de lamentar sólo que la historia de esa gente no sea mejor conocida; pues, de muchos hechos que oí concernientes a ella, creo realmente que los indios pamperos como los araucanos tienen muchas cualidades valerosas y estimables. Es singular, sin embargo, pensar cuánto se desconocen con los habitantes del viejo mundo.

Estos soldados indomables nada saben de gobiernos, costumbres, hábitos, necesidades, lujos, virtudes, o locuras de nuestro mundo civilizado, y, ¿qué sabe el mundo civilizado acerca de ellos? Los declara salvajes *et voilá tout;* pero tan pronto lleguen armas de fuego a manos de estos bravos hombres desnudos, entrarán en la escala política, tan de repente como si hubiesen caído de la luna; y mientras el mundo civilizado esté contemplando las mezquinas luchas de los españoles nacidos en el viejo mundo contra sus hijos nacidos en el nuevo, y se alegue la causa de la dependencia *versus* la independencia, que, en realidad, no es más que un juego de palabras, los hombres dueños del suelo aparecerán y entonces nos admiraremos de cómo nunca sentimos por ellos, o les hicimos caso, o apenas supimos que existieran.

A muchos acaso parece improbable que sean capaces de derrocar ninguno de los gobiernos débiles que existen en el presente; no obstante, estos hombres sin armas de fuego y con nada más que una lanza, que literalmente es de junco, estuvieron dos veces a cinco leguas de Buenos Aires cuando me encontraba en el país, y los montoneros se fueron a los indios cuando se hallaban en San Luis, para ofrecerles armas. Además de esto, la experiencia e historia del viejo mundo

nos enseñan que el resurgimiento y caída de las naciones es tema que sobrepasa al examen del hombre, y que, por razones que no podemos comprender, los salvajes y despreciadas tribus de nuestro propio mundo, a menudo se ha precipitado de las regiones polares a las ecuatoriales, y, como la atmósfera boreal, han enfriado y moderado el lujo del Sur; y, por consiguiente, por mal que siente a nuestra política calcular sobre un acontecimiento como la unión de los indios pampas y araucanos, ¿quién puede atreverse a decir que no suene la hora en que estos hombres, montados en los descendientes de los mismos caballos traídos a través del Atlántico para oprimir a sus antepasados, se precipiten desde la región fría adonde han sido arrojados, y con furia irresistible proclamen, ante la conciencia culpable de nuestro mundo civilizado, que la hora del desquite ha llegado; que los pecados de los padres han caído sobre los hijos, que los descendientes de europeos sean, a su turno, pisoteados, y, en agonía y tortura, en vano pidan misericordia a los *desnudos indios?*

¡Qué lección ofrecería este cuadro horrible! No es mi profesión ni mi deseo filosofar; pero es imposible al individuo solitario pasar por las magníficas regiones de América sin respetar a los prójimos que allí fueron colocados por el Omnipotente.

AL TRAVES DE LA CORDILLERA

Se ordenó que trajeran las mulas a las doce, pero no llegaron hasta las cuatro: las estuvimos esperando con mucha impaciencia; al fin, oímos el tañido del cencerro aproximándose, y luego entraron en el patio de la fonda arreadas por el capataz y un peón. El capataz era alto y fuerte con mala facha: nos pareció cruel, haragán, insolente, pusilánime y descuidado de todo lo que no fuese comer, y todo esto se le leía fácilmente en la cara. El peón era joven, delgado, hermoso, activo.

Eran diez y seis mulas de tamaños y colores diferentes: todas flacas, pero parecían muy sanas y resistentes. Una o dos tenían el lomo horriblemente lastimado, lo que observé al capataz que, prometióme cambiarlas luego que saliéramos de Mendoza. Mi grupo se componía de ocho personas, y como había bastante equipaje para seis mulas, teníamos solamente dos de refresco y éstas inútiles para el trabajo; siendo así, como después supe, que el capataz estaba obligado a proveer mucho mayor número de mulas extra, pero era tan ávido de lucro como de comida, y por ahorrar unos pocos duros hizo trabajar hasta matarlas a sus pobres mulas. Sin embargo, entonces ignoraba las costumbres del país y en realidad no sabía lo que se requería para el viaje que estaba a punto de emprender; y deseando partir dispuse que se ensillasen las mulas.

Así que lo fueron, se procedió a alistar las mulas cargueras. El capataz me dijo que no podía cargarlas hasta que se trajese todo el equipaje al patio, y, en consecuencia, hizo un gran montón con todos los bultos. Luego con el peón los dividieron en seis porciones, completamente desiguales en peso y volumen, pero adaptadas a la fuerza de las distintas mulas.

Empezó la operación de cargarlas. El peón primero enlazó una mula grande, obscura, y le puso un poncho sobre los ojos atándolo en la garganta, dejando libre boca y narices del animal. La mula inmediatamente se estuvo quieta, mientras el capataz y peón primero le pusieron encima un grande aparejo de mimbre que cincharon de tal modo que nada podía moverlo. Luego colocaron los bultos uno por uno en ambos lados y los ataron con una fuerza e ingeniosidad con que no podía la mula competir.

No se puede menos de compadecer al pobre animal viéndolo preparado para conducir una pesada carga en tan cansadora distancia y tan altas montañas como los Andes; sin embargo, es realmente divertido ver la nariz y la boca de la mula cuando los ojos están vendados y las orejas apretadas sobre el pescuezo por el poncho. Todo movimiento hecho en derredor para disponer el aparejo o carga, se refleja en un fruncimiento de nariz y labio superior que, en diez mil arrugas, expresa, más allá de toda descripción, todo lo pérfido y vengativo; parece estar proyectando toda suerte de pequeñas tretas de venganza y, así que se le saca el poncho, generalmente empieza a poner alguna en práctica, atropellando con su carga a una compañera o coceándola; sin embargo, así que halla no poder librarse de la carga, abandona, o acaso oculta, su resentimiento, y asume al momento un aspecto de paciencia y resignación que son en efecto características de su raza y la sostienen en todos sus sufrimientos y privaciones.

Así que estuvieron listos los cargueros, tomamos nuestras pistolas y escopetas, y montando las mulas, y dando las manos a los muchos reunidos en el patio, nos despedimos de la fonda mendocina. La última persona a quien dije adios fué la vieja negra cocinera que realmente lloraba al vernos partir. Era una de las criaturas más afectivas y fieles que haya conocido. Se me acercó al momento de partir para pedirme que me cuidase, entre llorando y riendo. En aquel momento estaba por tirar unas antiparras verdes con bordes lucientes y barnizados, compradas para el viaje de la cordillera, pero que acababa de condenar por fastidiosas e inútiles; sin

embargo, viendo la pena de la vieja se las di y púselas en el caballete de su nariz ñata, fijando las patillas en sus motas. Lo consideró quizás como acto de bondad y comenzó a llorar; y aunque quienes nos rodeaban reventaban de risa, los anteojos estuvieron en la nariz todo el tiempo que conversé con ella. Luego se los sacó y, mirándolos con mucho orgullo y placer, los metió en el seno.

Se empleó tanto tiempo en ensillar las mulas que casi se había puesto el sol. Todavía había calor sofocante; sin embargo, la siesta que, con la comida, etc., es en Mendoza una operación de seis horas, había pasado, y las gentes estaban en las puertas para vernos pasar; pero, como tomamos el camino de la Alameda, pronto dejamos la ciudad. En la acequia que corre por la calle de álamos que sombrean la Alameda la gente se bañaba, como de costumbre, desnuda y al parecer sin preocuparse. Los jóvenes nos gritaban y se cambiaron muchas bromas.

Después de pasar la larga Alameda, el camino, por dos leguas, recorre un país regado artificialmente por el río Mendoza y su exuberancia y fertilidad son completamente extraordinarias. Las tapias que limitan el camino estaban cubiertas de uvas que colgaban en lindos racimos; y numerosos durazneros cargados de fruta, y desparramados entre ricos sembrados de cereales y otros productos agrícolas, daban a la escena aspecto de gran alegría y abundancia; mientras la cordillera formaba magnífico límite al cuadro que, para quien va a cruzar los Andes, es particularmente interesante. Así que se pasa la región regada, el país deja de ser productivo. El suelo liviano y arenoso no produce ninguna clase de herbaje y en más de treinta millas, el camino, a medida que se acerca a las montañas, recorre una llanura sin nada más que arbustos mutilados; y cuando se considera que ésta ha sido su producción probablemente desde la creación del mundo, es sorprendente ver que aquella vegetación, casí extinguida, haya tardado tan largo tiempo sin desaparecer. Sin embargo, su existencia en estas llanuras prueba que pueden producir mieses para el hombre siempre que su industria busque sus tesoros.

El camino por este país chato es siempre monótono, pues las montañas, dejando Mendoza, parecen a tres o cuatro millas de la ciudad, y la senda literalmente se alarga a medida que uno avanza. Encontramos esto así, especialmente por viajar en noche excepcionalmente obscura. No veíamos la llanura delante de nosotros, mientras el negro contorno de las montañas en el firmamento parecía cerca o más bien inmediatamente sobre nosotros. Sin embargo, por fin llegamos a la primera quebrada de la cordillera; y luego, con magníficas montañas elevándose sobre de nuestras cabezas, a veces perdidas en la obscuridad y otras señaladas por las pocas estrellas que se veían, seguíamos el sonido del agua hasta que la luz lejana de la posta y el ladrido de los perros, nos dijo que debíamos cruzar el arroyo, lo que hicimos, y nos dirigimos al rancho. Los perros continuaban ladrando, y a veces mordían la cola de nuestras mulas, hasta que el maestro de posta y otros hombres vinieron a nosotros. Dormían al rescoldo en la cocina o cobertizo que teníamos por delante. Un lado estaba completamente abierto, los otros tres eran de cañas, pero tan entreabiertas que fácilmente salía el humo.

La posta de Villavicencio, que parece tan respetable en todos los mapas de América, actualmente se compone de un rancho solitario sin ventana, con un cuero vacuno a guisa de puerta y escasísimo techo. Como la noche era fría, preferí dormir en la cocina junto al fogón, dejando que las mulas hicieran lo que quisieran y se fueran a donde su fantasía las llevase. Tomé por almohada un cráneo de caballo, de los que sirven para sentarse en Sud América, y envolviéndome en el poncho, me sumergí en el sueño. Cuando desperté, antes del alba, encontré dos peones y uno de mis compañeros dormidos junto al fogón y un gran perro roncando a mi espalda.

Grité al capataz, que vino restregándose los ojos, y díjele que fuese a buscar las mulas; pero uno de los hombres dijo que el peón había ido ya. Nuestros hombres también se levantaron, preparando un poco de sopa y como empezó a alborear y las mulas no aparecían, resolví encaminarme a los baños, distantes una milla. Seguí la senda hasta dar con un

sitio rodeado de cerros que parecían imposibles de trepar, aún gateando; no obstante, yendo adelante di con un pasaje cortado en la roca y trepando llegué de repente a un lugarcito en que estaban las ruinas de dos o tres ranchos y tres o cuatro carpas.

Ranchos y carpas estaban atestados de gente y fué completamente inesperado el descubrimiento de veinte o treinta prójimos en sitio tan apartado. Habían venido de largas distancias para bañarse, y muchos, según supe después, eran gentes muy respetables. Como no tenía tiempo que perder y quería bañarme, pregunté a un hombre que esperaba fuera de las carpas, dónde estaban los baños. Con la indiferencia e indolencias usuales en el país, no me contestó, limitándose a señalarme con el mentón algunas paredes pequeñas que se levantaban junto a él, de dos o tres pies de alto, construídas de piedras sueltas y en ruinas. También yo estaba cerca; así, me quité la chaqueta y el cinto de pistolas y me adelanté; pero no creyendo que fuesen los baños, miré al hombre y le pregunté si eran allí. Hizo con la cabeza el signo usual de "sí", y me encaminé a las paredes y con asombro encontré un agujero, poco mayor que un ataúd donde estaba acostada una mujer. Viendo que allí no había lugar para mí, inspeccioné el terreno, y encontré otro agujero a unas diez yardas arriba de la dama, y otro a igual distancia debajo de ella. Como el agua corría del uno al otro, pensé que bien podía representar la parte del lobo, siendo cordero, y en consecuencia, remonté la corriente y me metí en el baño superior; y encontré el agua muy caliente y agradable y sin preocuparme de su análisis bebí un poco en el manantial y sintiendo que había hecho un buen ensayo, salí para regresar. Al pasar los ranchos y carpas miré dentro; estaban llenos de hombres, mujeres y niños de toda edad y mezclados de modo inadmisible en nuestros balnearios ingleses; pero, en los Andes, las costumbres e ideas son diferentes y si una dama tiene reumatismo no ve nada malo en curárselo en las aguas de Villavicencio.

Así que regresé a la posta hallé todas las mulas ensilladas; después de tomar un poco de sopa y comer un pedazo de

cuadril de guanaco, salí para Uspallata, donde nos proponíamos pasar la noche.

El camino, dejando Villavicencio, inmediatamente toma una quebrada, que es uno de los pasos más lindos de la cordillera. Las montañas son sumamente escarpadas a ambos lados y, como la quebrada serpea en distintas direcciones, a menudo se llega a un sitio que parece *cul de sac,* donde no se ve salida alguna. En algunos lugares la roca cuelga perpendicularmente sobre la cabeza, y los enormes rodados que casi cierran el camino, comparados con los que parecen a punto de caer, aumentan el peligro y la grandiosidad del espectáculo. Al pasar vimos un guanaco en la misma cima de la montaña; estaba allí evidentemente por seguridad, y al proyectarse sobre el cielo azul, la actitud con que atentamente nos miraba, era muy expresiva de su salvaje vida libre; y su cabeza pequeña y largo pescuezo denotaban la velocidad con que iba a escapar.

Había andado sólo unas quince millas y llegado, subiendo siempre, a la cumbre de Paramillo, cadena de cerros que domina a Villavicencio. La vista desde este lugar es interesantísima. El terreno continúa a nivel corta distancia y luego desciende rápidamente hacia el valle de Uspallata, situado a treinta millas.

Este valle es la base superior de la gran cordillera; y al principio es sorprendente ver que los cerros del Paramillo, que parecían tan elevados, son humildísimos trozos comparados con la estupenda barrera que, a pesar de la distancia, parece obstruir el pasaje.

Esta enorme masa pétrea, pues parece perfectamente compacta, es tan salvaje y áspera en su rasgos y formación, que nadie juzgaría que ningún animal se abriese camino hasta la cumbre que, cubierta de nieve, en algunos sitios eterna, parece región entre los cielos y la morada practicable del hombre; y en efecto, intentar pasarla, a menos de seguir por la quebrada el curso del torrente, sería totalmente imposible.

Desde el Paramillo, la vista hacia el Este, o dirección contraria, es también muy interesante. Es agradable mirar aba-

jo las dificultades que se han vencido aun para llegar a este punto; y más allá se halla una vasta expansión de lo que primero se asemeja mucho al océano, pero que uno pronto reconoce ser las dilatadas llanuras de Mendoza y las Pampas.

El vapor natural de la tierra cúbrela con una nube vaga: lugares de que uno había oído hablar como puntos importantes, se pierden en el espacio, y las esperanzas, y pasiones, y existencia de la humanidad se sepultan en la atmósfera que los soporta. Pero no hay mucho tiempo para filosofar en la cumbre del Paramillo, pues es sitio tan ventoso que el esfuerzo más racional del hombre allí es apretarse el sombrero; y como el grande aludo que había comprado en Mendoza, hizo varias tentativas para volverse, yo y mi mula seguimos el valle de Uspallata. Después de una o dos leguas, noté a ambos lados grandes bultos morenos con apariencias de hongos, que, en tamaño, forma y color, parecían leones echados, que a veces no podía distinguir realmente si eran o no.

En las Pampas siempre había observado el modo singular en que todos los animales, especialmente los pájaros, están protegidos de sus enemigos por plantas o follaje con que se confunden; y como sabía haber numerosos leones en las inmediaciones de Villavicencio y podía ver los rastros de sus anchas garras en mi senda, empecé a creer que algunos estaban realmente echados ante mí. Sin embargo, parecía necio detenerse, y, por tanto, continué algún tiempo; por fin, viendo una vetita de cobre en la roca pensé que sería buena excusa inspeccionarla, así, permanecí allí desmenuzando piedras hasta que llegaron dos de mis compañeros y lo primero que me observaron fué la semejanza de los bultos que nos rodeaban con leones.

Uno de la partida empuñaba una pata de caballo. Me dijo que nunca en su vida se había cansado tanto; que su mula al subir el cerro se había aplastado; y cuando se bajó para tirarla de la rienda no quiso seguirlo: que, desesperado, la hizo beber un frasco de aguardiente, y que luego, tomando el látigo una pata seca de caballo que encontró en el suelo, volvió a montar la mula, que anduvo bien después. "Pero, se-

ñor — decía mi honrado compañero, — si es el aguardiente que se le fué a la cabeza o la idea de ser azotada con una pata de caballo, lo que la ha apurado, no puedo decirle."

Continuamos el camino juntos, y descendiendo el cerro, llegamos al distrito donde están las minas de Uspallata. El clima del país donde se hallan es lo que naturalmente se esperaría por su latitud y altura. La primera lo coloca bajo un sol abrasador, la última le imprime un grado considerable de frío, y como el aire es a la vez seco y enrarecido, hay poca refracción, y, por consiguiente, el calor y la luz del día casi desaparecen así que el sol está debajo del horizonte. Visitando estas minas en invierno encontramos los días más calurosos que el verano inglés, y por la noche constantemente el agua se escarchaba a nuestro lado cuando dormíamos amontonados en un ranchito. El país entero es el más árido que he visto, y, por esta única causa: que nunca llueve allí. (1).

El suelo se compone de la roca descompuesta que queda en la superficie escarpada de la montaña y rueda abajo como las cenizas sueltas del Etna y del Vesubio: no hay herbaje de ninguna clase o especie. Un poco abajo están diseminados arbustos resinosos; pero por la crudeza del clima en la mayor parte de los lugares crecen a lo largo del terreno. Todas las osamentas de los alrededores están secas en sus cueros y tienen el aspecto más singular; en efecto, toda la escena es ejemplo muy sorprendente de lo desierta que sería la tierra sin agua. Un minero de Cornwall, después de mirar en derredor con asombro, tomó un puñado del árido suelo verde y mirándolo

---

(1) Sin intentar explicar la causa de este fenómeno, los siguientes son algunos hechos en que se funda la afirmación:

1.º Los ranchos en muchas minas se construyen exactamente cruzados a las quebradas, de tal manera que, si el agua baja a la quebrada, necesariamente debe pasar a través o sobre los ranchos.

2.º Las canaletas recorren el fondo de la quebrada y las viejas hoyas que se forman en ella están en el desagüe natural de la quebrada. Estas hoyas en el fondo están secas y no tienen aspecto de haber contenido agua.

3.º El minero que, para conservar posesión de sus minas, ha vivido allí, solo, dos años, nos dijo que en ese tiempo no había llovido una sola vez.

con grande atención, dijo: "Pues seguramente debe haber veneno en este suelo."

Apenas pasamos las minas cuando el sol se puso, y aunque veíamos la posta de Uspallata, tuvimos gran dificultad en llegar. El resto de la partida se había extraviado y no llegaron hasta media noche. Mi primer cuidado fué conseguir algo para las pobres mulas; poco había en el llano, fuera de arbustos resinosos y piedras calientes, pero el hombre me dijo que había un potrero lleno de pasto; empezó una larga historia sobre lo que yo iba a pagar; sin embargo, le interrumpí pronto y lo mandé con las mulas que, pobres criaturas, sin duda se deleitaron con su cena inesperada.

Luego preguntamos ansiosamente al hombre qué tenía para comer. Y como los tres estábamos rondeándolo, nuestras serias y voraces miradas contrastaban con la impasible tranquilidad con que él respondía: "no hay", a todo lo que pedíamos. Por fin sacamos en limpio que tenía descarozados y cabritos. Pusimos algunos de los primeros a hervir en la olla y, con el transcurso del tiempo, llegó el muchacho enviado a caballo con lazo para agarrar una cabra. El muchachito no podía matarla y el buen hombre había ido en busca de leña; así, parte para concluir con los temores del animal y parte por tener mucha hambre, le apliqué una pistola a la oreja, y al poco tiempo estaba asándose al rescoldo.

En este momento llegaron una dama inglesa, un niño de siete años, dos o tres más pequeños y algunos peones. Sin otra protección habían pasado la cordillera y andando aquel día doce o catorce horas a caballo hasta llegar a Uspallata.

La situación de una campesina con familia pequeña nos interesó muchísimo, y fué agradable saber que había cruzado la cordillera sin ningún accidente. El hijo mayor, lindísimo muchacho, había cabalgado todo el camino, pero las otras criaturas de caritas mofletudas habían sido traídas sobre una almohada por delante de los peones.

Había oído contar en la posta de Villavicencio que, a pesar de su situación en el desierto y falta de comodidad, una inglesa que pasaba con su marido para Chile, siete u ocho

años atrás, había estado encerrada allí, hasta que ella y su hijito pudieron hacer el peligroso viaje; y cuando vi la morada miserable, a menudo había pensado cuán sin halagos habría sido para ella estar allí tanto tiempo.

La dama que ahora iba para Uspallata era la misma cuyos sufrimientos he descripto, y el lindo muchachito, el nacido en Villavicencio. Había estado en Chile desde entonces y ahora el niño varonil había cruzado la cordillera y estaba a punto de mostrar a sus hermanitos el rancho salvaje donde había nacido.

Por la mañana, antes del alba, nos preparamos para partir. Un pedazo de cabra fué nuestro almuerzo; teníamos algún te y ansiaba un poco de leche, pero cuando le pedí al hombre, contestó: "leche no hay", con una mirada que parecía dudar de que existiera en el universo. Las vacas, decía, estaban a cuatro leguas y no podía llegar en dos horas. "¿Las cabras no tienen leche?" pregunté; se rió de la idea; sin embargo, yo vi que tenían cabritos, y, por tanto, insistí en que mandase un muchacho en busca de una cabra. Se cumplió la orden y en breve tiempo vino el muchacho con una pobrecita enlazada. Completamente asustada, brincaba y saltaba para escaparse; sin embargo, con la ayuda de nuestros peones se la acostó en el suelo. Un arriero se le arrodilló en la cabeza, y uno de los nuestros le tuvo las patas, mientras el muchacho la ordeñaba de un lado, y luego, dándola vuelta a pesar de su resistencia, fué ordeñada del otro. Después la dejaron ir y fué feliz en recuperar la libertad, luego de haberse asustado con la extraordinaria operación que acababa de sufrir.

Las mulas estaban casi cargadas cuando uno de los cornwaleses me dijo que el capataz quería cargar la mula de lomo lastimado, que, de acuerdo con lo convenido debió cambiar en Mendoza. Inmediatamente me dirigí al capataz y lo encontré con su largo cuchillo en la mano cortando literalmente el lomo del pobre animal, antes de ponerle el aparejo. Díjele que no insistiese, pero él estaba explicándome cómo iba a arreglar el apare jo, de modo que no la lastimase, y al punto de ir a ponerle una silleta, cuando secamente di corte a mis argu-

mentos. Así que se alistó el equipaje le echamos encima dos o tres ovinos muertos y al dejar Uspallata, nos despedimos del último rancho habitado en el lado oriental de la cordillera.

Manejaba firmemente la mula con velocidad de cinco millas por hora para medir con mi reloj el ancho de la Pampa de Uspallata, cuando encontramos un anciano gaucho cazador, con dos mocetones y numerosos perros, que inmediatamente interrumpió mi cálculo. Tenía varios caballos sueltos en uno de los cuales colgaba una res de guanaco.

Había andado buscando leones, y estado dos días entre montañas, pero con poca suerte. El gaucho era un lindo retrato del viejo aficionado a la caza. Tenía boleadoras atadas a la cintura, cubiertas de sangre engrumecida. Sus rodillas estaban admirablemente protegidas de los arbustos por guardamontes de cuero.

Montaba un buen caballo, con lazos y envoltorios atados a los tientos. Así que nos paramos, lo rodearon los perros que formaban jauría muy rara. Algunos eran muy grandes y otros cuzcos y todos parecían de diferentes razas; muchos habían sido estropeados por tigres y leones, y varios ostentaban cicatrices honrosas. Sentí realmente muchísimo no tener tiempo para incorporarme a la cacería que debe haber sido sumamente interesante.

Tan pronto como los perros sacan de su guarida un león o tigre, lo persiguen hasta que se detiene para defenderse. Si los perros lo atropellan, el gaucho salta del caballo, y mientras la fiera pelea con sus enemigos, le golpea la cabeza con las boleadoras, a las cuales puede imprimirse un momentum extraordinario. Si los perros son tenidos a raya y temen atacar a la fiera, el gaucho la enlaza y de galope la arrastra por el campo mientras los perros se precipitan y la despedazan.

Las motañas parecían realmente sobre nuestras cabezas, y esperabamos treparlas inmediatamente; pero muchas horas marchamos por una llanura tan seca y árida como el país ya descripto del otro lado de Uspallata, y que tuerce su curso entre montañas. Por fin atravesamos un rápido torrente, e inmediatamente otro que nace en la cumbre del los Andes, y

cuyo curso y pendiente relativamente suave señalan la travesía; y es en este sitio que el viajero puede sentir con orgullo que al fin está enterrado entre los Andes. La superficie de las rocas que nos rodeaban no producía pasto y el crecimiento nudoso de los árboles anunciaba lo crudo del clima invernal; sin embargo, las formas de las montañas, y los grupos salvajes en que se amontonan unas encima de otras pueden solamente verse con asombro y admiración.

Aunque bajaba el sol y las mulas venían muy cansadas, deseábamos seguir media hora más, pero el peón nos aseguró que no encontraríamos otro sitio tan bueno y, señalando un poco de pasto marchito y algunas grandes piedras sueltas, formalmente me aconsejó parar allí, diciendo: "Hay aquí pasto bueno para las mulas, y para su merced buen alojamiento, hay agua, aquí hay todo." Por consiguiente, desmontamos cerca del manantial y, juntando leña y preparada la ropa por los mineros, nos acostamos a dormir en el suelo. El aire era frío y tónico, y la escena realmente magnífica.

Cuando estaba acostado de espaldas en el suelo, los objetos a mi derredor se hacían gradualmente obscuros mientras el sol todavía doraba la cresta de las montañas más altas, y daba brillo centelleante a la nieve que desaparecía con la luz. La escena ofrecía mil bellos cambiantes, pero cuando se sumergió en completa obscuridad, salvo el perfil atrevido que descansaba en el firmamento, pareció más bella que nunca.

El peón, muy activo siempre, se levantó mucho antes del alba y nos despertó el cencerro de la madrina y las demás mulas que se habían recogido. Nos levantamos obscuro, y cuando nuestros compañeros se preparaban a partir, el grupo, aunque confusamente visto con la llama del fogón, era muy extraño. Los tres mineros almorzaban sentados en piedras sueltas alrededor de un gran fragmento de roca que sería de mesa. Con los codos a la altura de los hombros ávidamente se agachaban sobre el alimento que tenían por delante. Los peones con sus rostros muy morenos, y gorros, pañuelos y ponchos de colores diferentes,

preparaban los cargueros. Algunos se calzaban las espuelas, otros hacían su *toilette.* La luz alboreaba débilmente en los picos de las montañas más elevadas, y la nieve acabó por mostrarse en grandes parches y cimas. El fondo de las quebradas estaba en sombra obscura y blancas nubes tempestuosas volaban por el profundo azul del cielo; algunos momentos todo era silencio: sin embargo, así que las mulas se alistaron, montamos, y nos pusimos en marcha antes que se viese claro; pero las mulas elegían el camino, y en continua ascensión por un sendero cubierto con grandes piedras, e impracticable para cualquier animal que no sea mula, seguíamos el curso de una gran corriente torrentosa, que rugía y rabiaba, completamente invadeable.

Los sufrimientos de las pobres mulas llamaban nuestra atención; habían venido desde Mendoza con poco descanso y escasa alimentación; con todo requerían que se las azuzara, y hacían evidentemente todo esfuerzo posible para acompañar a la madrina. A veces era preciso acomodar la carga; el peón, echándole el poncho sobre los ojos, arreglaba el peso, mientras las demás mulas continuaban la marcha, pero así que se le quitaba el poncho, trotando y rebuznando, se unía al arria, no parando nunca hasta alcanzar la madrina.

En el camino la cantidad de mulas muertas que verdaderamente salpican la senda desde Mendoza hasta Santiago, parecía aumentar y apenaba ver las vivas evitando los huesos y osamentas de las que habían muerto de cansancio en el sendero. Por efecto peculiar del clima, la mayor parte de estas pobres criaturas estaban secas por completo y como yacían en el camino con las patas traseras extendidas y las cabezas estiradas hacia su meta, se evidenciaba por sus actitudes que todas habían muerto del mismo mal: el cerro las había matado.

Después de vadear uno o dos torrentes muy correntosos, vinimos a una montaña con vertiente empinada desde la cumbre al torrente de abajo. A media altura vimos una tropilla de cuarenta guanacos que nos miraban con grande

atención. Estaban en una senda, o vereda, paralela al agua, y como la ladera estaba cubierta de piedras sueltas, temíamos que hicieran rodar algunas sobre nosotros.

Del otro lado del agua había una de las más singulares formaciones geológicas que hubiéramos visto. En el nacimiento de una quebrada se alzaba una enorme montaña de pórfiro, cortada en almenas y torrecillas, que le daban aspecto completo de castillo antiguo, en escala, sin embargo, completamente fantástica. El frente quebrado representaba, del modo más curioso, ventanas y portones antiguos y uno de los mineros de Cornwall declaró: "que podía ver una vieja pasando un puente levadizo".

Cuando estaba mirando la región de las nieves y mi mula trepaba a lo largo del lado escarpado de la roca, me alcanzó el capataz preguntándome si yo prefería seguir, pues él iba a mirar la "ladera de las vacas" para ver si daba paso, antes que las mulas llegaran allá (1). En consecuencia, seguimos al trote y en media hora llegamos. Es el paso peor de la cordillera. Las montañas aparecen arriba casi perpendiculares y en pendiente continua hasta el torrente rápido que se enfurece abajo. La superficie está cubierta con piedras y tierra sueltas, derribadas por el agua. La senda va por este declive y es malísima en setenta yardas, con solamente pocas pulgadas de ancho; pero el punto peligroso es un lugar donde el agua que baja de la montaña hace desaparecer la senda o la cubre con piedras sueltas. La pasamos y, realmente, era muy angosta y mala. En algunos parajes la roca casi le toca a uno el hombro mientras el precipicio está inmediatamente debajo del pie opuesto, y en lo alto hay numerosas piedras sueltas que parece que con el mínimo impulso rodarían al torrente que por abajo espuma y se precipita con gran violencia. Sin embargo, el peligro del jinete es solamente

---

(1) Cuando recién se abre la cordillera por el deshielo este paso es siempre infranqueable; pero se hace más ancho hacia fines del verano.

imaginario, pues las mulas son tan precavidas y parecen tan conscientes de la situación, que no hay probabilidad que den una pisada en falso. Así que transpusimos el paso, de solamente setenta yardas de largo, el capataz me dijo que era malísimo lugar para las mulas de carga, que cuatrocientas se habían despeñado allí y que muy probablemente nosotros perderíamos alguna; dijo que él bajaría al agua en un sitio distante cien yardas para esperar allí y enlazar cualquier mula que cayese al torrente, y me pidió conducir su mula. Sin embargo, yo estaba resuelto a ver la caída, si se producía; así el capataz se llevó mi mula y la suya, y mientras yo estaba parado en una roca saliente al final del paso, él bajó a pie arrastrándose, hasta que, por fin, llegó al nivel del agua.

La arria estaba a la vista, en fila; unas pocas no traían carga, pero las demás venían montadas o muy cargadas, y cuando doblaron por la senda torcida, los colores diferentes de los animales, los diferentes colores del equipaje que conducían, con la ropa pintoresca de los peones que vociferaban el extraño canto con que arrean las mulas, y la vista del peligroso paso que debían transponer, formaban en conjunto un espectáculo interesantísimo.

Así que la mula delantera llegó al comienzo del paso, se paró, resistiéndose claramente a seguir, y es natural que todas las demás se detuvieron también.

Era la mula más linda que teníamos y por eso se la había cargado con doble peso que a las otras; su carga nunca había sido aliviada y se componía de cuatro maletas, dos que me pertenecían y contenían no solamente una pesadísima talega de duros, sino también papeles de tal importancia, que difícilmente podría continuar el viaje sin ellos. Los peones luego redoblaron los gritos e inclinándose al costado de la mula recogían piedras que tiraban a la mula delantera. Con la nariz en el suelo, literalmente olfateando el camino, marchaba despacio, cambiando a menudo la posición de sus patas si encontraba flojo el terreno, hasta llegar a la parte peor del paso, donde se vol-

vió a parar, y entonces empecé a mirar con grande ansiedad mis maletas; pero los peones le volvieron a tirar pedradas y ella siguió la senda y llegó con felicidad adonde yo estaba; varias otras siguieron. Por fin, la mulita portadora de una maleta con dos grandes bolsas de víveres y muchas otras cosas, al pasar el mal punto, golpeó la carga en la roca, con lo que las patas traseras cayeron al precipicio, y las piedras sueltas inmediatamente comenzaron a desmoronarse a su contacto; sin embargo, las delanteras se afirmaron aún en el estrecho sendero, donde no tenía sitio para su cabeza, pero colocó el hocico en la senda, a la izquierda, y parecía sostenerse con la boca: su peligroso destino se decidió pronto por una mula suelta que se acercó y como venía detrás golpeó el hocico de su camarada desplazándolo, le hizo perder el equilibrio y patas arriba la pobre criatura instantáneamente empezó una caída realmente muy terrorífica. Con todo el equipaje fuertemente amarrado se precipitó por la pendiente escarpada, hasta llegar a una parte completamente perpendicular, y entonces pareció rebotar y dando vueltas en el aire cayó de lomo y sobre la carga en el torrente profundo, y al momento desapareció. Pensé, naturalmente, que había muerto; pero salió a la superficie, como loca y asustada, e inmediatamente intentó cortar la corriente espumante que la rodeaba. Era magnífico el esfuerzo; y un momento pareció tener éxito, pero el remolino tomó de repente la gran carga del lomo y la tumbó; abajo fué la cabeza con todo el equipaje, y cuando era llevada aguas abajo todo lo que vi fueron las patas traseras y la cola mojada, larga y fina azotando el agua. Sin embargo, volvió a sacar la cabeza; pero ya estaba débil e iba aguas abajo rodando con el remolino hasta que, pasando el ángulo de la roca, la perdí de vista. No obstante, vi que los peones corrieron un poco con lazos por la orilla del torrente; pero pronto se pararon y mirando a la pobre mula unos segundos, su actitud diligente se disipó gradualmente y como venían hacia mí, deduje que todo había concluído. Me acerqué a los peones y

en momento en que iba a hablarles vi a lo lejos una mula solitaria marchando en nuestra dirección.

Inmediatamente nos dimos cuenta que era el Faetón, cuya caída acabábamos de presenciar, y poco después llegó, incorporándose a sus compañeras. Naturalmente, el agua le chorreaba; su mirada parecía apagada y todo su aspecto deprimido; sin embargo, ningún hueso se había quebrado, se había cortado muy poco y el boletín de su salud era del todo increíble.

Con la sorprendente ansiedad de incorporarse al arria que tienen todas las mulas, o más bien a la madrina, continuó la marcha y, efectivamente, marchó por el paso sin compulsión, aunque con gran cuidado.

Luego continuamos dos horas nuestra marcha hasta llegar al Río de las Vacas, el torrente más peligroso de todos los que debíamos vadear. Lo pasamos con felicidad, pero era muy profundo y tan excesivamente correntoso, que arrastraba grandes piedras con la fuerza del agua. Las mulas están acostumbradas a estos torrentes; pero, sin embargo, les tienen mucho miedo, y solamente largas espuelas las obligan a entrar.

Mientras lo cruzábamos, los arrieros estaban aguas abajo, revoleando los lazos para agarrar cualquier cosa que arrebatara la corriente; pero como los cajones que había visto desaparecer de las mulas se hicieron pedazos antes de recorrer veinte yardas, el lazo del arriero vino un poco demasiado tarde; y, además, como la mula es suya, a veces solía pensar que, en la prisa e indecisión del momento, probablemente la enlazarían con preferencia al jinete.

Cuando un grupo grande vadea este río, y está crecido, es realmente divertido, después que uno ha pasado, observar el cambio súbito en la cara de los amigos, cuando lo vadean; a veces encaramados en la cima de un fragmento de roca, a flor de agua, y esperando que el paso siguiente sea el último; y otras, saliendo de un pozo, con las cejas arqueadas, boca abierta y expresión ansiosa de intranquilidad y temor; y éstas son realmente situaciones

en que con frecuencia se encuentra el viajero de los Andes, aunque turban la gravedad y solemnidad de su "relato personal".

Después del Río de las Vacas, las quebradas parecen más estrechas y escarpadas, y las cimas de las montañas, que forman la cordillera principal, son escabrosas, con agudos filos y picachos.

Aquí llegamos a una cantidad de nieve y ripio que había sido precipitada, muy difícil de trasponer, pues a veces cedía al peso de las mulas, que se remediaban de modo sorprendente, como si estuvieran acostumbradas.

Luego pasamos una de las casuchas de ladrillo que se han construído cada dos leguas para proteger a los viajeros contra las horribles nevazones que los asaltan, y después de proseguir nuestro camino hasta que el sol estuvo bajo, paramos en la segunda casucha.

Vimos algo distante un arria de mulas sueltas entre los peñascos; y dejando la mía en la casucha fuí donde ellas se hallaban y encontré dos arrieros dormidos en el suelo.

Me incliné sobre un sujeto gordo y le pedí algo de comer, pues habíamos perdido todas las provisiones en la ladera de las Vacas. Cuando despertó, parecía alarmarse de ver un extraño bien armado tan cerca de él; sin embargo, pronto nos entendimos, y, en pocos segudos más él metía algún dinero en un bolsillo largo, mientras yo me encaminaba a la casucha con los brazos llenos de galleta de mar, un poco de charqui, con un puñado de sal en una mano y en la otra pimienta colorada de Chile.

Con esto nuestros hombres prepararon una buena comida, mientras yo examinaba nuestra situación. Era árida y desolada, superando toda descripción; y las mulas, desensilladas ya, estaban en la misma postura en que habían sido descargadas; desfallecidas o dormitando, y encorvando el lomo para dormir, sola comodidad de que podían disfrutar, pues no había nada literalmente para que comieran.

La nieve nos circundaba y los caracteres del espec-

táculo eran tan grandiosos que no se podía menos de reflexionar sobre la situación de muchos viajeros que en esta parte de los Andes han sido sorprendidos por el temporal y perecido.

El capataz me dijo que estos temporales son tan violentos, que ningún animal los resiste; que no hay más aviso que ver caer de súbito la nieve sobre la cima de la montaña acompañada de viento huracanado; que cientos de personas se han perdido en estos temporales; que varios habían padecido hambre en las casuchas antes de nosotros; y que solamente habían corrido dos años desde que, entrando de repente el invierno, como suele suceder, había cerrado la cordillera y arrojado en esta casucha diez pobres viajeros. Cuando pasó la violencia de los primeros temporales, el correo llegó al lugar y encontró seis, de los diez, muertos en la casucha y a su lado los otros cuatro casi muertos de hambre y frío. Habían comido sus mulas y el perro, cuyos huesos teníamos por delante.

Las casuchas son del mismo estilo y muy bien adaptadas para su objeto. Son de ladrillo y argamasa, sólidas, de diez o doce pies de alto con escalera exterior de ladrillo. La habitación en lo alto de este cimiento, para sobrepasar a la nieve, es de doce pies por lado; las paredes son sumamente anchas, con dos o tres troneras de seis pulgadas en cuadro, techo abovedado y piso de ladrillo.

Lugar tan pequeño, de estructura tan maciza, por fuerza parece calabozo; y cuando uno se para en la puerta, la escena circundante añade lobreguez melancólica a su aspecto y no se puede menos de pensar lo triste que debe haber sido ver la nieve, día tras día, hacerse más y más honda, y disminuir, hora por hora, la esperanza de escapar, hasta evidenciarse que la senda era impasable y se había cerrado el paso. Pero sin estas reflexiones, el interior es bastante triste.

La mesa, asegurada con argamasa, había desaparecido; y para conseguir calor momentáneo, los desgraciados que allí habían estado encerrados, en su desesperación, ha-

bían quemado la misma puerta que debía protegerlos de los elementos. Entonces, a riesgo de sus vidas, habían sacado el dintel de madera que había encima de la puerta, dejando la pared superior solamente sostenida por la argamasa. Esto se había efectuado seguramente sin más herramientas que cuchillos y debe haber sido trabajo de varios días.

El estado de las paredes era también testimonio melancólico de la desesperación y horror que habían presenciado. En todos los lugares que he visto, visitados por viajeros, siempre podía leer nombres e historias de algunos que habían pasado antes que yo; pues cuando no se tiene nada que lamentar sino que los caballos no han llegado, o, efectivamete, nada se tiene que hacer, la pared parece un amigo a quien muchos confían sus nombres, lugar de nacimiento, sitio que se proponen visitar, y a veces también los secretos frívolos de sus corazones; pero noté especialmente que, en estas casuchas de los Andes, no se veía un solo nombre o palabra en las paredes. Los que habían muerto en ellas estaban demasiado atentos a sus propios sufrimientos; el horror de su situación era indecible, y así estas paredes eran silenciosos monumentos de su pasada miseria.

Como el aire era muy frío y el viento muy recio, dormimos en la casucha y antes del alba estábamos encima de nuestras pobres mulas cansadas para pasar la cumbre, mientras se había endurecido la nieve con la helada nocturna. Después de subir un cerro pequeño, pero muy escarpado, llegamos a un rellanito plano, el sitio de aspecto más espantoso que he visto. Pregunté al peón qué significaba la cruz de madera que teníamos por delante. Después de mirar por arriba de los hombros, me dijo que este sitio durante muchos años fué frecuentado por el ánima de un hombre en forma de mula, que solía aterrorizar a todos los arrieros y peones que pasaban, y que ellos, por tanto, se habían visto absolutamente obligados a traer un sacerdote para erigir la cruz. "¿Y han enterrado el ánima?", dije riendo. "Sí", dijo el peón con

una mirada de confianza y valor que había quizá desaparecido de su rostro mientras me describía la forma del espectro; y luego me afirmó muy seriamente "que ahora nunca se veía y que no tuviese miedo".

El torrente que habíamos costeado tanto tiempo, doblaba a la derecha por la quebrada. Lo habíamos seguido de Este a Oeste, pero nuestra senda se cerraba ahora por la cumbre que no hay manera de evitar, montaña cubierta con roca suelta, descompuesta, de ángulo muy cerca de cuarenta grados. Al pie hay otra casucha sin puerta, mesa o dintel, en la que mucha gente había perecido.

Después de dar corto resuello a la mula y luego cinchado el apero todo lo posible, operación durante la cual ella trataba siempre de morderme, le murmuré un consuelito en la larga oreja; monté, y levantando los hombros y taloneando dos o tres veces con las espuelas, comencé a trepar seguido por el grupo de jinetes y cargueros.

La senda subía en zig-zag de la base al tope y me vi obligado todo el trayecto a sostenerme de la escasa crin de la mula. Las vueltas eran tan cerradas que el animal casi se caía para atrás; sin embargo, avanzaba con decisión y paciencia asombrosas. A veces se paraba, pero la senda era tan escabrosa y la roca descompuesta tan suelta, que, a su albedrío, en pocos segundos, continuaba. Era pintoresco e interesantísimo ver todo el grupo que venía detrás, enhebrando el camino en diferentes sendas superpuestas; algunos yendo al Norte y otros al Sur; ver los jinetes inclinados para adelante, cada animal estirándose todo lo que podía y oír los peones animando las mulas con canción, a la vez salvaje y melodiosa

Después de trepar una hora de este modo singular, llegué a la cumbre y fué realmente un momento de gran triunfo y satisfacción. Hasta aquí había mirado siempre adelante, pero ahora todas las dificultades estaban vencidas y veía las montañas allá abajo. Sus cimas estaban cubiertas de nieve; y cuando la mirada vagaba por encima de los diferentes picachos, y, arriba, por quebradas blancas no holladas todavía por nadie, no se podía menos de declarar que la escena, si

era triste o inhospitalaria, era también un cuadro magnífico y sublime.

Siguiendo por un desmonte del terreno, en la cumbre vi una grandísima cruz de madera y me acerqué a ella. La sostenía un montón de piedras apiladas en la base, pero no estaba en la perpendicular. Era toscamente hacheada, muescada y asegurada con un gran perno que había herrumbrado la madera, y como el ajuste era malo, la cruz rechinaba con el viento. Había una inscripción tosca en el travesaño grabada a cuchillo, pero demasiado alta y tan borrosa por la intemperie, que no pude leerla. En el salvaje sitio desolado donde se levantaba, parecía en verdad muy apropiada e interesante, y me detuve al pie de la cruz inclinándome en la mula hasta que llegaron los demás; y entonces el peón me dijo que fué puesta allí por dos arrieros en conmemoración del asesinato de un amigo. Esto me recordó que aun no nos habíamos remontado arriba de las malas pasiones del hombre y era doloroso ver el emblema de sus esperanzas como monumento del crimen.

Encontramos el sitio sumamente frío; la nieve era muy honda y la senda de las mulas lo más extraordinaria. Un pasaje estrecho y profundo se había cortado con el tráfico constante de estos animales, pero el muro de nieve por ambos lados obligaba al jinete a poner los pies sobre las orejas de la mula; además, como siempre pisan en el mismo punto, cada paso era un agujero que con frecuencia las cubría hasta arriba de los garrones. Sobre la nieve había mucha sangre de las mulas que nos habían precedido, y era sencillamente extraordinario que se pudiera avanzar.

"¡Qué vista magnífica! — dije a uno de mis compañeros, cuyo honrado corazón y pensamiento eran siempre fieles a la vieja Inglaterra.—"¿Qué cosa puede ser más bella?", agregué. Después de sonreír algunos segundos, contestó: "Las cosas, señor, que usan gorras y delantales."

Después de descender como media milla con gran molestia y dificultad, topamos con otra casucha que se hallaba en el mismo estado de las demás, pero rodeada por doce pies de

nieve; pues en el lado chileno siempre hay mucha más nieve que en el opuesto. Pasando esta casucha resolvimos abandonar la senda que se hacía más sangrienta y difícil, e intentamos tomar un atajo marchando en la nieve por todas partes muy profunda. Nos soportó muy bien algún tiempo; pero, cuando descendimos más y el calor aumentó, las mulas empezaron a hundirse: sin embargo, se las compusieron para retornar a la senda, menos la pobre mula obscura conductora de las cuatro maletas pesadas. Hasta aquí había vencido todas las dificultades, y con mirada sana y aspecto paciente hacía de guía; pero la traicionera senda se rompió debajo de ella, y, después de brincar de la manera más extraordinaria, literalmente levantándose con el hocico, no pudo avanzar, y todas las maletas a su lado descansaban en la nieve. Antes de esto, el capataz y el peón la habían animado solamente con sus gritos, pero ahora acudieron en su ayuda. Sacáronle las dos manos de los agujeros que habían abierto y las pusieron en la superficie de la nieve. Luego se pusieron a cada costado y con una mano en la cola y la otra debajo de la barriga, la pobre criatura se levantó. Los dos hombres entonces saltaron inmediatamente detrás de la mula, y con sus manos sobre las cabezas la tomaron de la cola, tirándola para arriba con todas sus fuerzas. Una vez que de este modo fué alivianado parcialmente el peso del equipaje, la mula pudo seguir y era verdaderamente curioso ver la gravedad y cuidado con que el grupo volvió a marchar.

Durante esta maniobra singular, uno del grupo trató largo tiempo de agarrar su mula que se había escapado, y hacía nada más que lo preciso para no dejarse alcanzar. Cuando su dueño corría, ella corría, imitaba su ejemplo cuando caminaba y, por fin, cuando mi compañero se echó en la nieve completamente cansado, la astuta criatura todavía se paraba y lo miraba.

Como notara que mi mula iba muy bien, corté por la nieve, y ahorré más de una milla, aunque tuve en algunos lugares que bajar donde ningún animal, fuera de la mula, habría salido con la suya. El deshielo en algunos sitios había soca-

vado la nieve y cuando pasaba por la superficie podía oír el torrente que corría debajo. Varias veces desmonté para caminar, pero me vi obligado a montar de nuevo, pues estos animales no se dejan conducir de la rienda. Mi mula se iba cansando, su lomo estaba quizá dolorido, y también sus patas, cuando llegué a un arroyuelo de un pie de ancho, pero hondo, y que corría debajo de la nieve que atravesábamos. La nieve había caído en dos o tres sitios, arriba y abajo de mí, y estaba del todo seguro que no resistiría; así, para que la mula sola saltara, la llevé al mismo borde y, desmontando, púsele la rienda en el pescuezo y, cruzando el agua, traté de persuadirla que me siguiera, pero no hubo forma: no se necesitaba más de un paso, pero no quería darlo.

Entonces resolví ayudarla a pasar sobre la nieve, y, en consecuencia, tomando el freno mameluco que tenía en la boca, traté de hacerla dar vuelta. Abría la boca, y dejaba que la cabeza llegase a la paleta, pero sabía lo que yo quería y nada la decidía a mover las patas.

No pude sufrir; así, sin más testigo que las salvajes montañas circundantes, le pegué en el hocico; sin embargo, fué inútil; no quiso moverse, y parecía tan plácida que ya no pude enojarme; por tanto, abandoné el asunto y monté. Al momento que me sintió en el lomo, caminó; como yo esperaba, la nieve cedió y cayó de hocico; con todo, brincó y luego continuó tan paciente como si nada hubiese sucedido, a veces parando las orejas y mirando la senda como si tuviese por delante una gran curiosidad, o grave peligro, y luego deteniéndose para rebuznar a sus compañeras; durante esto, nada la decidía a avanzar.

En una hora más salimos de la nieve y entonces, descendiendo constantemente, el terreno comenzó pronto a tener aspecto diferente; y cuando después llegamos a los primeros árboles, nos imaginábamos contemplar el paisaje más bello, y todos hacíamos observaciones frecuentes sobre sus encantos particulares, y señalábamos los lugares que todos convenían eran las situaciones más deliciosas para aldeas y casa de campo.

Al volver de varias excursiones que habíamos antes hecho a montañas, para inspeccionar minas, siempre había notado lo bellísimas que aparecían las llanuras después de pasar corto tiempo sin ver vegetación, y trataba de tener presente la observación al mirar el paisaje que tenía por delante. Sin embargo, después de madura reflexión, fuí de opinión que el clima era agradable y que aunque el terreno era muy rocoso, los árboles tenían verdor o exuberancia que no se podía admirar lo bastante; pero, cuando volvimos a los mismos lugares después de vivir en Chile, todos reconocímos que eran erróneas las opiniones que nos habíamos formado, y nos sorprendió encontrar el clima rudo, el país descolorido y la vegetación raquítica por las continuas heladas y vientos impetuosos.

Se me unieron dos compañeros y seguimos costeando un arroyo cuyo curso nos guiaba como en la contravertiente. El torrente, sin embargo, mucho más rápido, era muy agradable verlo precipitarse en rumbo contrario al que habíamos seguido tanto tiempo. Ibamos junto a una montaña acantilada muy alta, a nuestra derecha, y todos mirábamos hacia arriba, haciendo observaciones sobre su extraña formación, cuando oímos un sonido semejante a la súbita explosión de una mina y se vió caer inmediatamente un gran peñasco. El sonido fué exactamente como el descripto, pero creería que debe haber procedido del peñasco al golpear alguna parte de la barranca; sin embargo, un compañero exclamó: "¡Oh, todo se viene encima!", y echó a correr.

El otro y yo nos quedamos, y nos divirtió mucho el aspecto del fugitivo que, agachándose en la mula como si la montaña ya estuviese sobre sus hombros, taloneaba, espoleaba y azotaba al animal, y, en esta actitud, realmente se perdió de vista, sin volverse una sola vez para mirar atrás.

Cuando lo alcanzamos, dijo: "¡Cómo! ¿no vieron moverse todo el frente de la montaña y salir humo de todas las grietas?" Agregó haber oído que Chile estaba lleno de volcanes, y creyó que la montaña se le venía encima y, en consecuencia, se alejó para salvar la vida.

Como las mulas estaban muy cansadas con la fatiga sufrida al trasponer la cumbre, nos paramos más temprano de lo usual, en una casa deshabitada llamada la Guardia, donde había un poco de pasto para las mulas, pero, como la casa estaba llena de pulgas, la mayor parte dormimos en el suelo, afuera. Poco después de media noche, luego de salir la luna, volvimos a montar, pero como el capataz se demoraba mucho en arreglar las cargas, seguí adelante con un compañero.

Llegamos a varios torrentes y laderas, y los primeros en la obscuridad pasáronse muy de mala gana, pues, como mi compañero decía con justicia: "Si uno ha de ser arrebatado, le gustaría ver adónde va." Así que salió el sol, lo encontramos opresivamente fuerte; y como las mulas se ponían mancas, solamente trotábamos muy despacio. La pendiente que descendíamos era semejante a la arriba descripta y seguimos nuestra ruta hasta llegar a la vista de Villa Nueva de los Andes.

Está en terreno relativamente plano pero rodeada de montañas, o, más bien, cerros; pues los accidentes del país son aquí en escala menor.

El pueblo, como todos los de Chile, está trazado según el plano usual. Calles anchas y en ángulo recto, y, en consecuencia, paralelas y perpendiculares entre sí. En el centro está la plaza, en uno de cuyos lados hay una suerte de morada rústica, llamada casa del gobernador, donde numerosos soldados descalzos y de aspecto sucio, con poco más que un poncho encima, estaban sentados bajo el corredor, o acostados para dormir.

Me acerqué a la guardia y pregunté a un hombre que empuñaba un sable viejo, dónde era la fonda. Decidió el caso muy ligero, diciendo: "No hay fonda"; sin embargo, supe que había una casa donde a veces se admitían viajeros, y allí me encaminé. Cuando llegué la encontré cerrada. Golpeé la puerta en vano algún tiempo; por fin, una mujer desde el lado opuesto de la calle me dijo que la gente se había ido y la casa estaba vacía.

Era verano, y el sol, en Chile siempre ardiente era para nosotros, que habíamos bajado de la nieve, tan abrumador, que consideré necesario ganar la sombra en cualquier parte, y así conté mi caso a las mujeres, y les pregunté dónde conseguiríamos refugio, comida, o siquiera algo que comer. Dijeron que en la pulpería de la esquina se vendía limonada, pero cuando iba a seguir, vi a corta distancia una canttidad de rico trébol recién cortado, con que me llené los brazos y fuí en derechura a mi mula. El pasto era deliciosamentte verde, y la fragancia completamente refrescante. La mula paró las orejas cuando me vió venir; se lo tiré por delante y le saqué el pesado freno de la boca. Después de tragar algunos bocados empezó a mirar en derredor, y pocas veces me sentí tan irritado como verla alejarse del pasto, y con preferencia empezar a comer una paja caliente, seca, sucia, que había en un montón de bosta.

Luego fuímos a la pulpería y pregunté a la vieja qué diablos íbamos a hacer: que salíamos de los Andes, la mañana siguiente íbamos a Santiago, o, como dicen, a Chile, y que necesitábamos comida y alojamiento para pasar la noche. Me dijo que la única cosa que se podía hacer era alquilar un cuarto, y luego conseguir una persona que cocinase lo que quisiéramos.

Esto sonaba a desesperación, pero pronto me encontré que no teníamos otra alternativa; así, dejando a mi compañero para que bebiese limonada y durmiese la siesta en la cama de la mujer, fuí a pie, guiado por un muchachito descalzo, y por fin llegué a la puerta de una de las casas más grandes del lugar. El chico entró, y en breve tiempo apareció con un llavón en la mano, seguido por una señora mayor, bien vestida, que me invitó a entrar. Me excusé y fuí con el chico poca distancia calle abajo: finalmente se paró en una puerta sin cerradura y entramos en un cuarto lleno de plumas y pulgas, sin vidrios en las ventanas. "Aquí está", dijo el chico, agregando que tenía que pagar dos reales diarios. Dijo que en la casa vecina podía conseguir comida. Allí me dirigí, y encontré una anciana con vestigios

de espléndida belleza, y su hija de diez y ocho años que se le parecía mucho.

Ambas me recibieron con la mayor bondad insistiendo en que me acostase en la cama. La anciana me preguntó lo que quería para comida de mis compañeros, y díjele que necesitábamos la óptima comida que pudiese darnos, y me remití para ello a su buen gusto y discernimiento.

Salió para proveerse de todo el *material,* mientras su hija me atendía. Me trajo un plato de los higos más deliciosos que yo haya saboreado, y luego un vaso de limonada helada, y todo el tiempo que yo comía los higos estuvo sentada junto a la cama compadeciéndome.

En dos o tres horas llegó la caravana con mulas y hombres desfallecidos y agotados, y hablé al capataz de salir por la mañana temprano. El vivía a dos leguas de la villa y se convino que proporcionase mulas de refresco para el equipaje, y caballos para nosotros; pero, como colegí que no se encontraba dispuesto a salir temprano, le insté que trajese aquella tarde las mulas y los caballos. Dijo que no tendría nada que comer, le di dos duros para comprar pasto, y salió prometiéndonos regresar por la tarde.

Apenas tuve tiempo de bañarme, y la comida estuvo lista; y cuando la joven nos traía plato tras plato, los compañeros observaron, en primer lugar, que era la niña más interesante que nunca habían visto, y en segundo, que nunca gustaron comida mejor preparada; pero el mismo delirio que, al salir de la nieve andina, los había hecho "parlotear de campos verdes", los hizo desviarse en sus juicios sobre otras partes de la creación; y, efectivamente, cuando retornamos del llano a la Villa Nueva, nuestra comida era mal cocinada, y decían de la pobre joven que solamente era "más bien linda".

Llegó la noche, pero no el capataz con las mulas, y no sabíamos dónde mandarlo buscar; pero media hora antes del alba vino un arriero a decirnos que el capataz lo había despedido; que había gastado los dos duros que le

di en beber con su mujer; que no nos había dado la cantidad requerida de mulas de repuesto en Mendoza, y nos suplicó lo lleváramos donde el gobernador.

Con sol alto llegó el capataz. Había traído varias de las pobres mulas cansadas, otras de refresco para los jinetes y para mí un caballo maceta; pero él montaba un lindo marchador. Le quité el caballo y lo ensillé, disponiendo que mis compañeros lo llevasen ante el gobernador, y galopé en dirección a Santiago.

El camino pronto se hizo malísimo cuando la senda ascendía una cuesta que es necesario subir y bajar en zig-zag; sin embargo, así que llegué a terreno plano seguí galopando, y era sencillamente delicioso recordar de esta manera el paso de las Pampas, después de haber andado tantos días a lomo de mula.

Pronto llegué a la casa donde habíamos convenido dormir, a medio camino de Villa Nueva y Santiago. Es una pulpería, y estaba llena de peones bebiendo; sin embargo, habían conseguido pan y vino y envié un hombre a traer un carnero; había también un lindo arroyo para bañarse. En el curso de dos o tres horas varios del grupo llegaron a caballo, de muy buen humor por el triunfo que habían obtenido contra el capataz. Decían que el gobernador oyó el caso, y había sentenciado al capataz a recibir cien azotes, pero como no sabían exactamente cuándo o dónde se le iban a propinar, le suplicaron tuviese la bondad de cambiarlo; a lo que el gobernador dijo que, si yo lo prefería, le pagase solamente seis duros por mula en vez de los ocho convenidos. La última decisión era ciertamente la mejor de las dos; y, en consecuencia, cuando llegó el capataz, le aseguré que si se hubiera portado bien, habríale dado, además de lo convenido, la gratificación usual, pero por su crueldad para con las mulas, le debía aplicar uno de los castigos a que el gobernador lo había sentenciado; y lo dejé algún tiempo en la incertidumbre de cuál de los dos iba a sufrir.

Todos dormimos en el patio de la pulpería, en el suelo, y mucho antes del alba nos pusimos en marcha. Yo galopa-

ba solo y al principio tomé una senda equivocada; pero tan pronto como noté por la brújula, que me llevaba lejos de Santiago, cambié ruta y por fin llegué a un fogón en cuyo derredor dormía una familia. Después que se hizo cesar el usual ladrido de los perros, se me indicó el camino y crucé una cantidad de cerrillos hasta llegar a la gran llanura inculta de Santiago. Galopé más de dos horas por este llano que, por falta de irrigación, no produce ninguna clase de pasto, sino únicamente arbustos desparramados.

Cuando me acerqué a dos leguas de la ciudad, encontré agua, y entonces el camino era en ocasiones un pantano que tuve gran dificultad para vadear, por no conocer los pasos. Un caballo inglés ciertamente se habría empantanado, pero los del país, ya acostumbrados, marchan por él muy despacio, desenredando sus patas con la mayor precaución.

Ahora encontraba, o me alcanzaban, hombres, mujeres, muchachos, eclesiásticos, etc., en caballos de sobrepaso, viniendo o yendo a la ciudad, y con ropas muy singulares. Muchos caballos llevaban parejas, a veces dos muchachas fisgonas, otras un muchacho con la abuela en ancas; a veces tres niños iban al sobrepaso de un caballo, y otras, dos viejas; luego un fraile solitario con sombrero blanco aludo y hábito de sarga blanco recogido alrededor, el rosario zangoloteando sobre el pescuezo de la mula, y sus pálidos mofletes sacudiéndose con el trote. Leche y frutillas y sandías, todos iban al sobrepaso y mucha gente conducía pescados a la ciudad atados de los estribos. Su paso, sin embargo, era completamente inferior al de las Pampas, y el sobrepaso, en vez del galope, daba a la escena un marcado tinte de indolencia.

Las espuelas de los peones eran malas y sus estribos las cosas más pesadas y toscas imaginables. Eran de madera maciza y completamente diferentes del lindo triangulito, bastante para admitir el dedo grande del gaucho pampero.

Al cruzar el puente a la entrada de la ciudad, el mercado estaba en un terreno bajo a la izquierda. Cantidad

de gente vendía fruta, legumbres, pescado, etc., puestos en el suelo, y como el sol era abrasador, cada parcela estaba a la sombra de un toldito de lona fijado en el suelo perpendicularmente.

Cuando pasaba por las calles parecían muy ruines y sucias. La mayor parte las casas habían sido agrietadas por los temblores: las agujas, cruces y veletas de las iglesias y conventos bamboleaban inclinadas en lo alto de las torres; y los mismos nombres de las calles y tableros de: "Aquí se vende, etc.", que ostentan todas las tiendas, escritos tan torcidos e irregulares como si se hubieran hecho durante un terremoto. Empiezan generalmente con grandes letras, pero el hombre, al parecer, se puso tan impaciente con el tema, que con frecuencia se vió obligado a concluir con caracteres tan pequeños que casi no se podían leer, y en algunos lugares el autor había llegado sin pensarlo al extremo del tablero antes de llegar al final de la inscripción.

La plaza mayor tiene una fuente en el centro, y el palacio del Director a un costado. Este edificio parece sucio e insuficiente, de estilo arquitectónico fantástico, y sus líneas son más raras que elegantes; se utiliza una parte para el cuerpo de guardia. Los soldados estaban mal vestidos; algunos eran negros que usaban aros dorados en las orejas, otros morenos, y otros de casta mestiza.

A las ocho en punto cabalgaba yo por la plaza. Sonó la campana de una iglesia y todos los individuos a pie o a caballo se detuvieron; los hombres se sacaron el sombrero, las mujeres se arrodillaron, y varios me indicaron que me detuviese. El centinela de palacio presentó armas, y los soldados se santiguaron; en más o menos diez segundos todos seguimos nuestros respectivos caminos. Esta ceremonia se repetía siempre tres veces al día, a las ocho de la mañana, a las doce, y a las ocho de la noche. Averigüé la dirección del Hotel Inglés, y encontré allí de dueña, una inglesa trabajadora, hacendosa. Me dijo que no tenía ni "una pulgada" en toda la casa sin estar llena

de lo que llamaba "caballeros mineros". La pregunté dónde iría, y me contestó que no sabía, pero me ofreció hacerme acompañar con un sirviente donde una "señora norteamericana", que solía admitir extranjeros. Por consiguiente, allá fuí, y me hicieron entrar en un cuarto adornado con estera, algunas sillas de madera barnizadas de estilo chabacano, y un inmenso piano vertical. Un lado del cuarto era de vidrios, a guisa de invernáculo, y daba a otro cuartito. Entraron dos muchachas largas, delgadas, vulgares, que hablaban gangoseando, y me narraron una larga historia referente a "mamá", que tenía por objeto que mamá ya venía, y, en efecto, llegó. Todas a un tiempo pidieron que me sentara, y estaban averiguando mi historia, cuando informé a la dama haber venido a informarme si recibían huéspedes en casa. "Oh, sí, tenía un cuarto lindísimo para alquilar; no tenía cama, pero me facilitaría sillas". Pedí verlo; con horror y asombro mío, me llevó al lado vidriado del cuarto, y abriendo la puerta de cristales, díjome ser ésa la habitación. Tenía ocupada mi cabeza con muchos negocios y asuntos muy fastidiosos, y todo lo que requería en los muy pocos días de mi estada en Santiago, era un poco de quietud y soledad. "¡Justos cielos! — me dije, cuando miré afuera de este linternón miserable.— ¿Cómo me lavaré, tendré cualquier comodidad corporal o mental en sitio como éste?" Aquellas muchachas y aquel terrible piano, causarán mi muerte. "¡Temo, madama — dirigiéndome a la anciana —, que esto no me sirva exactamente", y luego salí del cuarto y de la casa y caminé.

Volví donde la inglesa, que era muy atenta. El sol me quemaba a pedazos, estaba completamente exhausto y le rogué me dejara acostar en cualquier parte a la sombra, porque había cabalgado casi toda la noche y estaba fatigado. Me contestó que no tenía positivamente ningún sitio. La dije que muchos meses había dormido en el suelo y que seguramente tendría algún rinconcito donde pudiera dormir. Díjome: "Nada más que la carpintería". "¡Oh!—

repliqué con deleite —, eso será famoso"; así, ella me guió y, en pocos segundos, dormía profundamente entre las virutas.

En tres o cuatro días llegaron mis compañeros y la dueña de casa ya les tenía dos cuartos desocupados, y después uno pequeño para mí. Me proporcionó una mesa con dos sillas y nos dijo que almorzaríamos y comeríamos con los demás huéspedes. Esto no constituía solución muy agradable, pero no se consiguen en Santiago alojamientos amueblados, y, por tanto, no tenía otra alternativa que alquilar una casa vacía y luego procurar muebles y sirvientes; pero asear la primera y domar a los últimos eran ocupaciones que no tenía ningún deseo de intentar, especialmente porque iba a salir muy pronto para reconocer minas en diferentes rumbos.

Tenía varias cartas que me habían confiado en Buenos Aires para Santiago, e inmediatamente las entregué a una persona a quien venía recomedado. Tenía un dibujo muy prolijamete arrollado y sellado que, según me dijeron en Buenos Aires, era el retrato de un niño de Inglaterra para la madre en Santiago. Sucedió que la señora vivía junto a la casa donde llevé las cartas; y como pensé que el retrato del hijo sería muy aceptable, la visité y se lo entregué yo mismo. Era de las mejores casas de la ciudad, y encontré a la señora rodeada de una lindísima familia de todas las edades. Mientras hablaba con ella, tomó y desenvolvió el papel, y después de mirarlo un momento, lo pasó a su familia que, uno tras otro, lo miraron con una indiferencia que me chocó. Luego me fué entregado y así que vi de lo que se trataba, saludé a la familia, y dejé en manos de la señora, no un retrato del hijo, ¡pero si un gran dibujo tosco de un escolar trazado con tiza, de la cabeza del Bautista!

Durante mi breve estada en Santiago me ocupé constantemente de obtener informes sin los que no podía iniciar mi inspección de minas; y como muchas dificultades imprevistas me impedían adelantar y ocupaban mi atención, no tuve

tiempo ni propensión de entrar en ninguna clase social o ver nada más de Santiago que lo que sucedía en las calles.

En la ciudad pululan los sacerdotes; por tanto, la gente es indolente e inmoral; y ciertamente nunca vi más tristes ejemplos de los efectos de la mala educación, o un estado social más deplorable. Las calles se atestan con una variedad de frailes y clérigos hinchados, haraganes, indolentes, con cabezas rapadas de diferentes modos (1), usando enormes sombreros de teja y vestidos de capucha y hábito de sarga blanca, y otros de negro. Todos los hombres se sacan el sombrero ante estos zánganos, que se ven también en las casas, repantigados en sus sillas, y hablando con mujeres que, con toda evidencia, son de la clase social más pervertida. El número de gente de esta calaña en Santiago es muy extraordinario. Los cuartos a la calle de las casas más respetables se les alquilan invariablemente y es realmente más chocante de lo que puede decirse verlas sentadas en las puertas, con una vela en el fondo del cuarto, encendida ante cuadros e imágenes sagradas.

El poder clerical ha disminuído muchísimo desde la Revolución. Los sacerdotes no son respetados; casi todos tienen familia y llevan las vidas más disolutas. Sin embargo, el dominio que ejercen sobre la sociedad es del todo sorprendente. El vulgo ríe de su inmoralidad; no obstante esto, acuden a ellos en busca de imágenes y estampas, y envían sus esposas e hijas al confesionario. Tres veces por día, los transeuntes se sacan el sombrero y las mujeres se arrodillan. Cada cuarto de hora, de noche, el sereno de cada calle canta tan

(1) Un día, estando en una barbería de Santiago, entró un fraile para que le raparan la cabeza, y me demoré para ver la operación. El fraile era hombre lampiño, gordinflón, de unos cuarenta años, con nariz diminuta y color cetrino. El barbero lo jabonó con el mayor respeto, y luego le rasuró el cerquillo hasta una pulgada arriba de las orejas, y descubrió protuberancias que chocarían al estudiante de Gall y Spurzheim. Su cabeza era de un blanco tan mate como de lechón; y mientras el barbero la hacía girar en distintas direcciones, realmente creía que era la operación más incivilizada que nunca presencié; y cuando se concluyó y el hombre se paró, parecía tan grotesco que apenas pude contener la risa.

fuerte como le es posible, una oración de *Ave María Purísima,* y luego la hora y el estado del tiempo.

De día se encuentra constantemente una calesa tirada por dos mulas, manejadas por un muchacho sucio, emponchado, y seguida por una fila de vecinos sin sombrero, llevando cada cual su vela encendida en un farol: todos se arrodillan en las calles, y los que tienen ventanas a la calle (generalmente las mujeres a que antes me he referido), están obligados a mostrarse con una vela encendida. Dentro del carruaje va sentado un sacerdote, con las manos puestas en alto. Con este sistema de depravación, el gran pecador perdona a los pequeños. Los pecados se ponen en un platillo de la balanza y el dinero en otro, y atentos al fiel, ambas partes olvidan la belleza y sencillez de la religión que normalmente profesan.

La siesta en Santiago es tan larga como en Mendoza. Las tiendas se cierran a mediodía y permanecen así cuatro o cinco horas en que se paralizan todos los negocios.

El clima de Santiago es igual al de todas las regiones de Chile visitadas por mi. En verano, el día es abrasador; las noches deliciosamente frescas. De día, el sol reflejado en las montañas que rodean la ciudad, y que, naturalmente, detienen la brisa, tiene mayor calor que el natural de la latitud. De noche, el aire frío desciende de las vertientes nevadas de los Andes y llena los valles chilenos de una atmósfera fresca, desconocida en las grandes llanuras del otro lado de la cordillera. El efecto de esta corriente de aire frío, es muy agradable, y la gente, cuyas ocupaciones la abrigan de los rayos solares durante el día, disfrutan su paseo vespertino; y como el cielo es muy claro, se describe generalmente el clima chileno como muy saludable. Sin embargo, la prueba menos conocida, pero quizás más satisfactoria de la salubridad del clima, no es el brillo de las estrellas, o el color de la luna, sino el aspecto de los rostros masculinos y femeninos; y, ciertamente, los chilenos en general y los santiagueños en particular, no tienen aspecto sano. Los ingleses, también, parecen muy pálidos y deprimidos, y, aunque se hagan

buena cara entre ellos, parecióme que una fuerte dosis de viento británico, con nieve y lluvia, y un poco de lo que los escoceses llaman *mañanas agrias,* les probaría muy bien.

*
* *

Convento en Santiago; grupo de gente afuera cuchicheando y hablando por el agujero de la cerradura, goznes y rendijas de la puerta; cesta llena de ropa blanca y usada; puerta abierta a medias por una portera para entrar dos grandes modelos sobre ruedas, uno de una vaca obscura y otro de un toro del mismo color; puerta de la capilla abierta; capilla dividida en dos partes por doble reja de hierro y madera respectivamente; celosías del tamaño de las de una ventana de cabaña. En un extremo, el altar luciente de plata, mojiganga y cirios; tras de la reja, monjas congregadas para vísperas; algunas sentadas a los lados y fondo de la capilla; otras arrodilladas en el medio, también junto a la reja, vueltas hacia el altar. Casi todas parecían ser mujeres muy viejas, gordas, y rechonchas; cutis descolorido por el ajo y aceite y rostros agriados por la larga reclusión. Rezaban como si estuvieran hartas y cansadas de hacerlo, y no les importara ni supieran lo que decían. Cuatro o cinco tocaban el violín que apoyaban en el cuello como hombres; una aserraba un inmenso contrabajo, y otra soplaba con un gran fuelle de mano en los pulmones de un organito que otra sor tocaba. Todas cantaban en coro y nunca escuché sonidos menos melodiosos. La edad había quitado toda suavidad a las voces y nada restaba fuera de un grito áspero, quejumbroso y desafinado. Las mujeres eran viejas y feas, y el espectáculo en conjunto entristecedor. Su traje se componía de toca blanca y hábito negro; cabello oculto, y las facciones tan duras que sería difícil decir si eran viejos o viejas; el hábito de sarga ocultaba sus figuras; figuras que se destinaron a ser adornos de la creación. Cuando uno imagina las vidas que podrían haber llevado, el apoyo que habrían apor-

tado a la sociedad, las amistades que habrían disfrutado y los agradables deberes naturales que habrían llenado, era melancólico verlas perdidas para el mundo y ocupadas únicamente de gritar el latín, al través de barrotes de hierro, a cirios y cuadros.

A mi derecha estaba un fraile joven, sentado en un banco junto a la pared todo el tiempo que permanecí. Confesaba a una monja por los agujeros de la plancha de estaño que servía de barrera, en la pared del convento que los separaba; y desde los días de Piramo y Tisbe, nunca hubo festejo más metódico. El fraile ansiaba más hablar que oir, y no podía menos de sonreir cuando le veía, con gran seriedad de expresión, aplicar alternativamente boca y oreja a la plancha de estaño. Sin embargo, cuando me volví hacia el grupo de monjas viejas, que tenía por delante, sentí que poco importaba a la sociedad que confesasen sus pecados antiguos ó proyectasen nuevos; pero era penoso pensar que la juventud e inocencia, que brotaban en el mundo, fuesen todavía víctimas de costumbre tan errónea; pues, naturalmente, nada propende más a debilitar los buenos sentimientos de la juventud que la reflexión de que aun sus pensamientos de ayer están ya archivados en la memoria de un hombre; y si un genio malo deseara preparar un hombre que fuese especialmente inepto para confidencia tan delicada, ¿qué podría hacer mejor que condenarlo a ociosidad y celibato, negarle hijos propios y alimentarle con aceite y ajo?

VIAJE A LA MINA DE ORO "EL BRONCE DE PETORCA"

A las dos de la mañana nos levantamos y antes de terminar el almuerzo llegaron las mulas con dos peones. Había dos mulas por persona, y todas se arriaron al patio. "¡Vamos!", dijo un minero cornwalés que siempre estaba alegre y listo, y en seguida todos tomaron los frenos y bajaron al patio. El capataz tomó mi freno prometiendo darme una buena bestia, y detúveme unos momentos mirando el grupo desde el largo corredor o balcón. Cada hombre elegía su mula; y como, por triste experiencia, había aprendido la diferencia entre montar una mula mala o buena, era punto de alguna importancia. Entretenía ver a cada individuo tratando de mirar la cara del animal, para adivinar su índole, a la luz de la luna, mientras la astuta criatura, apercibida de su intento, constantemente escondía la cabeza entre sus camaradas y daba el anca a cualquier persona que se le aproximase. Luego de ensillar las mulas, operación siempre molesta y peligrosa, montamos, y salimos del patio seguidos por las mulas sueltas, que trotaban detrás de la madrina, conducida por un arriero.

Cuando íbamos por las calles, los serenos cantaban la hora con el himno usual de *Ave María Purísima;* y era muy extraño oir los diferentes modos de entonarlo.

Nuestro camino era por el llano de Santiago, y aunque íbamos a tranco largo, transcurrieron casi tres horas antes de llegar a los cerros, y luego el día entero tuvimos que trepar la vertiente de una montaña estéril o bajar con dificultad la opuesta. Estas montañas, por falta de lluvia, casi no producen pasto: el suelo de arriba está hendido del modo más

singular, con grietas profundas y tan frecuentes que parece peligroso pasarlas.

Después de marchar hasta que las mulas se cansaron, llegamos, puesto el sol, a un villorrio de ranchos de barro. Había habido allí una iglesia, pero el gran terremoto de 1822 la redujo a un montón de ruinas. El aspecto del villorrio era muy alegre. Era Navidad y se celebraban las fiestas acostumbradas. Había dos o tres glorietas de gajos, llenas de muchachas y huasos, bailando al son de la guitarra. A nuestro arribo habíamos sido llevados al rancho del hombre más rico del lugar; y después de entrar los recados al rancho, salimos para participar del baile. La presencia inesperada de algunos extraños aumentó la alegría del espectáculo; la guitarra inmediatamente sonó más fuerte, y la gente bailaba con más vigor. En torno del cuarto había unas vigas toscas, a guisa de bancos, en que se sentaban las damas después de bailar; sus parejas se sentaban a sus pies en el suelo, y sus cuidadosas atenciones no son para describirse con prolijidad. Nos acogieron con gran bondad y en dos minutos vi a todos mis compañeros felices, sentados en el suelo, y tan *enfants de famille* como si allí hubieran nacido.

Después de quedarme con ellos breve tiempo, regresé al rancho. Encontré el dueño muy descontento; había sacado todos los recados de la casa y por algún tiempo no quiso hablarme; sin embargo, le insté para que me señalase con el dedo en dónde se hallaban los recados, y, en consecuencia, los encontré en el suelo, afuera de un ranchito donde uno de los mineros cocinaba la cena: sin embargo, habíamos dormido tanto tiempo al aire libre, que la cosa no tenía importancia. Debo hacer a este hombre la justicia de decir que, aunque por índole era sujeto de mal genio, tuvo la intención de proceder correctamente. Deseaba haber hecho los honores de su rancho a los extranjeros, y así dió algunos huevos al minero cornwalés, pero como el hombre entendiese que debía pagarlos, díjole honradamente que no alcanzaban a la mitad de los necesarios, lo que el dueño de casa consideró una falta de educación.

Mientras, sentado en un cráneo de caballo, escribía al resplandor del fogón, vi dos muchachas vistiéndose para el baile. Estaban cerca del arroyo que corría atrás del rancho. Después de lavarse la cara se pusieron los vestidos, y luego, trenzando el cabello de manera muy sencilla y graciosa, recogieron a la luz de la luna algunas flores amarillas que crecían cerca de ellas; se las colocaron frescas en la cabeza y, cuando estuvo completa esta sencilla *toilette,* parecían tan interesantes, y tan bellamente vestidas, como "si el carruaje fuese a venir a buscarlas a las once"; y en pocos minutos, cuando regresé al baile, me alegré de verlas cada una con su compañero.

Por la mañana, antes del alba, partimos y muchas leguas mis compañeros cabalgaron juntos, discutiendo los méritos de sus parejas. El país por donde subíamos era montañoso y muy cansador, tanto para los jinetes como para las mulas. Acababa de trepar parte muy escarpada de la montaña y, con un compañero, hacía dar vueltas a la mula entre algunos árboles raquíticos, cuando de súbito di con un cabezón de unos diez y ocho años, que venía al tranco del caballo, y con los ojos bañados en lágrimas. Me paré, preguntándole lo que tenía, pero no obtuve respuesta. Luego le interrogué cuántas leguas faltaban para Petorca, pero continuó llorando hasta que por fin, dijo: "él había perdido"... "¿A quién has perdido?", dije, sospechando se trataría de su madre o su mujer. El sujeto rompió en un mar de lágrimas, y dijo: "mis espuelas", y siguió adelante. No se puede decir mucho de la fortaleza del mozo; sin embargo, la pérdida de las espuelas para el huaso es infortunio muy serio. En efecto, es lo único que posee: las alas con que vuela para procurarse alimento y diversión.

El sol bajaba y las mulas se cansaban del todo en la senda rocosa y estéril en que se habían afanado, cuando llegamos a la cima, desde donde de repente vimos abajo el valle del Aconcagua, llanura angosta y larga, regada por un lindo río. El contraste era extraordinario; el color de árboles y pastos era negro antes que verde, y la vegetación tan lozana

y exuberante, que los ranchos parecían literalmente ahogados por los sembrados que los rodean. Este cuadro es el que constantemente se encuentra en Chile; y como la producción de estas llanuras, cuando se riegan, es mayor que las de cualesquiera en el mundo, se ha llamado a Chile con frecuencia uno de los países más ricos. Pero, aunque estos lugares productivos atrajeron merecidamene la atención de los españoles, quienes encontraron las necesidades de la vida fácilmente obtenibles allí, sin embargo, el país en general, es tan montañoso y tan grande la proporción que no se puede regar, que su población en adelante ha de ser infinitamente menor que la de las Pampas, aunque al presente la excede en mucho.

Llegando al pueblito de Aconcagua, cuya iglesia está en ruinas, y casi todas las casas hendidas por los temblores, encontramos las mismas fiestas de que habíamos participado la noche anterior, pero menos interesantes porque eran más formales. La plaza estaba llena de cobertizos en que bailaba la gente, y cuando llegamos a la fonda, vimos el patio repleto de gente, sentada en glorietas de ramas, y otros bailando o bebiendo.

Tomábamos nuestra comida en una mesita del patio, cuando llegó una persona y nos ofreció cuarto en su casa, y por la noche vino a buscarnos. Cuando abrió la puerta, en el piso bajo, encontramos el cuarto lleno de bolsas de maíz, cueros, toda clase de andrajos, e hirviendo de pulgas; sin embargo, nos hicimos lugar y dormimos allí y, por la mañana, después de agradecer al hombre su alojamiento, almorzamos en la fonda donde habríamos podido dormir mucho mejor.

Por la mañana temprano partimos en mulas y caballos de refresco, dejando los cansados en un potrero y visitamos una mina de plata distante una legua del pueblo. Luego proseguimos nuestro camino por montañas estériles y a eso de mediodía alcanzamos la aldea de Petorca, compuesta de una sola calle larga, con otras cortas en ángulo recto. La iglesia, como la de Aconcagua, fué demolida por el terremoto

de 1822, y las paredes de la casa estaban rajadas y hendidas de alto abajo.

Tenía carta de recomendación para la persona principal, sumamente fina, que deseaba mucho pasar la tarde en nuestra compañía; sin embargo, al fin obtuve que nos proporcionase mulas frescas y, a las dos, después de tomar refrigerio, salimos con él para visitar algunos trapiches y molinos que habían existido antes del terremoto. Encontramos los techos arrancados en dos ranchos, y los demás amenazando ruina. Dos molinos estaban tan completamente destruídos, que era difícil trazar los cimientos en que habían reposado, y el agua se había desviado en su curso.

Por la noche, nuestro huésped nos dió cena my excelente, y a la mañana siguiente, una hora antes del alba, salimos para inspeccionar las minas de oro del Bronce de Petorca, seis millas del pueblo, y ciento sesenta de Santiago.

Visité esta mina en compañía de un minero chileno muy inteligente, que, con varios compañeros, estaba en un socavón de esta veta, a cien brazas de profundidad, cuando se produjo el gran terremoto del 19 de noviembre de 1822, que casi destruyó Valparaíso. Me dijo que varios de sus camaradas fueron muertos y que nada podía igualar al horror de su situación. Decíame que la montaña se sacudía tanto, que él apenas podía ascender; caían abajo grandes trozos de filón y a cada momento esperaban que se juntasen las paredes del socavón, y los aplastasen o encerrasen en una prisión de que ningún poder humano los libraría. Agregaba que cuando llegó a la bocamina el espectáculo era poquísimo mejor: había tanto polvo que ni podía verse las manos; grandes masas rocosas rodaban por la vertiente de la montaña en que estaban y las oía, viniendo y arrojándose, a su lado, sin poder ver el modo de evitarlas, y, por tanto, se quedó en el sitio, temeroso de moverse. En casi todas las minas que visitamos en Chile presenciamos los espantosos efectos de esos terremotos, y era pasmoso notar lo violentamente que las montañas habían sido sacudidas.

Volvimos a Petorca a las diez y como nuestro huésped

nos dijese que nos daría mulas frescas, mandé adelante, despacio, las nuestras, y convinimos partir apenas disfrutáramos un par de horas de sueño.

Después de despedirnos de nuestro bondadoso huésped, y saludar a todas las damas paradas en la puerta, me dirigí a la mula a mí destinada y vi, por las arrugas de su hocico, que tenía alguna mala intención en la cabeza: no obstante, estaba perfectamente tranquila y me permitió poner el pie en el estribo; pero así que boleé la pierna, saltó de lado una yarda; mi talón fué a dar al equipaje que estaba en el lomo de otra mula, y se enredaron mis largas espuelas gauchas. Mi mula, viendo que su complot había tenido éxito, empezó a cocear y con una pierna en el aire fué imposible sostenerme. Caí de cabeza y me aturdí con el golpe: sin embargo, así que me repuse volví a montarla, esperando que coceara de nuevo; *au contraire*, estaba completamente satisfecha con lo hecho y siguió tranquila como un cordero.

MINA DE ORO DE CAREN

Después de inspeccionar los socavones antiguos abiertos en el filón, y mirando con gran interés al Pacífico, que parecía suspendido en el aire a nuestros pies, descendimos la vertiente rocosa, en ocasiones gateando, unos trescientos cincuenta pies, hasta llegar al rancho donde habíamos dormido. La ubicación de este rancho era singularmente peligrosa. La senda por donde se ascendía del llano era tan escarpada, que al cabalgar esperábamos constantemente caernos por el anca; y cuando llegamos cerca, los arrieros declararon ser del todo imposible avanzar, y tan claro era esto que desmontamos y trepamos gateando por las piedras sueltas hasta llegar al rancho.

La mina había sido abandonada cien años atrás, pero estaba en venta. Se acababa de edificar el rancho y dispuesto que dos mineros vivieran en él. Un pequeño espacio se había emparejado para cimentar el rancho, que se hallaba tan cerca del precipicio de no haber sitio para caminar a su derredor. Arriba, en la cima del cerro, había peñascos sueltos que probablemente se vendrían abajo con el primer temblor. Abajo estaba el valle, pero a tal profundidad, que los objetos se distinguían confusamente. Consulté con los dos capitanes de minas, y todos convinimos que el llano se hallaba a unos tres mil pies debajo de nosotros; pero esto expresa solamente nuestra idea imperfecta y probablemente equivocada; pues, aunque pasé algunos meses en los Andes, siempre me engañaban las distancias, y encontraba que mi mirada era completamente impotente para estimar proporciones a que nunca había estado acostumbrado; prueba insignificante pero muy sorprendente de lo que sucedía en este rancho.

Estábamos sentados con los mineros chilenos, cuando

uno de mis hombres gritó que había un cóndor e instantáneamente salimos todos corriendo. Había sido atraído por el olor de un cordero muerto, traído por nosotros y que se hallaba sobre el techo del rancho. El ave enorme, con las plumas extendidas como radios, o dedos, descendió majestuosamente sin el mínimo temor, hasta llegar, al parecer, a diez o quince yardas de nosotros. Uno de los hombres le disparó la escopeta con balines; aflojó las patas, y evidentemente recibió toda la carga en el pecho; sin embargo, al instante, tendió el vuelo a las montañas nevadas que teníamos enfrente, y audazmente intentó cruzar el valle; pero luego de volar pocos segundos, no pudo seguir y empezó a remontarse. Se levantó perpendicularmente a grande altura, y entonces, muriendo de repente en el aire, de modo que vimos su último estertor, cayó como piedra.

Con asombro mío, golpeó la vertiente de una montaña al parecer pegada a nosotros; y cuando lo miré extendido en la roca, ni pude darme cuenta de que estuviese tan cerca (aparentemente treinta o cuarenta yardas), pues, como había caído perpendicularmente, la distancia que nos separaba era, como es natural, la hipotenusa de un triángulo rectángulo, cuya base le había tomado muchos segundos de vuelo.

Envié un minero chileno, acostumbrado a descender las montañas, que fuese a tomarlo, y entré en el rancho quedándome ocho o diez minutos. Al salir y preguntar por el cóndor, me sorprendió ver que el hombre no había andado medio camino; y aunque subía y bajaba con mucha diligencia, su regreso fué igualmente largo. El hecho es que el cóndor había tocado tierra a gran distancia de nosotros; pero esta distancia era tan pequeña en proporción a los objetos estupendos que nos circundaban, que, acostumbrados a sus dimensiones, éramos incapaces de apreciarla.

VIAJE A LA MINA DE PLATA DE SAN PEDRO NOLASCO

Asi que retornamos a Santiago de la mina de Caren, pedimos mulas frescas; y la mañana siguiente, antes del alba, salimos para visitar la mina de San Pedro Nolasco, en los Andes, setenta y cinco millas al sudoeste de Santiago. Algunas millas anduvimos por el llano de Santiago, fresco y tónico con el aire nocturno: al apuntar el día llegamos al pie de los cerros, y luego, costeando un gran torrente, seguimos varias horas la margen oreintal, trepando una senda que parecía proyectarse sobre el agua.

Cuando el sol se levantaba gradualmente, las montañas de enfrente eran chamuscadas por el calor; mientras, estuvimos varias horas a la sombra y al fresco; pero la línea de sombra, después de cruzar el torrente, poco a poco se nos acercaba y, por fin, el sol apareció sobre las altas montañas, y en el mismo instante, comenzó la fatiga del día.

El valle de Maipú, por donde desciende el torrente, es célebre en Chile por su belleza. Limitado a ambos lados por montañas estériles de la cordillera este valle delicioso tuerce su curso con las riberas del río o torrente de Maipú; y aunque no esté cultivado, con todo, se adorna con gran variedad de arbustos y frutales.

Recorrimos varias leguas con árboles cargados de cerezas maduras, y durazneros doblados por el peso de la fruta. El suelo, está cubierto con carozos de la producción de antaño, y debe haber allí miles de árboles cuya fruta nunca ha sido gustada por el hombre. El terreno, aunque produce arbustos y árboles, no presenta trazos de pasto que, sin irrigación no puede existir en clima tórrido.

Después de marchar treinta millas, cruzamos el torrente de Maipú por un puente colgante de sogas de cuero, construcción que examiné con mucha atención, pues me sorprendió encontrarlo exactamente igual a los de hierro que he visto en Inglaterra, aunque este puente ha estado allí desde tiempo inmemorial. La senda superior era de zarzo, y como el torrente estaba muy crecido, el agua se precipitaba con gran velocidad, lo que, naturalmente, hacía que el puente se inclinase muchísimo. Las mulas se resistían a pasar, y ciertamente lo hubiera creído peligroso si un hombre que estaba del otro lado no nos hubiera hecho señas de aventurarnos. El puente se dobló con el peso de las mulas y el agua les pegaba con gran violencia, pero se apoyaban en las sogas y todos pasamos sin novedad; y a la vuelta lo pasamos de noche obscura.

Continuando la jornada de cuatro millas, llegamos a un establecimiento pequeño para reducir los minerales extraídos de San Pedro Nolasco y para el interesante procedimiento de amalgamación, y demoramos allí la tarde para inspeccionarlo.

Sin entrar en la descripción del establecimiento, se observará únicamente que los trabajos estaban dispuestos con mucha ingeniosidad, y con propósito muy feliz de economía, y que, aunque naturalmente no tenían muchos de los auxiliares mecánicos que un crecido capital les habría proporcionado, estaban bajo un plan adecuado a los recursos del país, y, en conjunto, bien adoptados para la reducción y amalgamación económica de minerales en pequeña escala.

La mañana siguiente, antes de salir el sol, continuamos nuestro camino a San Pedro Nolasco, y, cuatro o cinco horas, costeamos el río. El valle se hacía más angosto y, a medida que avanzábamos, árboles y arbustos eran más pequeños y raquíticos; en nuestro derredor se alzaban los Andes nevados. La senda en muchos lugares era muy peligrosa, infinitamente más que cualquiera parte de la cordillera que hubiéramos pasado viniendo de Mendoza. Las laderas eran literalmente de pocas pulgadas de ancho, y cubiertas por piedras tan sueltas que rodaban a cada momento con las pisadas

de las mulas, y caían al torrente con velacidad acelerada. Como cabalgué solo casi todo el día, de buena gana habría desmontado; pero las mulas no cabestrean y, además, una vez que una persona está en la ladera, sobre el lomo de la mula, es imposible desmontar, pues no hay lugar, y, si se intenta, desequilibraría la mula y caería al torrente en profundidad extraordinaria. En pocos lugares la senda estaba efectivamente borrada, y a la mula no le quedaba más que apurarse en el plano inclinado lo mejor que podía; pero el modo en que estos pacientes animales afirman sus pasos es de lo más extraordinario, y para apreciar su valor se debe verlos en la cordillera. Después de pasar dos o tres torrentes muy violentos que desde la montaña que teníamos arriba se precipitaban al río que teníamos debajo, llegamos a uno que parecía el peor de los que habíamos cruzado con gran dificultad; sin embargo, no teníamos más alternativa que cruzarlo o regresar a Santiago. Tratamos de hacer pasar las mulas sueltas, pero apenas una entró las patas, cuando fué arrebatada, y, en menos de veinte yardas el cajón que llevaba se hizo pedazos, y el contenido corría por la superficie del agua. Para pasar al otro lado nos atamos un lazo al cuerpo y luego nos echamos al torrente; pero los pozos eran tan hondos que el agua en ocasiones llegaba al pescuezo de la mula y pasamos con mucha dificultad. Estas pobres criaturas se asustan horriblemente de cruzar éstos torrentes; solamente espoleándolas constantemente se las obliga a intentarlo y, a veces, en medio de la corriente se resisten a avanzar durante algunos segundos. Cuando el agua es muy profunda, los arrieros siempre se atan el cuerpo con el lazo; pero nunca pude comprender su seguridad, pues si el torrente despedaza un cajón de madera, el cráneo de un hombre tendría poca probabilidad de salir bien. Por tanto, siempre me alegraba muchísimo de verme del otro lado; y como nuestras vidas estaban aseguradas en Londres por una crecida suma de dinero, a menudo solía pensar que si los aseguradores nos pudieran haber mirado, la vista de estas laderas y torrentes produciría aquel aceleramiento del pulso, sonrojo en las mejillas, zumbido en

los oídos, que son síntomas muy inverosímiles de un cálculo tranquilo.

Poco después de pasar este torrente, doblamos al Sur y empezamos a trepar la montaña de San Pedro Nolasco, que solamente puedo describir diciendo que es la ascensión más escabrosa que hicimos en todas nuestras expediciones de los Andes. Cinco horas estuvimos constantemente agarrados a las orejas o pescuezo de la mula, y la senda en algunos sitios era tan escarpada que por mucho tiempo fué del todo imposible detenerse. Pronto pasamos el límite de la vegetación. La senda era en zig-zag, aunque apenas perceptible, y si las mulas de arriba hubieran caído, ciertamente hubieran rodado sobre nosotros, arrastrándonos con ellas.

Subiendo, constantemente preguntábamos al arriero si el pico que teníamos sobre nuestras cabezas era la cima, pero tan pronto llegábamos a él, encontrábamos que todavía teníamos que subir más. Por ambos lados nos acercamos a grupos de crucecitas de madera que señalaban lugares donde gente, antes empleada en la mina, había sido sorprendida por el temporal y perecido. Sin embargo, seguimos nuestra ruta; y por fin, llegando a la cima, nos encontramos junto al filón de plata de San Pedro Nolasco, en uno de los picachos más altos de los Andes. Un ranchito solitario se hallaba por delante y se nos acercaron dos o tres mineros infelices, cuyos rostros pálidos y cuerpos agotados parecían concordar con la escena circundante. La vista desde la eminencia en que estábamos era magnífica, era sublime; pero al mismo tiempo tan espantosa, que difícilmente uno dejaría de estremecerse.

Aunque en mitad del verano, la nieve en que nos parábamos era, de acuerdo con el dato que me dió el agente de la mina, de veinte a ciento veinte pies de espesor, pero amontonada por el viento en las formas más irregulares, mientras en otros lugares se veía la roca. Abajo estaba el río y valle de Maipú, alimentado por numerosos tributarios, que podíamos ver descendiendo como hilitos de plata por diferentes quebradas. Nos parecía tener una vista a vuelo de pájaro de la gran cordillera andina y mirábamos abajo una serie de pi-

cachos de contornos y formas indescriptibles, todos cubiertos por nieves eternas. Todo el paisaje que nos rodeaba, desprovisto de vegetación, era un cuadro de desolación en tal escala de magnificencia, que lo hacía particularmente espantoso; y el saber que esta masa vasta de nieve, tan triste en apariencia, se creó para uso, comodidad, felicidad y también lujo del hombre; que era depósito inagotable donde las llanuras se proveían de agua, nos hizo sentir que no hay lugar de la creación que el hombre pueda calificar de estéril, aunque hay muchos que la Naturaleza nunca destinó para su morada. Una gran nube de humo salía del picacho del gran volcán San Francisco; y el filón de plata que teníamos delante, parecía correr hacia el centro del cráter.

Como era pleno verano no pude menos de reflexionar sobre lo horrible de vivir allí en invierno y pregunté a nuestro guía y a los mineros acerca del clima de aquella estación. Primero, en silencio, señalaron las cruces que, en grupos de tres, y dos, y cuatro, se veían en todos los rumbos; y luego me dijeron que aunque la mina era del todo inaccesible siete meses del invierno, los mineros solían residir allí todo el año. Decían que el frío era intenso, pero lo que más temían los mineros eran los crueles temporales, o tormentas de nieve, que se descargaban tan de súbito, que muchos habían sido sorprendidos y perecido a menos de ciento cincuenta yardas del rancho. Con estos monumentos ante mis ojos, era realmente penoso considerar cuáles debieron ser las sensaciones de aquellas míseras criaturas, cuando, buscando a tientas su habitación, encontraban la violencia del temporal no disminuída e irresistible. Era realmente triste descubrir, o imaginar que descubría, por los diferentes grupos de cruces, el destino de los distintos individuos. Los amigos se habían agrupado para morir en el camino; otros se habían desviado de la senda y por las cruces desparramadas, habían muerto, al parecer, cuando la buscaban. Había un grupo realmente en singularísima situación; durante un invierno especialmente duro, los víveres de los mineros, consistentes en poco más de charqui, gradualmente disminuían, cuando un gru-

po se ofreció, a fin de salvarse ellos y sus compañeros, a pasar por la nieve al valle de Maipú y retornar, si era posible, con alimento. Apenas habían dejado el rancho, cuando llegó el temporal y perecieron. Las cruces están exactamente donde se encontraron los cadáveres; todas estaban fuera del camino; dos habían muerto juntos, separados por diez yardas de distancia, y el otro había trepado encima de un gran peñasco, evidentemente para buscar el rancho en el camino. Desde San Pedro Nolasco, y tomado en conjunto, es el paisaje más espantoso que he visto en mi vida; y parecía tan poco adaptado o destinado para morada humana que, cuando comencé la inspección del filón y de las distintas minas, no pude menos de sentir que iba contra la Naturaleza, y que ningún sentimiento que no sea de avaricia aprobaría que se instalasen numerosas personas en aquel sitio, que, para mí, era asombroso cómo se había podido descubrir.

Como la nieve en algunos lugares tenía cincuenta pies sobre el filón, solamente podía ir a pie de una bocamina a otra; pero cuando llegué me saqué la ropa y bajé a la mina, que era mi especial objeto inspeccionar. Todas las demás hacía largo tiempo habían sido abandonadas, pero en ésta había algunos mineros, recientemente enviados allí, que proseguían los trabajos con el antiguo sistema adoptado por los españoles y al que estos hombres se han acostumbrado toda su vida.

Primero descendimos por una galería o plano inclinado, y luego bajamos gateando los palos con muescas, usadas a guisa de escalones en toda mina sudamericana. Después de bajar doscientos cincuenta pies, caminando a veces por planos en que la nieve y el barro nos llegaban al tobillo, llegamos al sitio donde los hombres trabajaban. Era asombroso ver la fuerza con que se servían de sus martillos pesados, y el esfuerzo continuo con que trabajaban; y aunque parezca extraño, todos conveníamos en que nunca vimos ingleses dotados de tal fuerza y que trabajasen tan duro. Mientras los barreteros trabajaban el filón, los acarreadores llevaban el mineral sobre las espaldas; y después

de hacer las observaciones necesarias y juntar las muestras adecuadas, subimos, con varios acarreadores adelante y atrás de nosotros.

La fatiga de trepar los palos con muescas era tan grande, que casi estábamos exhaustos, mientras los hombres que venían detrás (con largo bastón en una mano, provisto de candela en una punta hendida), nos instaban que no los hiciéramos parar. El acarreador que hacía cabeza, silbaba siempre que llegaba a determinados puntos, y luego todo el grupo descansaba pocos segundos. Realmente era interesantísimo, mirando arriba y abajo, ver aquellas pobres criaturas, cada una con su vela, y trepando el palo muescado con carga tal sobre la espalda, aunque, en ocasiones, un poco de miedo de que alguno de los de arriba se nos viniese encima, caso en que todos le precederíamos en la caída.

Llegamos a la bocamina completamente exhaustos; uno de mis compañeros casi se desmayó, y como el sol hacía mucho se había entrado, el aire era tan helado y penetrante — teníamos tanto calor — y la escena era tan triste, que nos alegramos en darnos prisa a refugiarnos en el rancho, y sentarnos en el suelo rodeando un plato de carne que hacía tiempo estaba listo para nosotros. Teníamos un poco de aguardiente y azúcar y pronto nos repusimos, y luego mandé buscar un acarreador con su carga. La puse en el suelo y traté de levantarla, pero no pude, y cuando dos o tres de la partida pusiéronla sobre mis hombros apenas podía caminar. El minero inglés que venía con nosotros era de los más fuertes del grupo de mineros cornwaleses; sin embargo, apenas podía caminar y dos compañeros que intentaron soportarla no pudieron, exclamando: "que eso les quebraría las espaldas".

La carga que probamos era una muestra por la que yo había pagado al acarreador que la sacara, más pesada que lo general, pero no mucho, y él la subía conmigo, y estuvo arriba de mí toda la subida.

Mientras en un extremo del rancho bebíamos aguar-

diente con azúcar, sentados en los recados y alumbrados por una vela de sebo negro, metida en una gran botella, no distante más de tres yardas de un cuero lleno de pólvora, los pocos mineros que habíamos visto trabajar habían sido relevados por otros que trabajaban de noche. Entraron en el rancho, y, sin hacernos el menor caso, prepararon la cena, operación sencillísima. Los hombres sacaron las velas de los bastones hendidos, y en la hendedura pusieron un pedazo de charqui; lo calentaban pocos segudos en las brasas del fogón, y luego lo comían, y después bebieron de un chifle un poco de nieve derretida.

Hecha la comida, disfrutaron la única bendición que la fortuna les ha deparado, descansar de su trabajo. No se dijeron nada; pero, cuando se sentaron en el cuero de oveja que les sirve de cama, algunos fijaban los ojos en las brasas, mientras otros parecían rumiar otras cosas.

Les di el aguardiente que me quedaba y les pregunté si tenían bebidas y me dieron la respuesta acostumbrada, que a los mineros no les son permitidas las bebidas y con esta ley parecen estar perfectamente satisfechos.

Cuando uno comparaba su situación con la vida independiente del gaucho, era sorprendente que continuasen existencia tan penosa.

PARTIDA DE SANTIAGO

Diciembre, 31, Santiago, media noche. Llegaron las mulas para volver a cruzar la cordillera y retornar a Buenos Aires; grande arria; dos mulas por persona; algunas sobrantes para el equipaje. A la una de la mañana las mulas estaban cargadas y listas; atravesamos la calle para desayunarnos con algo que se nos había puesto en la punta de una mesa larga; en la otra punta se sentaban dos escoceses, sin chaqueta, chaleco o cuello (pleno verano).

Habían bebido festejando el año nuevo; en sus cabezas había "más aguardiente que sesos"; sin embargo, sus corazones eran todavía fieles a "su respetada madre vieja". Evidentemente el cuarto se les daba vuelta; cantaban (con acción), "viejos recuerdos lejanos" y uno picado de viruelas parecía sentirlo tanto como el otro; nos ofrecieron vasos pidiendo que los acompañáramos; rehusamos; contraste divertido entre ellos y la seriedad de mis compañeros, bebiendo te, con las pistolas en el cinto, y preparados para un viaje largo; gran coro de "Rule Britannia", luego "God save the King"; dada de manos con los dos escoceses; bebimos medio vaso de su aguardiente; salimos obscuro para las montañas negras de la cordillera.

MENDOZA

Llegamos a Uspallata ya entrada la tarde con dos compañeros; el resto llegó al ponerse el sol. Mulas cansadas; el maestro de posta tiene tres caballos, y ansioso de llegar a Mendoza (noventa millas) cabalgamos la noche entera. Habíamos hecho tres veces el camino y, por tanto, íbamos solos. A medio camino vimos un fogón en el suelo y con la llama distinguimos a alguien cerca del fuego; nos acercamos para encender cigarros, llamamos varias veces, pero no encontramos a nadie. Al llegar al rancho de Villavicencio, mencionamos lo ocurrido y se nos dijo que era probablemente un inglés que ese día había pasado por el rancho, a pie; que posiblemente nos tuvo miedo y se había escondido, o huído.

Descansé, y conseguí caballos de refresco en Villavicencio. El sol era horriblemente fuerte. Galopamos por la llanúra — cuarenta y cinco millas — cada uno a nuestro mejor paso; seguíamos rezagados, como los Curiaceos heridos. Entré en Mendoza tres horas antes que el segundo; éste llegó dos horas antes que el tercero cuyo caballo se cansó en el camino.

Cabalgando en la llanura pasé un caballo muerto rodeado por cuarenta o cincuenta cóndores; muchos de ellos hartos sin poder volar; varios en el suelo devorando la osamenta; los demás planeando en círculo, sobre ella. Me acerqué a veinte yardas: uno de los más grandes apoyaba una pata en el suelo y otra en el cuerpo del caballo; despliegue de fuerza muscular cuando levantaba la carne, y arrancaba grandes pedazos, a veces sacudiendo la cabeza y tirando con el pico, y otras empujando con las patas.

Llegué a Mendoza y me metí en cama. Despertado

por un compañero que llegó: me dijo que al ver los cóndores en el aire y sabiendo que algunos estarían hartos (1), también se había acercado al caballo muerto, y como una de estas aves huyó cincuenta yardas sin poder proseguir, se le acercó, y luego saltando del caballo la agarró del pescuezo. La contienda fué extraordinaria y el encuentro inesperado. No pueden imaginarse dos animales con menos probabilidades de encontrarse que un minero cornwalés y un cóndor, y pocos calcularían, un año atrás, cuando el uno planeaba en alto sobre los nevados picachos de la cordillera, y el otro estaba a muchas brazas de la superficie del suelo de Cornwall, que ambos se encontrarían para luchar a brazo partido en la ancha llanura desierta de Villavicencio. Mi compañero decía que en su vida había tenido batalla parecida; que ponía la rodilla en el pecho del ave ;y trataba con todas sus fuerzas de torcerle el pescuezo; pero el cóndor, no accediendo a esto, luchaba violentamente, y que también, como varios otros volaban cerca de su cabeza, temía lo atacasen. Decía que, por fin, consiguió matar a su antagonista, y con grande orgullo enseñaba las grandes plumas de las alas; pero, cuando llegó el tercer jinete, nos dijo haber encontrado el cóndor en la senda, pero no muerto del todo.

(1) La manera en que los gauchos atrapan estas aves es matando y desollando un caballo; y dicen que, aunque no esté a la vista un solo cóndor, el olor los atrae. Cuando estaba en una mina de Chile, dije tontamente a una persona que me gustaría tener un cóndor; días después un gaucho llegó a Santiago con tres grandes. Todos habían sido atrapados de este modo, y colgados sobre el caballos; dos murieron del galope, pero el otro vivió. Di un duro al gaucho, quien inmediatamente me dejó considerando qué hubiera hecho con tres bichos tan enormes.

LAS PAMPAS

Me detuve algún tiempo en el rancho de la posta, hablando con la anciana que siempre se había mostrado tan bondadosa y alegre de verme, y que también era sumamente inteligente y entretenida; luego monté a caballo, y después de galopar cerca de una hora, alcancé el coche cuando justamente llegaba a las márgenes del Desaguadero. excepcionalmente hondo y rápido. No había más que una balsita, pero no perdimos tiempo llenándola con el equipaje, y luego nos preparamos para pasar el carruaje al otro lado. Me desnudé, y echando la ropa al bote, me até al pescuezo un pañuelo de seda y allí puse mi reloj para conservarlo seco. Con las pistolas en la mano derecha, me metí a caballo en el río. El caballo instantáneamente perdió pie pero nadó muy bien. Precisamente cuando trepaba la orilla opuesta, un hombre, cubierto con un poncho sucio, que vivía en un rancho (1) distante cincuenta yardas, se acercó y me pidió que pagase el bote; díjele que pagaría así que pasase el coche, pidiéndole se hiciese cargo de mis pistolas, que llevó al rancho.

Luego nos pusimos a trabajar para hacer pasar el carruaje, operación curiosísima. La barranca para bajar al río tenía más de cuarenta y cinco grados y, por tanto, fué preciso poner un peón a caballo, con el lazo atado en la parte trasera del carruaje, para impedir que volcara; te-

(1) Los mineros, una mañana estuvieron entretenidísimos con la vista de un hombre dormido en el suelo cerca de este rancho. Su mujer se acababa de levantar, pero él aun roncaba con la cabeza en un cráneo de novillo provisto de un enorme par de cuernos.

níamos también lazos atados como retenidos a ambos lados. Dos o tres peones ataron los lazos en la punta de la lanza, y uno pasó a nado con una cuarta larga a que fueron atados ocho o diez caballos para ayudar el pasaje. Así que terminaron estos arreglos, el carruaje fué bajado al río, pero el peso era tan grande que arrastró al peón y caballo destinados a retenerlo; y mientras nuestro grupo también tiraba de la soga, era curioso ver a todos llevados barranca abajo. Tan pronto como el carruaje entró en el río, aunque las ruedas y caja eran excepcionalmente altas, casi se llenó de agua. En esta situación los peones, cuyos lazos estaban adheridos a la punta de la lanza, con todos los caballos de la cuarta, tiraban despacio el carruaje por el lecho del río; sin embargo, en medio de la corriente no pudo avanzar, y los caballos sobre la barranca casi a pique, tenían poco poder para arrastrarlo. El coche permaneció más de una hora en esta situación desesperada y rara, tiempo que empleamos en alternar las sogas y arreglarlas más ventajosamente.

Encontré el sol tan fuerte que varias veces nadé a caballo para refrescarme y luego galopaba por la orilla opuesta del río, y no puedo expresar la sensación deliciosa de libertad e independencia que se disfruta galopando desnudo en un caballo en pelo.

Cuando caballos y peones estuvieron listos, arrancaron, todos juntos, y, por fin, el carruaje comenzó a moverse de nuevo; y luego los peones, espoleando, castigando y animando a los caballos, sacáronlo a la orilla.

Mientras colocaban el equipaje en el carruaje mojado, me vestí, y luego me acerqué al rancho para pagar el peaje. Me pidió doce duros, que era mucho según yo sabía, y por tanto, rehusé dárselos. Al momento se enfureció; se dirigía a veces a mí y otras a algunos gauchos que estaban bebiendo; y se me aproximaba con gestos amenazadores, cuando tomando mis pistolas de encima la mesa, y antes de colocarlas en el cinto, le apunté una a los dientes diciéndole muy tranquilamente que daría lo justo, pero

que si él exigía más, solamente pagaría con esa pistola. Al momento el hombre ordenó a un gaucho que le ensillase un caballo, para ir donde el gobernador de San Luis, pariente suyo, según decía, y luego me dijo que era el juez. Me le reí, y diciéndole que era mal juez en causa propia, lo dejé y seguí detrás del coche.

En media hora el sujeto me alcanzó y sin dirigirme la palabra cabalgaba a mi lado. Vestía ropas judiciales; esto es, chaqueta azul ordinaria, con vueltas y cuello morados y sable largo. Continué mi camino el resto de esta etapa de cincuenta y una millas, mudando caballo cuando alcanzaba la tropilla que precedía al carruaje.

Esta etapa es el ejemplo más típico que conozca de los viajes sudamericanos. Salimos, galopando con setenta caballos por delante. Todos iban sueltos, y el campo era de arena caliente cubierto de árboles y zarzales. Los árboles principales son algarrobos de forma y tamaño de manzanos y suficientemente altos para ocultar los caballos. Este arreo de animales salvajes iba a cargo de un peón y un muchacho, y era sorprendente, cuando yo galopaba por el camino, ver a estos sujetos cruzar constantemente como flecha la senda delante de mí, en persecución de los caballos que nunca se veían en el camino. En llanuras pastosas también es admirable ver cómo se arrean tropillas de caballos y es bello despliegue de equitación ver gaucho a todo correr entre los árboles, a veces en el costado del caballo, y otras agachados sobre el pescuezo para evitar las ramas. El camino de rodados es un espacio despejado de grandes árboles; pero a menudo cubierto de arbustos que se doblan al paso del carruaje del modo más extraordinario.

Llegué a la posta dos horas antes que el carruaje y la cena estaba lista. Esta posta es la última antes de llegar a San Luis; el maestro de posta es hermano del gobernador de la provincia, y se hallaba en San Luis cuando llegué, pero el capataz me preguntó, con cara muy seria, si yo era la persona que había atropellado al juez del Desagua-

dero, para matarlo. Díjome que el mencionado juez acababa de pasar y mudó caballo para llegar a San Luis antes que yo. Dormimos aquella noche en la posta, o más bien afuera en el suelo; y era curioso ver por la mañana los diferentes grupos de gente que también había dormido allí, vistiéndose — hombres, mujeres y niños, todos se sentaban como recién salidos de la tumba—; rascándose, restregándose los ojos o atándose las ojotas; las gallinas picoteaban en derredor, particularmente cerca de la mesa donde habíamos cenado. Los perros grandes que acababan de despertarse caminaban muy despacio con la cola entre las piernas en dirección al corral donde hay provisión de alimento para ellos. Los chicuelos todavía dormían, cada uno en un cuero de oveja, en el suelo, sin almohada, tapados solamente con un pedazo sucio de frazada, y a veces las gallinas se les encaramaban encima. Así que se agarraron caballos, partimos, y galopé para San Luis, llegando una hora antes que el carruaje. Encontré la posta como de costumbre; nada se podía conseguir; ni fruta, a pesar de ser pleno verano, ni leche. La gente de la posta me dijo que el juez llego la noche anterior, y parecía que su historia se había inflamado mucho con el galope. Así que llegó el carruaje, el juez y un ordenanza, o soldado de caballería, se acercó a la posta y me dijo que fuese inmediatamente donde el gobernador. Tenía puesto un saco de brin blanco realmente demasiado sucio para ir con él, y resolví ponerme casaca. Al abrir la maleta salió mucha agua y encontré que se había llenado en el paso del Desaguadero; la casaca, por tanto, destilaba agua; sin embargo, me la puse y, como conocía el camino, galopé para el cuartel, seguido por el juez y el ordenanza. Encontré el lugar lleno con una banda de personas del aspecto más mísero, reclutadas para enviarlas a Buenos Aires y pelear contra los portugueses. Eran unos trescientos, y la noche anterior habían intentado recobrar su libertad tratando de dominar a la guardia. Se cubrían con ponchos viejos; pero tenían poquísimo más encima; parecían mal alimentados, y, en

conjunto, formaban la cuadrilla más salvaje que yo haya contemplado.

Al gobernador, parado en mitad de la plaza, lo rodeaban algunos oficiales, y desmonté, caminando a su encuentro. Empezó muy ligero a relatarme el cuento del juez; sin embargo, preguntéle si me permitía decirle el mío. Díjele que era tan de mi deber respetar a los gobernadores y gobiernos que, de saber que el hombre que teníamos por delante había procedido en calidad de juez, hubiérale respetado, aunque su conducta no lo merecía; pero que en vez de vestir la ropa que ahora ostentaba, estaba envuelto en un poncho sucio, bebiendo aguardiente con los gauchos, y, por tanto, no tuve idea de que fuese autoridad. Expliqué las circunstancias, y el gobernador entonces dijo que el hombre había pedido demasiado, y que yo debía pagar tres duros menos de lo que él pedía. El gobernador, muy amablemente, se ofreció a facilitarme dinero, pues yo no tenía cambio; pagó al hombre, que no tuvo palabra que decir, y había galopado ciento ochenta millas por nada. Luego entré en el cuarto del gobernador, y mencioné que el carruaje necesitaba una compostura insignificante, pero que el herrero me había dicho no poder hacerla sin permiso suyo, por estar ocupado en hacer cadenas para llevar a Buenos Aires los trescientos reclutas. El gobernador, muy amablemente, mandó venir al herrero, ordenándole que trabajase tres horas por mi cuenta; en seguida, saludé, y luego galopé para la posta.

Mientras el herrero preparaba el carruaje, volví a ver el pueblo de San Luis. Cada casa tiene un amplio jardín, donde no hay nada más que lo que no se puede evitar que crezca, como higueras, parras y durazneros. Las paredes de los jardines con frecuencia dan a la calle, lo que imprime al lugar tan poco aspecto de ciudad que la primera vez que llegué a San Luis pregunté realmente a un hombre la distancia que había al pueblo; y me respondió que estaba en él. Todos los días, de doce a cuatro o cinco, toda la población duerme, y cuando la gente despierta, no piensa

más que en matar el hambre, comiendo el plato viejo, carne de vaca. Lejos de tener cualesquiera lujo, carecen aun de lo que llamamos necesidades ordinarias; y parece increible que no haya ningún individuo en todo el pueblo, o, efectivamente, en la provincia entera, que declare conocer algo de medicina o cirujía; y no haya tienda donde comprar los remedios más sencillos. Si uno se enferma, muere o se cura, según el caso, pero sin asistencia alguna. Si se disloca o fractura un hueso, los amigos quizás lamenten el accidente, pero no tiene ayuda. El gaucho en su ranchito de las Pampas, debe necesariamente estar sin asistencia médica y es interesante ver a sus chicuelos vivir tan completamente al amparo de la Providencia; pero, que una capital de provincia continúe en tal estado, demuestra indolencia que solamente su ubicación especial puede excusar.

La posta de San Luis también se encuentra en estado apenas creíble. No es mejor que los ranchos de las Pampas, sin ventana, la puerta no puede cerrarse, y es más sucia de lo que se puede describir. Se hizo tarde antes que el carruaje se alistase; sin embargo, como yo deseaba que avanzara, salió con tres mudas de caballos, una hora antes de ponerse el sol, para llegar a la posta siguiente, distante treinta y seis millas. Tomé distinto camino y se convino que todos marcharíamos a la luz de la luna; sin embargo, así que se entró el sol, el tiempo comenzó a presentar mal cariz, nublándose y obscureciéndose mucho. Continué galopando hasta no poder verme las manos, y como sabía que había muchos pozos y vizcacheras, acortamos el galope. Es realmente trabajo muy enervante y desagradable marchar aun despacio por parajes desconocidos en plena obscuridad; con todo, ansiaba llegar a la posta, si era posible, pues era el rancho más cercano que podíamos alcanzar. Iba al galopito, esperando a cada momento rodar patas arriba, cuando mi caballo dió con el encuentro en el anca del caballo del gaucho que todavía quedó parado. Así que descubrí lo que era hablé al hombre, pero no obtuve respuesta; entonces grité, y díjome desde lejos que

tanteaba con las manos la senda — que no podía encontrar — y que había tantos pozos que, como nos habíamos extraviado, sería peligroso seguir. Por tanto, desmonté y desensillando el caballo, inmediatamente estuvo lista mi cama. No veía nada, pero el gaucho y yo hicimos camas juntas, y así que nos acostamos, él se ató en el pescuezo las riendas del caballo y al momento se durmió.

El campo donde nos hallábamos era infestadísimo de salteadores, pero, como siempre andaba bien armado, me consideraba completamente seguro, y en breve tiempo también me dormí. A media noche me despertó el estallido del trueno, y, sentándome, vi, al brillo de los relámpagos, que estaba sobre pajas obscuras y que allá y aquí había pocos arbustos. Empezaron a caer grandes gotas pesadas y preparé mi ánimo para tener lluvia de empaparse; sin embargo, era inútil moverse porque no había dónde ir, de modo que tomé la precaución usual de taparse la cabeza con la carona que, en tiempo seco, sirve para acostarse, luego fuí a dormir. Antes del alba me despertó el gaucho, diciéndome que los caballos se habían perdido. Díjele de muy mal modo que fuese a buscarlos, y con la cabeza bajo la carona, me volví a sumergir en el sueño. Me despertó el calor solar y, poniéndome en pie de un salto, encontré el sol alto, y era tarde. Miré ansiosamente a mi derredor, pero, exceptuando algunos arbustos, no había más que "viento soplando y pasto creciendo"; a todo rumbo dilatábase la vasta llanura. El sol quemaba y yo me desesperaba, mirando el recado que me había servido de cama, cuando oí las notas lejanas de una canción española detrás de mí y, dando vuelta, vi al gaucho galopando en dirección mía y arreando mi caballo. En pocos momentos llegó: mi caballo, naturalmente, no tenía freno; el sujeto me jugó la vieja treta de esconderlo y declararlo perdido. Sin embargo, me alegré de conseguir caballo en cualesquiera condiciones, y corté un pedazo de cuero que me sirviera para manejarlo, y luego galopamos para la posta de donde distábamos tres millas.

Allí me desayuné, mientras me agarraban otro caballo. No tenían pan ni leche, pero conseguí agua, dos huevos, y una

vieja calentó charqui en las brasas. Me rodearon varias mujeres y muchachas, todas tres cuartas partes desnudas, preguntándome si les daría yerba o azúcar "para remedio". Así que estuvo ensillado mi caballo, compré el freno del gaucho que había robado el mío, y luego galopamos adelante. El campo, desde Mendoza, cubierto de monte, ahora cambia con paja obscura y amarilla que, exceptuando pocos árboles diseminados, es el único producto del resto de San Luis y las dos provincias adyacentes, Córdoba y Santa Fe. En toda esta inmensa región no se ve un yuyo. Paja es su producción única; y en verano, cuando está alta, es lindo ver el efecto del viento pasando por esta extensión salvaje de pasto ondulante; los matices entre el obscuro y el amarillo son bellos — el espectáculo plácido más allá de toda descripción —; no se ve ninguna habitación ni ser humano, menos en ocasiones, la salvaje y pintoresca silueta del gaucho en el horizonte; el poncho morado volándole por detrás, las boleadoras girando encima de su cabeza, y cuando se agacha hacia su presa, esestirando todos los nervios del caballo, adelante va el avestruz que persigue, la distancia entre ellos gradualmente se acorta — el pescuezo estirado y dando zancadas en forma magnífica — pero el último pronto se pierde a lo lejos y el caballo del gaucho a menudo está bajo el horizonte, mientras su cabeza demuestra que la caza aún no se ha decidido. Esta persecución es realmente acompañada de peligro considerable, pues el campo está siempre minado de vizcacheras y el gaucho a menudo rueda en toda la furia; si se quiebra un miembro, su caballo probablemente sigue galopando, y él queda entre las pajas, hasta que, camaradas o muchachos, vienen en su ayuda; pero si éstos no tienen éxito en la busca, no le queda más que mirar el cielo y, mientras viva, alejar de su cama las águilas salvajes, siempre listas para atacar cualquier animal caído. El campo no tiene rasgos sorprendentes, pero posee, como toda obra de la Naturaleza, diez mil bellezas. Tiene también la grandiosidad y magnificencia del espacio, y hallé que cuánto más se cruza más encantos se le descubren.

Aproximándose a los ranchos es interesante ver los gauchitos que, criados sin necesidades y enseñados a considerar el cielo encima de sus cabezas, como techumbre bajo la cual todos pueden dormir, literalmente trepan por la cola de los caballos, que no podrían montar de otro modo, y luego se divierten y galopan, mientras los estribos paternos zangolotean bajo sus pies descalzos. En la tela de la Naturaleza no hay acaso figura más bella que el niño que anda bien a caballo y el traje pintoresco del gauchito aumenta muchísimo su gracia. Con frecuencia los he admirado cuando me acompañaban de una posta a otra. Aunque la forma del cuerpo va oculta por el poncho, sin embargo, la manera de acompañar el movimiento del caballo es particularmente elegante. Es interesante, también, ver la manera descuidada, distraída, en que cabalgan estas criaturas carianchas, y cuán negligentemente manejan sus caballos entre vizcacheras que se hundirían con el peso de un hombre.

Cuando llegué al Morro resolví esperar allí el carruaje, pues tenía conmigo las llaves de la maleta y tanto yo como mis compañeros necesitábamos dinero. El Morro se compone de algunos ranchos de quincho, como de costumbre, sin ventanas; y cuando me paré en la puerta de la posta no se veía un ser humano, excepto, en ocasiones, alguna mujer haciéndose sombra en la cabeza con las manos o el rebozo al cruzar la calle que separaba los ranchos de ambos lados: aquí y allá se veía un caballo atado a las tijeras del rancho, y un charabón amansado estaba delante de la puerta cazando moscas; la atmósfera temblaba con el calor y resonaba con el zumbido agudo de millones de moscas que disfrutaban del sol Acudí a la mujer de la posta preguntándole lo que tenía para comer: "Nada, señor", fué la respuesta. Le pedí varias cosas que, por ver una iglesia y un grupito de ranchos, creía se pudieran obtener, pero me dió la respuesta usual: "no hay", y me vi obligado a mandar a buscar un carnero vivo. Luego dormí la siesta y se hizo tarde antes que el carruaje y los compañeros llegaran. Se habían parado en un rancho a pocas leguas de San Luis y, después, rompieron la lanza del

coche, lo que habíalos retardado muchas horas. Después de cenar pensé que el tiempo se presentaba con muy mal cariz, y, por tanto, entré en el carruaje de cuatro ruedas para dormir, y uno de la partida estaba junto a mí en el de dos. Los nueve peones yacían desparramados en el suelo. Dos del grupo dormían bajo el carruaje. A eso de media noche nos despertó el más súbito y violento torbellino que arrebató las ropas de varios de la partida, las que se encontraron después en el río. Se levantó tanto polvo que apenas podíamos respirar, y todo era tiniebla, hasta que el relámpago brilló de repente sobre nuestras cabezas: los truenos eran inusitadamente fuertes, y se descargó un diluvio. El viento llamado pampero, se convirtió luego en espantoso huracán y yo esperaba por momentos que tumbara el carruaje. Me senté y miré en derredor y, en toda mi vida he visto mezclado tanto sublime y ridículo. Mientras los elementos se enfurecían, y el trueno estallaba y rugía muy cerca de nosotros, el relámpago cambiaba un instante la noche en día. Durante estos relámpagos veía a mis compañeros, llamándose a gritos, en las posturas más cómicas. Algunos acostados con miedo de sentarse y agarrando los ponchos y ropas que querían escapárseles; otros que habían perdido la ropa corrían en paños menores al cuarto de la posta; otros habían errado el camino y estaban contra una pared corrida, no sabiendo adónde ir. Un coronel francés que había venido en carruaje desde Mendoza, acostado en un catre de cuero, empuñaba su ropa ya empapada y vociferaba contra su cobarde sirviente que, en vez de ayudarlo, estaba a diez yardas de él, santiguándose. En vano le decía en todos los tonos "animal": el sujeto que realmente venía aproximándose al patrón, quedó clavado en el suelo por el sonido insólito de la campana de la iglesia, que con la violencia del huracán, tocaba en ocasiones un tañido solitario. La lluvia batía con toda violencia dentro del carruaje de dos ruedas, y lo sacudía tan terriblemente, que el ocupante no pudo soportar más, y corrió en medio de la lluvia. Al fin todos ganaron el rancho y, cuando miré por la

ventanilla, los veía a todos amontonados, espiando en la puerta por encima de sus respectivas cabezas.

Por la mañana encontraron lo perdido, y los peones y todos los compañeros parecían muy desconsolados. Muchos peones habían estado acostados en el suelo todo el tiempo y, naturalmente, estaban cubiertos del barro formado por el polvo y lluvia. Los peones y la gente nos dijeron que en la vida habían visto tormenta y pampero semejantes.

El carruaje salió con retardo, y el sol estaba ya alto, cuando el coronel francés y yo convinimos en hacer una visita al cura. Vestía hábito sucio de sarga blanca atado a la cintura con cordón para azotarse; su estatura en realidad no era más de cuatro y medio pies y, no obstante, pesaba más que cualquiera de nuestros compañeros; su pescuezo era tan macizo, como de novillo, y no se había afeitado en muchos días. En su cuarto sin ventanas, estaban dos o tres libros viejos, cubiertos de polvo y un crucifijo pequeño colgado en la pared. Preguntéle si era él quien había tocado la campana, durante la tormenta; respondió "oh no", que había cabalgado muchas leguas el día anterior y dormido tan profundamente que no la había oído y recién conocía lo ocurrido.

Por estar empapadas las ropas de mis compañeros, perdimos mucho tiempo y llegaron las siete antes que partiéramos. Los dos carruajes iban por el camino, pero el maestro de posta dijo a un gauchito de llevarme cortando campo. Seguí a este chico, no mayor de ocho años, varias leguas. Marchaba yo como el viento y me entretuvo sumamente con algunos cuentos muy interesantes que me narró. Por fin, empezó a llover, y el muchachito decía: "Quién sabe" si encontraríamos la posta, porque él nunca había venido por este camino. Era inútil pararse y, mientras galopaba, hice que el muchacho me dijera las instrucciones que el maestro de posta le había dado. Se creería, por la descripción del muchacho, que era país montañoso el que atravesábamos, pues hablaba de cerros y valles que yo no veía; pero los gauchos dividen sus llanuras en lomas y bajos, que nadie sino ellos distinguen. Finalmente el muchacho exclamó que veía un

"cristiano" arreando caballos, y cuando nos acercamos, este hombre nos dijo dónde era la posta.

Encontré los caballos en el corral y el maestro de posta, en cuya casa había dormido varias veces, me dió un caballo de galope largo y un hermosísimo gaucho por guía. Tuve y hallé que era de espíritu muy noble. Deseaba mucho saber acerca de las tropas enviadas por el Gobierno de Mendoza para reponer al gobernador de San Juan que acababa de ser depuesto por una revolución. El gaucho estaba muy indignado por esta intervención; y, mientras galopábamos, me explicaba con muchos ademanes finos, lo que era bastante claro, que la provincia de San Juan era tan libre para elegir gobernador como la de Mendoza, y que Mendoza no tenía derecho para imponer a San Juan un gobernador que el pueblo no consentía. Luego habló de la situación de San Luis; pero, a algunas preguntas formuladas por mí, el hombre contestó que nunca había estado en San Luis. "¡Justos cielos! — dije con asombro que no pude ocultar —, ¿nunca ha estado en San Luis?" "Nunca", respondió. Le pregunté dónde había nacido; me dijo que en el rancho junto a la posta; que nunca había salido de las llaunras por donde cabalgábamos, ni había visto ciudad o pueblo. Preguntéle qué edad tenía, y dijo: "quién sabe". Era inútil hacerle más preguntas; así, mirando en ocasiones su figura y cara particularmente hermosa, recordando las opiniones varoniles que me había expresado sobre muchos tópicos, pensaba lo que diría la gente en Inglaterra de un hombre que no sabía leer ni escribir, ni nunca había visto tres ranchos juntos, etc., etc., cuando el gaucho indicó el cielo diciendo: "¡mire, allí está un león!", salí de mi ensueño, y me restregué los ojos, pero sin resultado; hasta que por fin me mostró, muy alto en el aire, numerosos grandes buitres, que volaban sin mover las alas; me dijo que andaban allí porque había un león devorando alguna osamenta y los había espantado. Poco después llegamos a un sitio donde había un poco de sangre en el camino, y por un momento sujetamos los caballos para mirarla; observé que alguna persona había sido quizás asesinada; el gau-

cho dijo: "no", y señalando rastros cerca de la sangre, me dijo, que algún hombre había rodado y roto el freno, y que, mientras estaba de pie componiéndolo, la sangre evidentemente había salido de la boca del caballo. Repuse que acaso fuese *hombre* el herido, a lo que el gaucho contestó: "no", y señalando algunos rastros pocas yardas adelante sobre la senda, dijo: "pues vea el caballo que ha salido al galope" (1).

El pasto era más bajo de lo general en esta parte de la provincia, y era muy pintoresco y curioso ver, a medida que avanzábamos, cráneos vacunos en diferentes direcciones. Esqueletos de toro precisamente se admitían por los antiguos como ornamento arquitectónico. En las Pampas se los ve, con frecuencia, tirados en el campo, blanqueados por el sol, con los cuernos para arriba, como si el animal surgiera de la tumba, e hiciese reflexiones al ganado vivo que come a su derredor.

A consecuencia de lo que este hombre me había dicho respecto al nacimiento, etc., hice a cada uno de los gauchos que cabalgaron conmigo de posta en posta, en las siguientes seiscientas millas, las mismas preguntas, y hallé que la mayor parte nunca habían visto una ciudad, y que ninguno sabía su edad. Cuando llegamos a la posta, en una de las estancias más ricas de las Pampas, encontré un grupo de veinte gauchos reunidos para comenzar la doma de potros, operación que debía tomar muchos días. Como el carruaje se había atrasado varias horas, resolví ver esto, y, mudando caballo, fuí inmediatamente al corral, y pronto me hice amigo de los gauchos, que son siempre atentos, y a caballo poseen muchas cualidades estimables de que parecen desprovistos en la puerta de su rancho. El corral estaba atestado de caballos, la mayor parte de tres o cuatro años. El capataz montado en pin-

---

(1) A menudo me divertía aprendiendo de los gauchos a descifrar los rastros de la pisada del caballo y el estudio era interesantísimo. Es del todo posible determinar por los rastros si los caballos van sueltos, montados o cargados con equipaje; si son manejados por viejos o jóvenes, por chicuelos, o por extranjeros que no conocen las vizcacheras, etcétera, etc.

go fuerte y firme entró al corral y enlazó un potro del pescuezo llevándolo a la tranquera. Por algún tiempo no quiso abandonar a sus camaradas, pero, desde el momento que se le forzó a salir del corral no tuvo más idea que huir; sin embargo, el estirón del lazo lo contuvo del modo más eficaz. Los peones luego corrieron y lo pialaron de las cuatro patas, justo sobre las ranillas, y tirando, las juntaron tan de repente que realmente creí que había muerto del porrazo. Al momento un gaucho se le sentó en la cabeza y con su cuchillo largo, en pocos segundos lo cerdeó, mientras otro cortaba la punta de la cola. Me dijeron que esto era señal de que el potro había sido montado. Luego le ponen un bocado de cuero a guisa de freno y un maneador fuerte en la cabeza. El gaucho que iba a subirlo arreglóse las espuelas, descomunalmente largas y afiladas, y mientras, dos hombres tenían el animal de las orejas, le puso el recado cinchándolo sumamente fuerte; luego se asió de la oreja del potro y en un instante saltó sobre el lomo; con esto, el hombre que sujetaba el potro con el maneador, tiró la punta de éste al jinete y desde ese momento nadie pareció preocuparse del domador. El potro inmediatamente comenzó a bellaquear de modo que era muy difícil al jinete sostenerse, y del todo diferente a la coz o zambullida del caballo inglés; sin embargo las espuelas del gaucho pronto lo hicieron mover y salió al galope haciendo cuanto podía para desembarazarse del jinete. Inmediatamente se sacó otro potro del corral, y era tan rápida la maniobra, que doce gauchos montaron en tiempo que difícilmente creo llegase a una hora.

Era admirable ver la manera de comportarse de los diferentes potros. Algunos bufaban cuando los gauchos cinchaban el recado; algunos instantáneamente se boleaban; mientras otros no se dejaban agarrar, con las patas tiesas y en posturas inverosímiles, pescuezos medio doblados hacia la cola, y con aspecto pérfido y obstinado; y no podía menos de pensar que por nada habría montado uno de éstos, pues invariablemente eran los más difíciles de dominar.

Era curioso mirar alrededor y ver a los gauchos en el horizonte en distintas direcciones, tratando de hacer volver los

potros al corral, lo más difícil del trabajo, pues las pobres criaturas han sido tan amedrentadas allí que no quieren retornar. Era divertido ver las cabriolas de los potros; saltaban y bailaban de diferentes modos, mientras se veía azotándolos el brazo derecho de los gauchos. Por fin volvían los potros, al parecer del todo sumisos y domados. Les sacaban recado y riendas y los caballos inmediatamente trotaban al corral para unirse a sus compañeros, relinchándose entre sí. Se sacaba después otro grupo, y como los potros estaban afuera muy corto tiempo, vi montar unos cuarenta. Cuando volvían al corral era interesante ver el gran contraste que la falta de crin y punta de la cola ofrecían entre los caballos que habían empezado su carrera de esclavitud y los que todavía permanecían libres.

Los caballos pamperos se asemejan al español común, pero son más fuertes. Hay de todos colores y numerosos overos. Cuando se les agarra, cocean a cualquiera que se les ponga atrás; y a menudo ofrecen gran dificultad para enfrenarlos y ensillarlos: sin embargo, no son mañeros, y cuando son bien domados, dejarán que los chicos se trepen por la cola. Es necesario montarlos muy ligero, y antes de bajarse, es conveniente echar las riendas a un lado, pues, lo mismo que en Inglaterra, los caballos casi siempre retroceden si se intenta tenerlos de las riendas cuando éstas están arriba de la cabeza.

Aunque anduve muchos miles de millas en Sud América, era completamente torpe para elegir un caballo bueno o de buen andar, pues, por las apariencias, encontraba imposible formar juicio; en efecto, generalmente, elegía para mí los caballos de peor aspecto, pues a veces imaginaba que eran mejores.

Cuando los montaba por primera vez, con frecuencia se encabritaban, pero aflojando las riendas y espoleándolos, generalmente echan a andar, y, una vez que toman el paso, marchan tranquilos. Sin embargo, el corcovo es muy penoso de soportar, pues con el mucho andar a caballo, las espaldas y hombros se ponen tan horriblemente envarados que un mo-

vimiento tan súbito y violento parece dislocar los miembros.

Se acercaba la noche y los carruajes no aparecían. Ansiosamente los busqué en el horizonte hasta que obscureció; luego entré en el rancho y ordené a una mujer que trajese el asado y la sopa preparados para los compañeros. Tenía hambre voraz, pues tan ocupado con los potros, había olvidado no haber probado bocado desde el alba. La mujer trajo una sábana sucia doblada en cuatro que tendió sobre una mesita cuadrada, y luego una botella de vino. "¿Tiene un vaso?" "No hay, señor." "Oh no importa", dije, llevando el gollete a la boca. La mujer volvió con la carne cortada en pedazos, en una fuente de peltre; humeaba y parecía muy buena; y también me dió un poco de pan. Inmediatamente saqué del bolsillo un cuchillo y tenedor en forma de navajas. Preguntóme si necesitaba algo más. "No", respondí, echando a la boca un pedazo de carne; pero cuando ella transponía la puerta, la hice volver, y le pedí un poco de sal. "Aquí está, señor", dijo la mujer, al parecer acordándose; y abriendo la mano derecha puso muy tranquilamente sobre la mesa un puñado de sal que destinaba para mí, y como quedara un poco en la palma de la mano, lo sacó rascando con los dedos, y parecía resuelta a que yo no perdiera una partícula.

No había candelero, pero, con la carne, una negrita de siete años, casi desnuda, trajo una vela de baño, torcida, color pasa, que tuvo en la mano todo el tiempo de mi comida. La criaturita tenía aros de oro en las orejas y un collar de cuentas rojas. Le di un gran pedazo de pan que comió muy despacio, con la gravedad más perfecta en la cara. Mientras yo comía, en ocasiones la miraba; nada tenía blanco sino los ojos y el pedazo de pan en la boca; observaba cada bocado que yo comía, y sus ojos seguían el tenedor desde la fuente de peltre a mi boca. Con la mano izquierda se rascaba su cabecita motosa, pero no movía sino los dedos negros y estaba de pie inmóvil como una estatua de bronce.

El carruaje no llegaba, y puse mi recado al frente de la posta y allí dormí. Avanzada ya la mañana, llegó uno de los peones para decirme que el carruaje de dos ruedas se había

deshecho a pesar de todas las composturas; que se hallaba en medio campo, y que los compañeros se habían visto forzados a cabalgar y poner el equipaje en caballos de posta, y estarían conmigo al momento. Así que llegaron, me contaron su historia y pregunté lo que haría con el carruaje (1). No valía más de cien duros; y habría costado más guardarlo y haber mandado una rueda nueva a seiscientas millas de Buenos Aires; así, lo condené a quedar donde se hallaba para que los gauchos robaran los forros, y lo miraran de hito en hito las águilas y gamas; en suma, lo abandoné a su destino.

Me había retardado mucho por causa de los carruajes y ansiaba tanto llegar a Buenos Aires sin perder momento, que resolví seguir solo inmediatamente. Tres de mis hombres manifestaron deseos de acompañarme en vez de ir en carruaje; así, después de sacar del talego de lona dinero suficiente para la distancia (unas seiscientas millas), dejé a los demás para el coche, y otra vez, sin cuidarme de ejes y ruedas, salí a galope con un sentimiento de independencia completamente delicioso.

Anduvimos sesenta millas aquel día, sin perder un momento, acercándonos directamente al corral y desensillando y ensillado nuestros caballos. La mañana siguiente uno del grupo estaba incapacitado para seguir, quedó en la posta, y partimos antes del alba. Después de galopar cuarenta y cinco millas, otro dijo estar tan molido que no podía seguir, y también quedó en la posta para ser recogido por el carruaje; luego, continuamos diez y seis millas cuando el otro se agotó y realmente apenas pudo arrastrarse hasta el rancho, donde se quedó. Como yo estaba muy ansioso por llegar a Buenos Aires y resuelto a hacerlo tan pronto como mis fuerzas me lo permitieran, anduve sesenta millas más aquel día, en que

(1) Como una hora después de salir el grupo de una posta y haberse alejado doce o trece millas, vieron un hombre que a galope se dirigía al carruaje tratando de alcanzarlo. Se detuvieron, y cuando llegó vieron que era el maestro de la posta donde habían dormido. Dijo muy amablemente que se habían olvidado de pagar los huevos y por tanao le debían un medio. Pagáronle ni más ni menos y luego siguieron galopando, dejando al hombre al parecer perfectamente satisfecho.

el caballo rodó dos veces conmigo, y llegué a la posta una hora después de ponerse el sol, completamente cansado. Nada encontré para comer, porque la gente que vive en esa posta estaba bañándose y, en consecuencia, me dirigí a otro sitio del río y tomé un baño delicioso. Luego tendí mi recado en el suelo, pues el rancho estaba lleno de pulgas y vinchucas. La gente volvió del río, y se preparaba la cena, cuando un joven caballero escocés, que había cabalgado algunas paradas conmigo, pidióme venir a cantar con las niñas de la posta que, según decía, eran lindísimas. Las conocía muy bien, pues había pasado varias veces, pero estaba demasiado cansado para cantar y bailar: sin embargo, como era aficionado a la música, mudé mi recado y poncho muy cerca de la reunión, e inmediatamente de comer un poco de carne, me volví a acostar, y cuando un aire deliciosamente fresco me acariciaba la cara, me dormí en momentos que las niñas entonaban muy lindamente un triste peruano, acompañado con guitarra. Había gratificado al capataz para que dejase por la noche algunos caballos en el corral; por tanto, partimos antes de salir el sol y galopamos el día entero hasta media hora después de ponerse; anduvimos ciento veintitrés millas. El sol del verano tiene fuerza inconcebible para quienes no lo han sufrido, y dondequiera que paráramos en el corral para mudar caballos, el calor era tan grande que era casi insoportable. Sin embargo, galopábamos todo el tiempo y el rápido movimiento producía una brisa refrescante. Los caballos se extenuaban por el calor, y a no ser las afiladas espuelas gauchas que calzaba, no habría avanzado. Los caballos pamperos siempre respiran bien, pero con el sol fuerte y el pasto ardido, se debilitan, y acostumbrados a seguir sus inclinaciones, necesitan disminuir el paso o más bien pararse del todo; pues, cuando van montados, no tienen ningún paso entre el galope corto y el tranco, y, por consiguiente, a menudo es absolutamente necesario darles espuela casi la mitad del camino entre postas, o también dejarlos tranquilos, concesión que, bajo un sol abrasador, el jinete se siente muy poco propenso a otorgar. Cuando galopan apurados por las espuelas, es interesante ver

los grupos de caballos salvajes que uno pasa. Las yeguas, que nunca se montan en Sud América, parecen no entender por qué el pobre caballo lleva la cabeza tan agachada y parece tan fatigado. Los potrillos inocentes vienen corriendo a encontrarlo y luego huyen asustados; mientras los caballos viejos, cuyas manchas blancas en costados y lomo denuncian su intimidad con espuelas y recado, marchan reposadamente alguna distancia, y luego, tomando el trote, al buscar su seguridad, bufan y miran atrás, primero con un ojo, después con el otro, volviendo el hocico a derecha e izquierda y parando en el aire sus largas colas. Así, el pobre caballo llega a la posta con frecuencia completamente aplastado; mojado como si saliese del río, y con los costados frecuentemente sangrando en abundancia; pero la vida que lleva es tan saludable, su constitución tan perfectamente sana, y su alimento tan sencillo, que nunca tiene los ataques inflamatorios mortales de los caballos gordos en Inglaterra. Ciertamente suena a crueldad espolear tan violentamente el caballo como a veces es necesario en las Pampas, y así es, en efecto; sin embargo, queda algo por decirse, en disculpa; si está cansado y exhausto, el jinete también lo está; no es pinchado en vano, sino que va llevando un hombre de negocios, y para servicio del hombre fué creado. Suponiéndolo siempre tan cansado, todavía tiene libertad cuando llega a la meta, y si se da maña, puede pasar muchísimo tiempo sin volver a ser utilizado; y entretanto el país entero le da alimento, libertad, salud y placer; y el trabajo que en ocasiones ha hecho, y los sufrimientos que ha soportado, acaso le enseñen a apreciar la[illegible] salvajes en que ha nacido. Quizás sufra a veces con la espuela, pero cuán diferente es su vida de la del pobre caballo de posta inglés, cuyo trabajo aumenta con el alimento, que diariamente trabaja con anteojeras y nada sabe de la creación, fuera del camino polvoroso que recorre, y del enrejado para el pasto, y pesebre del establo calentado por falta de ventilación.

El campo que recorrimos este día estaba cubierto de langostas de color bellísimo: recorrían el camino tan apretadas

que no se veía el suelo; algunas se precipitaban en un sentido y otras en otro, pero en dos columnas por lados distintos del camino, como la gente de la City en Londres. En la posta las langostas eran tan numerosas, que una pobre mujer, desesperada, las echaba fuera barriéndolas con la escoba, y hervían a montones subiéndose a las patas de mi caballo. Una chicuela me había dado un poco de agua y puse en el suelo mi sombrero de paja, mientras me sentaba para beberla, y con sentimiento de grandísimo placer miraba el jarro de fabricación inglesa en que estaba escrito:

No power on Earth
Can make us rue,
If England to her-
Self proves true- (1)

cuando vi mi sombrero literalmente cubierto de langostas que devoraban la paja. Así que lo levanté, estas criaturas multicolores saltaron como arlequines. Su número es completamente increíble, y sería el enemigo más serio para quien intentase cultivar una chacra aislada en las Pampas; aunque la gran población y el cultivo general quizás las alejarían.

Llegamos tarde y muy cansados a la posta, después de cabalgar ciento veintitres millas, y encontré al maestro, don Juan, ocupadísimo, preparando la cena para un fraile que acababa de llegar en carruaje; el agua era sumamente mala, y empezaba a creer que lo pasaría muy mal, cuando el fraile me invitó a participar de su cena, que humeaba en la mesa. El tenía algunas botellas de agua buena, y nosotros estábamos delante de un cordero asado. El fraile comió el corazón y parecía disfrutar el refrigerio tanto como yo. Era callado pero muy bondadoso, y en ocasiones saludaba el plato, y decíame: "¡Come bien!" Después del cordero, sacó una caja

---

(1) Ningún poder de la tierra hará que nos lamentemos, si Inglaterra confía en sí misma.

de dulce, y luego entró la mano en la amplia manga del hábito de sarga blanca y sacó algunos cigarros.

La mañana siguiente partimos al alba. El sirviente del coronel francés empezó a quejarse y después de andar cien millas no lo vi más, y él y el caballero escocés que me acompañaban se pararon al entrarse el sol. Yo seguí unas veinte millas, y el día siguiente anduve ciento veinte, llegando a Buenos Aires dos horas después de puesto el sol.

ALGUNAS OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL TRABAJO DE MINAS EN SUD AMERICA

Cuando se reflexiona en las inmensas riquezas provenientes de algunas minas y las grandes sumas de dinero que en otras se han perdido, es evidente que la inspección de una mina con el propósito de beneficiarla, empleando inmediatamente un gran capital, es en cualquier país una obligación importante y difícil. Hay quizás pocos objetos que requieran consideración más deliberada y desapasionada; pues ser demasiado audaz o demasiado tímido son faltas fáciles de cometer. En el primer caso, se edifica sobre esperanzas que jamás se realizarán; en el último se pierde una recompensa que la energía y empresa habrían asegurado; y las pasiones del ánimo nunca son más fogosas para descarriar el juicio, que cuando el objeto a considerar es la adquisición de los llamados "metales preciosos".

Pero si éste es el caso en países civilizados donde la experiencia ha recogido muchos datos valiosos, donde el filón a inspeccionarse pueda compararse con los que están florecientes y con los que han fracasado, donde las operaciones pueden empezarse con paso cauteloso, donde el malacate puede ser substituído por la cabria y la cabria por la máquina de vapor, cuánto más difícil es la tarea cuando el filón está en un país extranjero, desprovisto de recursos, práctica y población, y cuando como extranjero uno es conducido por una serie de montañas salvajes, estériles, a un lugar desierto, para resolver inmediatamente si se ha de aceptar o no la mina. Como éste ha sido mi caso, me aventuraré a hacer unas pocas observaciones imperfectas sobre el punto.

El primer objeto que atrae la atención hacia un filón, es

su valor o contenido real, y este valor se ha estimado últimamente en Inglaterra sólo por la inspección y ensayo de un trozo de material; pero es natural que este juicio sea completamente equivocado, pues un gran filón, de ensayo moderado, puede ser más valioso que una veta pequeña de minerales o ensayos ricos, y un filón extraordinariamente rico puede ser demasiado pequeño para valer el gasto de la explotación, mientras un filón pobre muy grande se puede beneficiar con provecho.

Pero, al lado de estas observaciones, debe considerarse la calidad física del filón; pues la grieta rara vez está llena de mineral, contiene también cuarzo, marquesita, etc., etc. y a veces es como una caja fuerte que no encierra riquezas.

Por tanto, es evidente que, además de la magnitud del fiilón y del ensayo, debe considerarse también la cantidad promedia del mineral que contiene; porque, un gran filón, con un reventón casual de ricos minerales, acaso no valga la pena de trabajarlo como otro pequeño con numerosos reventones de minerales más pobres.

El siguiente es un memorándum desordenado de algunas dificultades físicas, morales y políticas que probablemente impedirán el trabajo de minas en las provincias del Río de la Plata por compañías inglesas.

FISICAS

1. Las grandes distancias que separan las minas de sus provisiones de hombres, herramientas, materiales, víveres, etc. y que separan las minas entre sí; los malos caminos; peligro de pasar las laderas; ríos y torrentes sin puentes y con frecuencia impasables; situación de las minas generalmente entre montañas elevadas y estériles, sin recursos o auxilios.

Lo anterior requeriría desembolsos cuantiosos, y a menudo produciría gran demora que, en operaciones comerciales es pérdida de dinero.

2. Sequedad del clima que no provee agua para la maquinaria, o para lavar los minerales; sino poca para beber, la misma mina seca o casi seca. Por lo arriba expresado, la maquinaria es inaplicable, y las minas se adaptan mejor para el esfuerzo limitado de poca gente, que para las operaciones extensivas de una compañía inglesa.

3. El calor del clima; sus efectos sobre los europeos.

4. Las llanuras desoladas e inseguras interpuestas entre las minas y el puerto de embarque para los productos; distancia media, más de mil millas de acarreo.

5. La pobreza de los filones, comparados con los de Méjico, Perú o Potosí.

MORALES

La carencia de población; sus efectos. La falta de educación común;, y en consecuencia, las estrechas vistas interesadas de los naturales. La clase más rica de gente en las proprovincias no acostumbrada a negocios. Las más pobres no quieren trabajar. Ambas perfectamente destituídas de toda idea de contrato, puntualidad o valor del tiempo. Entre poca gente la imposibilidad de obtener franca competencia, o evitar el monopolio de cualquier artículo requerido, o la combinación que levantaría el precio "ad libitum". Las costumbres salvajes de salteo de gauchos; fácil absolución de los sacerdotes; insuficiencia de las leyes.

La falta de experiencia, etc., en el comisionado de la compañía. El carácter, constitución, hábitos y necesidades costosas de los obreros ingleses o europeos, mal adaptados al país. La experiencia obtenida en las minas de cobre de Cornwall, inaplicable para extraer minerales argentíferos en Sud América. Los europeos, vencidos por el clima, se hacen indolentes, por tener grandes salarios independientes, en un país donde el vino y los licores son baratos; mujeres del país; su carácter. Imposibilidad de inspeccionar con frecuencia las minas lejanas; en consecuencia, la necesidad de confiarse, y fiar oro y plata a muchos individuos que, en Inglaterra, no se considerarían personas de educación suficiente para situación tan difícil. Es probable que algunos tratasen de cumplir con su deber, pero la certidumbre de que uno solo falle, por negligencia u otra causa, afectaría los intereses del conjunto.

POLITICAS

Razones importantes por las que, minas sudamericanas que se trabajaron con provecho, ahora arruinarían a los europeos o naturales que intentasen explotarlas.

Instabilidad e insuficiencia del Gobierno nacional de las Provincias Unidas. Gobiernos provinciales; repentinas revoluciones. Celos existentes entre las provincias y Buenos Aires. A pesar de los contratos, los Gobiernos no permitirían salir grandes utilidades de sus provincias, ni que pasen por ellas sin pagar contribución. Individuos azuzados por los sacerdotes para derrocar al gobernador; sus actos y contratos caducan con él. La Junta podía voluntariamente retirarse; su responsabilidad habría entonces desaparecido; no hay remedio, ni apelación (1).

---

(1) Aquí se suprimen catorce páginas del original inglés que tratan de cuestiones técnicas en la explotación de minas, comparando los métodos ingleses con los sudamericanos. *N .del T.*

CONCLUSION

Completado ya el bosquejo muy desordenado y defectuoso de las Pampas, etc. y de algunas de las provincias del Río de la Plata, y de los gobiernos y hábitos de la gente, es natural considerar cuán poderoso será necesariamente este país, cuando, animado por crecida población, enriquecido por la industria e inteligencia del hombre, y protegido por la integridad y poder de gobiernos bien constituídos, asuma el rango que le corresponde en el mundo civilizado, por su clima y suelo; como, en el gran sistema de sucesión de la Naturaleza, "naciones e imperios surgen y se derrumban, florecen y decaen", es posible que este país, valiéndose de la experiencia de épocas pasadas, se convierta en escenario de acciones más nobles que cualquier nación del viejo mundo, cuya obscura marcha hacia la civilización fué sin antecedentes que la guiaran, o fanal que previniese los peligros. Y lejos de recelar la fuerza y energía superiores que un país nuevo alcance, es agradable anticiparse a la prosperidad que lo espera, y abrigar la esperanza de que su brazo joven defienda la dignidad y el honor de la naturaleza humana, que liberte esclavos, y, contra todas las amenazas y peligros, sostenga la libertad, cuando la decrepitud de *una nación más vieja* la inhabilite para la tarea.

Pero entre la eminencia moral y política que las Pampas y las provincias del Río de la Plata alcancen, y su estado actual, media una distancia que todos ven con claridad, aunque nadie calcule el tiempo que se empleará en recorrerla. Las dificultades a vencer necesariamente deben ser grandes, y no es impropio e inútil tema de reflexión considerar cuáles sean algunas de éstas.

El gran desiderátum de estos países es la población, pues, hasta que alcance cierta densidad, las provisiones de la vida deben forzosamente conseguirse con facilidad, y la gente permanecerá en la indolencia hasta que la necesidad la conduzca al esfuerzo. El exceso de población del viejo mundo afluirá sin duda a estos países, llevando consigo diferentes hábitos e diomas y costumbres. Los sitios donde se establezcan los emigrantes dependerán de los productos que obtengan con mayor facilidad, y los Gobiernos de las diferentes provincias serán más o menos poderosos en proporción al éxito de esta gente. Algunas progresarán, otras permanecerán en el mísero estado de pobreza e inacción en que hoy viven; y las leyes y reglamentos que gobiernen en una provincia serán insuficientes, inaplicables, o contrarias a los intereses de las demás. Cuando las provincias sean más vigorosas, probablemente se hallará que la situación geográfica de muchas de las actuales capitales debe cambiarse forzosamente. Por ejemplo, la provincia marítima de Buenos Aires ya requiere un nuevo puerto, el gobierno debe seguirlo.

Idioma, religión, hábitos y ocupaciones de las diferentes provincias serán naturalmente influenciados y afectados por el número de los nuevos pobladores y las leyes *deben* variar con las exigencias que requieran. Las provincias, a medida que se engrandezcan, como es natural, desearán ser independientes, y rápidamente disminuirá la posibilidad de que todas sean gobernadas por Buenos Aires.

Durante estos acontecimientos u otros semejantes, las provincias del Río de la Plata necesariamente han de estar en condición turbulenta e instable. El gobierno nacional, obstaculizado en sus planes, abandonado a veces por una provincia, o jaqueado por otra, inevitablemente debe proceder a menudo en contra de los intereses de los proyectos que haya iniciado; mientras los gobiernos provinciales, con frecuencia, han de ser súbitamente derrocados, aniquilados y remodelados, hasta que la prosperidad haya dado a la sociedad los principios liberales de una buena educación que, con el tiem-

po y experiencia, al fin constituirá gobiernos prácticamente adaptables al país.

Si el estado de las provincias del Río de la Plata ha sido bosquejado correctamente, y si la anterior frase fuese una relación clara de algunas de las dificultades probables que estas provincias experimentarían en su marcha progresiva hacia la civilización, hay dos cuestiones que considerar, muy importantes para los intereses de muchos individuos de nuestro país.

1.ª *Si es conveniente para quienes están en circunstancias apuradas en Inglaterra, emigrar a aquellas provincias.*

2.ª *Si es prudente para los grandes capitalistas invertir allí su dinero en cualquier establecimiento permanente o especulación.*

Mi humilde opinión sobre estas estas dos preguntas importantes es, en pocas palabras, la siguiente:

El individuo pobre, o la familia pobre, o un grupo de familias pobres, que lleguen de Inglaterra a aquellas provincias, inmediatamente se aliviarán de los sufrimientos causados por la falta absoluta de alimento, pues irán a lugar donde la carne ordinaria es barata. Los artesanos tendrán buenos salarios en la ciudad de Buenos Aires; pero, como los paisanos ingleses no son aptos para ejecutar ninguna clase del trabajo encomendado a los gauchos, no recibirán más que la alimentación.

Actualmente en Buenos Aires los artesanos encontrarán las provisiones carísimas, y aunque reciban más dinero que en Inglaterra, no vivirán tan bien. Los alojamientos, siempre sin muebles, son horriblemente sucios, llenos de toda clase de bichos; y, con todo, sumamente caros. La carne se vende tan machucada, que, cuando primero llegaron los mineros cornwaleses, a menudo volvían de los carros de carnicero sin comprar carne, no pudiendo decidirse a comerla. Las gallinas en Buenos Aires son también malísimas, como que se alimentan con carne cruda; en ocasiones las he visto saltar del interior de una osamenta de caballo; y todos nos figurábamos que los huevos sabían a carne. Los cerdos son carnívoros. La carne

cruda es barata, pero el combustible (1), pimienta, sal, pan, agua, etc, caros, con tanta exorbitancia, que el comer carne cocinada, en realidad, resulta caro; y todo artículo de indumentaria es ochenta por ciento más caro que en Inglaterra.

La sociedad de clase inferior de ingleses e irlandeses, en Buenos Aires, es muy mala, y su físico evidentemente decae por la bebida y el calor del clima, mientras se degrada mucho su moral y carácter. Lejos de la religión y del ejemplo moral de su país y sin ver amigos y relaciones, incurren en hábitos de abandono y disipación, demasiado evidentes para los recién llegados de Inglaterra; y también es positivamente cierto que todos los emigrantes británicos de Buenos Aires son de aspecto enfermizo, sucios en su traje y deshonestos en su conducta. El pobre con familia joven, en consecuencia, debiera reflexionar antes de introducirla en tal sociedad; pues es seguramente mejor que sus hijos, hasta llegar a edad de trabajar, padezcan, en ocasiones, de necesidad en Inglaterra, que sus físicos empeoren y desaparezcan aquellos principios que inducen a todo hombre religioso y honrado de Inglaterra a trabajar con alegría, volviendo del trabajo con cuerpo sano y ánimo contento.

Un hombre solo, quizás imagine poder resistir los efectos de las malas compañías: gozar del clima y libertad del país y, con cuidado, economizar una suma de dinero para retornar a Inglaterra; pero encontraría muchas dificultades inesperadas.

La principal para el hombre trabajador es el clima, tan horriblemente caluroso en verano, que su físico no puede afrontarlo, y con todo el deseo de trabajar encuentra faltarle las fuerzas, y es dominado por una debilidad que antes érale desconocida. Entonces desearía volver a Inglaterra, y la ausencia de amigos y su incapacidad para el trabajo le descorazonarían con una vida que vacila pesadamente en sus ma-

---

(1) La hulla que se consume viene de Newcastle; y casi todas las papas de Falmouth.

nos y se hace más triste porque, a menos tenga una gran suma de dinero para el pasaje, ve que no puede retornar.

Las observaciones anteriores no son completamente teóricas. Particularmente noté el efecto inesperado que el clima producía en muchas compañías inglesas (1), y en una gran masa de nuestros mineros ingleses, seleccionados en Cornwall por su buena conducta, que llegaron al Río de la Plata resueltos a conservar su carácter. Vieron el estado de degradación de los angloporteños y motu proprio, se mantuvieron aislados de ellos; pero la baratura del alcohol y lo ardiente del clima les indujeron a beber, lo que difícilmente podían resistir. Así que se afirmó el calor, los hombres, exhaustos, se quejaban de una "debilidad" nunca sentida; y tan grande, que muchos de los más fuertes preferían pasarse sin carne a la fatiga de salir al sol para traerla. Esta debilidad produ-

---

(1) Teníamos toda clase de especulaciones inglesas en Sud América, algunas realmente divertidísimas. Aparte de muchas compañías similares que hallé en Buenos Aires, encontré una de lecheros. Ocurrió de repente a algunos hijos menores de John Bull que, como había numerosas vacas lindas en las Provincias Unidas del Río de la Plata, abundancia de buen pasto, y los porteños carecían de manteca para su pan, respondería admirablemente una compañía para batir leche y producir manteca; y antes que esa idea envejeciese muchos meses, un cargamento de muchachas lecheras escocesas se mecía en las calmas ecuatoriales, viajando para fabricar manteca en Buenos Aires. Cuando palpitaban o suspiraban (pues no podía salir a cubierta por causa de las lluvias) Neptuno, como de costumbre, abordó el barco, y lós marineros presentes dicen que su primera observación fué que nunca había visto tantos pasajeros y tan pocas barbas que hacer; sin embargo, cuando se le explicó que no eran *hijos* de Bretaña, sino Juanas Bull, sin barba, el viejo dios sonrió y se fué. La gente de Buenos Aires fué fulminada por el arribo inesperado de tantas muchachas; sin embargo, se hicieron arreglos privados, y, en consecuencia, tuvieron leche antes que generalmente se supiera que habían conseguido vacas. Pero las dificultades con que tropezaron fueron grandísimas; en vez de apoyar sus cabezas en pacientes animales domésticos, se les puso por delante una cantidad de vacas chúcaras, con aspecto tan feroz que ninguna muchacha que se hubiese sentado alguna vez en banco de tres patas, se atrevería a aproximarse, y menos a ordeñarlas. Pero los gauchos embistieron a las vacas, las manearon con guascas y, luego que se amansaron, los almacenes de Buenos Aires se llenaron literalmente de manteca. Pero ahora, y para triste moraleja de esta historia:—después de haberse vencido todas las dificultades, se descubrió, primero, que la manteca no duraba,— y segundo que, de cualquier modo, los gauchos y nativos de Buenos Aires... preferían el aceite.

cía su efecto natural en el ánimo y manifestaban su disgusto por un clima en que no podían hacer ningún esfuerzo y se cansaban aún estando acostados o sentados; y tan pronto como resolví hacerlos volver al hogar todos ellos muy gozosos abandonaron las ventajas lucrativas que los habían decidido a venir al país, y ninguno de ellos quiso quedarse, aunque, según contrato, cada uno podía reclamar sesenta libras esterlinas en vez del pasaje, e inmediatamente hacer muy buenos contratos con otras compañías mineras; pero todos ansiaban volver, y oí a varios decir que "preferían trabajar hasta deformarse los dedos en Inglaterra, a ser caballeros en Buenos Aires".

Por la circunstancias arriba expresadas, y muchas otras observaciones que traté de hacer sobre las condiciones de los pocos emigrantes ingleses que encontré en distintas provincias, estoy convencido de que tanto los hasta ahora emigrados del país, como los desertores del ejército de Whitelock, han pasado sus días disgustados y arrepentidos; que el físico individual ha empeorado más o menos; que sus principios religiosos han desaparecido por completo, y, por tanto, sinceramente aconsejaría a los pobres, especialmente con familia, que no emigren a latitudes tan calientes si tienen medios de vivir en Inglaterra.

En respuesta a la segunda pregunta: *¿Si es prudente a los grandes capitalistas invertir su dinero en cualquier establecimiento permanente o especulación?*, los hispano sudamericanos se han hecho ciertamente independientes del gobierno de España, y esto ha provenido, como es natural, de su propia fuerza efectiva y de la impotencia del gobierno español; pero, suponiendo que provenga de la primera causa solamente, todavía debe admitirse que una nación joven sea bastante fuerte para conquistar la independencia, y no tener educación, sabiduría o experiencia bastantes para saber utilizarla; y considerando la situación política especial del país, debo confesar mi opinión que, durante los disturbios y vicisitudes que inevitablemente han de acompañar al progreso de estas provincias hacia la civi-

lización, sería imprudente para el extranjero entrar en ninguna empresa permanente; pues, ignorante de lo que va a suceder, todo lo que puede esperar con confianza es que se efectuarán grandes cambios, que *él* siempre será persona responsable, mientras revoluciones imprevistas pueden hacer desaparecer los gobiernos e individuos con que se haya tratado, quedándose en la vasta llanura sin remedio, y quizás también sin causa justa de queja. Acaso haya tratado con un gobierno que ha dejado de existir, o con un individuo cuya fortuna e influencia hayan desaparecido de repente; y ser como una persona que vino de Inglaterra a Buenos Aires algunos años ha, con promesa de una situación lucrativa en el Cabildo, y al llegar, supo que el Cabildo acababa de desaparecer.

Puedo hablar por experiencia propia, pues me encontré muy cerca de una situación semejante, o peor. Me proporcionaron cartas de recomendación para el gobernador de San Juan, y un ejemplar de la famosa Carta de Mayo, promulgada en aquella provincia, otorgándonos la tolerancia de cultos; pero, de no demorarme felizmente en el camino, me hubieran encarcelado con el gobernador, que ya estaba entre rejas, y por la ventana del calabozo habría visto la Carta de Mayo quemada por mano del verdugo, en medio de aclamaciones populares. Sin embargo, no podría quejarme, pues las cartas de recomendación y el ejemplar de la Carta de Mayo me fueron proporcionadas con la mejor intención, y el gobernador de San Juan habría deseado otorgarme un recibimiento cortés; pero ocurrió una tempestad política sin anuncio previo.

El fracaso de la Compañía Minera del Río de la Plata es prueba seria de la insuficiencia de los gobiernos de La Plata. La compañía se formó en Londres, en virtud de un decreto, etc., del gobierno de Buenos Aires, que autorizaba la construcción de una compañía para beneficiar minas en las Provincias Unidas, a elección discrecional de la compañía; y para adelantar este propósito, se enviaron por los gobernadores de las provincias mineras informes

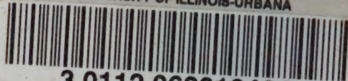
con descripción de sus minas. Sin embargo, cuando llegué a Buenos Aires, encontré que casi todas las minas ya se habían vendido por los gobiernos a compañías competidoras, y que, tanto el gobierno de Buenos Aires como los de las provincias, habían sido completamente incapaces de cumplir sus compromisos. Intereses privados y especuladores particulares habían predominado sobre la ley e intención gubernativa y no les quedaba más que confesar:

Tempora mutantur, et nos mutamur in illis.

INDICE

PÁGS.

—TALLERES GRAFICOS—
SCHENONE HNOS. & LINARI
PASCO 735. — BUENOS AIRES



"La Cultura Argentina" Ediciones de obras nacionales

Biblioteca formato mayor $ 2 m/n.

Mariano Moreno. — Escritos políticos y económicos.
General José Mª. Paz. — I. Campañas de la Independencia.
General José Ma. Paz. — II. Guerras Civiles.
General José Ma. Paz. — III. Campañas contra Rosas.
Juan Ma. Gutiérrez. — Origen de la enseñanza pública superior. —Ensayo sobre Juan Cruz Varela.
Juan B. Alberdi. — Estudios económicos.
Antonio Zinny. — Historia de los Gobernadores. (4 vol.)
Vicente Fidel López. — Manual de la Historia Argentina.
Vicente Fidel López. — La novia del Hereje o la Inquisición en Lima.
Domingo F. Sarmiento. — Conflicto y armonías de las razas.
Bartolomé Mitre. — Rimas.
Mariano A. Pelliza. — La Dictadura de Rosas.
Amancio Alcorta. — La instrucción secundaria.
Manuel Bilbao. — Historia de Rosas.
Hilario Ascasubi. — Santos Vega o los mellizos de la Flor.
José M. Ramos Mejía. — La neurosis de los hombres célebres.
Angel Justiniano Carranza. — La revolución del 39.
Martín García Mérou. — Ensayo crítico sobre Alberdi.
Florentino Ameghino. — Filogenia.
Florentino Ameghino. — Antigüedad del Hombre en el Plata. (1a. P.)
Florentino Ameghino. — Antigüedad del Hombre en el Plata. (2a. P.)
Vicente G. Quesada. — Vida intelectual en la América Española. —Historia Diplomática Sud-Americana.
Vicente G. Quesada. — La Política del Brasil en el Río de la Plata.—La Política Imperialista del Brasil.
Julio Victorica. — Urquiza y Mitre.
Carlos Octavio Bunge. — Nuestra América.
Carlos Octavio Bunge. — Estudios Filosóficos.
Carlos Octavio Bunge. — Evolución de la Educación.
Carlos Octavio Bunge. — Educación Contemporánea.
Carlos Octavio Bunge. — Teoría de la Educación.
José J. Biedma. — Diccionario Bibliográfico, 1o. y 2o. tomo.
Samuel Haigh. — Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú.
Capitán Andrews. — Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica.
Capitán F. B. Head. — Las Pampas y los Andes.
Roberto Proctor. — Narración del Viaje por las Cordilleras de los Andes.
Juan y Guillermo Robertson. — La Argentina en la éposa de la revolución.
Basilio Hall. — El General San Martín en el Perú.

Estas ediciones están en venta en todas las librerías.

"LA CULTURA ARGENTINA" no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas.

"LA CULTURA ARGENTINA" se edita en el país y vende los libros a precio de costo.

"LA CULTURA ARGENTINA" persigue fines educativos y no es una empresa comercial.

PEDIDOS A VACCARO:

Avenida de Mayo 638 — Buenos Aires.